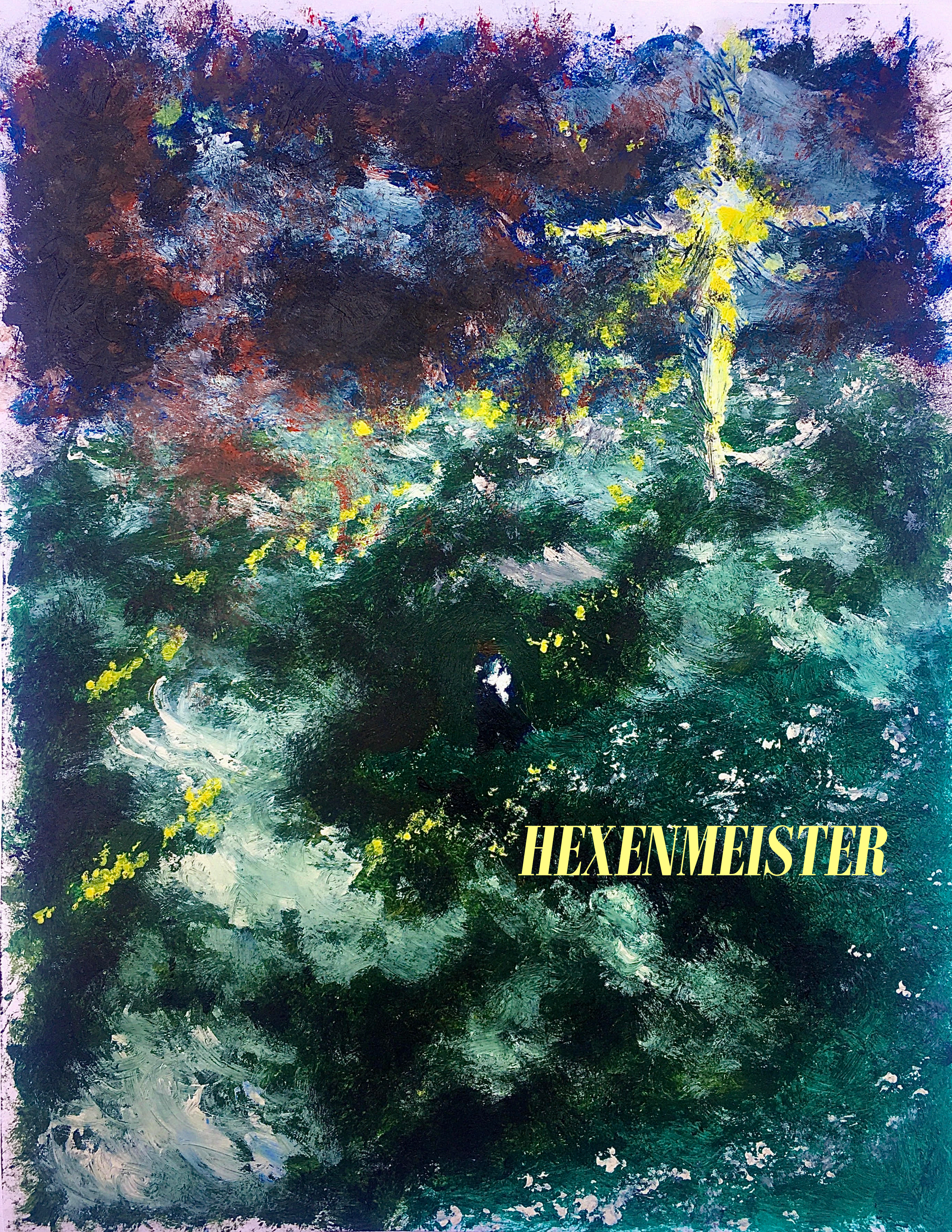

HEXENMEISTER

HEXENMEISTER



HEXENMEISTER

Escrito e ilustrado por José Agustín Gonzalez Valadez

Prólogo

“Aquel que toque el fondo de las fosas de la desesperación, rebotará, y alcanzará la cima... más alto de lo que ha estado en su vida”.

Anoche, soñé que era Dios. Dueño del mundo,

de cada pensamiento, idea, miedo y pasión de toda alma.

Un mundo bellísimo, con los edificios, mares, bosques, cielos, atardeceres, noches y estrellas de mi gusto;

cada flor, cada templo, cada árbol, cada piedra, cada río, cada pieza de tela, cada imagen, cada computadora, cada rostro y cada ojo era exactamente como yo lo deseé, pudiéndolos moldear en cualquier instante, sin dolor ni esfuerzo, con solo pensarlo y mover mis manos en el aire.

Yo fui completamente libre de hacer y deshacer. Pude volar, mover al firmamento, hacer girar a la luna y al sol, pintar los océanos, secarlos, ponerles islas, azotarlos con tormentas, y alzar montañas o reducirlas sobre la tierra.

Cuando empecé a moldear las mentes de los habitantes del mundo, no pude dejar de escuchar sus voces en mi cabeza. Ellos pedían deseos, caprichos; me culparon de su dolor y de sus carencias, e intenté satisfacer cada una de sus necesidades, hasta que me aburrí de mi propia existencia, a pesar de todo el poder que ostenté.

Y así, intenté volver a la realidad. Quise despertar de nuevo, pero el descanso no me regresó a mi vida en el mundo real, sino que volví al mismo bizarro sueño;

me harté de tanto intentar, así que busqué mi propia muerte. Ni siquiera esperando regresar al mundo real, sino simplemente, descansar por siempre de mi propia mente y todas estas imágenes y ruidos que ahora la **abruman.**

PARTE I: EL ARTRÓPODO


8-12-2020

<u>Capítulo 1 – Maestros del miedo</u>

A pesar de que el mundo que habito ahora es un producto de mi propio deseo, los edificios, los riscos, las cuevas, las montañas y los bosques se sienten desconocidos. Su apariencia es familiar, pero no logro apreciar bien su estética ni simétrica armonía. Me siento como un forastero.

Trágico… en la vida real, yo logré vivir la gloria con cada gota de mi alma y sentir a **la divinidad fluir por mis venas y mi piel** en repetidas ocasiones, y asimismo, recordar esas ocasiones para emerger de nuevo de mis tortuosos conflictos emocionales, pero ahora… no poseo la gloria y los recuerdos están perdidos.

Entre más días pasaron, aprendí que este sueño (o pesadilla) era como ningún otro, dada su duración.

Y así, dentro de esta misma experiencia imaginaria, intenté ponerle fin de una manera dolorosa: decidí suicidarme, esperando entonces despertar abruptamente, incluso si implicara sudor, agitación y una cruda moral, de nuevo al mundo real, o por lo menos, descansar dentro del sueño, viviéndolo en la inconsciencia y oscuridad que a cualquier sueño natural les corresponde.

Coloqué un alto pino con forma de estaca en la punta, y me lancé desde lo alto del cielo hacia él, cayendo con el pecho, empalándome.

Gran decepción fue para mí saber, que tras haberme suicidado dentro del sueño, no hubo descanso ni amanecer de este plano existencial fantasioso. Estaba de nuevo en la habitación ficticia de siempre, que era una réplica de mi habitación en el mundo real, y el cielo que contemplé desde la ventana era negro, y en forma de diluvio, caían gotas de sangre.

Ni toda mi furia y frustración me permitieron distorsionar la realidad una vez más; los caprichos y quejas de la gente han callado. Perdí mis poderes. Vuelvo a ser un humano común…

No… creo que ahora soy algo **peor.**

Creo que ahora sí morí en serio, y llegué al infierno.

Asomándome por la ventana, observo a varias personas vestidas con túnicas y ropas en general de apariencia muy antigua, arrodilladas unas, y otras de pie, tomando velas con las manos o colocándolas sobre el pasto.

Parecían estar orando, pues recitaban palabras con un bajo tono de voz, cerrando los ojos.

- ¡Murió, murió! ¡Dios, murió, muró, murió, MURIÓ…! ¡Dios murió y **nunca** nos perdonó!

Gritó un anciano que lloraba, con la voz quebrada, repetidas veces mirando hacia el cielo.

Claro, comprendo la situación: yo fui un dios, y morí.

Por supuesto. Yo soy el creador de este mundo, de esta realidad, y acabé con mi vida. Ahora esta gente que habita en mi imaginación lamenta la muerte de su dios.

Decidí vestirme y salir a ver yo mismo este bizarro, gótico paisaje.

- ¿Cuánto tiempo lleva muerto dios?

Pregunté a la multitud que yace en mi jardín.

Las personas dirigieron su mirada lentamente hacia mí, observándome con evidente miedo.

- ... usted me recuerda mucho a él.

Contestó un hombre viejo.

Tras un breve silencio, otro hombre añadió:

- 325 años. Y desde ese entonces, el mundo en penumbras, en horror, en asco...

A lo que respondí:

- ¿Y qué se siente vivir en un mundo sin Dios?

Callados por un momento, se miraron entre ellos, seguramente desconcertados por mi ignorancia o por lo insensible de la pregunta misma.

Se quedaron en silencio, con una evidente mirada de disgusto.

- Dios está muerto, y así deberían dejarlo. Aprendan a vivir sin él.

Dije con desdén y arrogancia, mientras me dirigí hacia la salida del jardín, la cual era una puerta de barrotes de metal. Un anciano con barba y cabello blancos gritó:

- Ahora veneran a dioses falsos. Y hay otros que se sienten dioses, como el tal Señor de la Guerra. Ese hombre es el vivo ejemplo del tipo de farsante que solo busca destruir, borrarlo todo, hundirlo, sin querer aportar nada en absoluto a la sociedad, a la vida, a sí mismo, ni al mundo. Eso es lo que nos toca ahora, nada de creatividad ni originalidad, ni esperanza. Ahora los hombres quieren destruir todo... eso es lo que quieren.

¿El Señor de la Guerra? Claro... ya había pensado en ese fascinante apodo previo a este sueño. Posee una esencia que me agrada.

Sí, no compartí la desesperanza y angustia del hombre, pero me quedo con eso: la existencia de un ser infame que alguna vez fue solo un concepto sin explorar, y que ahora, puedo explorar en maneras que en el pasado eran absurdas.

Regresé a mi habitación.

Inquietante para mí fue, que al solo mirar las hojas que yacen sobre el suelo y dentro de los cajones de cada mueble, encontré escritos largos y detallados sobre el Señor de la Guerra. Escritos que yo nunca elaboré. Solo estaban ahí, arrugados, manchados de rojo.

El concepto es simple: ese hombre es un filósofo y mercenario conceptual. Este último término llamó mi atención, pues se refiere a que el Señor de la Guerra destruye por el medio ideológico y psicológico. No se me ocurre algo más adecuado para lidiar con el mundo **tras haber escuchado a miles de sus voces rogarme por arreglar sus más ridículas aflicciones y usar mi nombre para justificar cada uno de sus berrinches.**

Y salí al mundo a averiguar exactamente qué clase de lugar es ahora.

Capítulo 2 – Los dueños de la información

Mi curiosidad me llevó a explorar las llanuras, montañas, bosques, cuevas, playas y lagos de Sol Aferfhe. Ese es el nombre de la isla que ahora habito, según los pobladores. Curioso nombre; es adecuado, en mi cabeza, para su estética y misterio, para sus arenas suaves y cautivadoras; para sus muy frecuentes cielos rojos; para sus acantilados y sus puntiagudos edificios negros.

Ahora vivo en un mundo desconocido que se ha forjado a sí mismo, sin mi consciencia, y quizás, sin ni siquiera mi voluntad (lo cual aún permanece en debate).

Así es, este mundo hizo su propia historia. Eligió qué conservar, qué eliminar, cómo vestir, cómo hablar, qué temer, qué venerar y qué anhelar.

Ahora quiero ser parte de este juego, quiero vivir este misterio que yace sobre y debajo de las rojas nubes que nos bañan con sangre con tanta frecuencia.

Aun quedo anonadado por completo al observar un paisaje, el que sea, llámese calle, llano, pradera, yermo, ribera, bosque, colina o acantilado, empapados de ese bello líquido rojo espeso y profundo. Es espectacular. Adorna todo lo que toca con tanta elegancia y gracia.

Entre todo esto, llamó mi atención una academia. Su nombre es Umbra. Es un tipo de… o mejor dicho, es una universidad.

Sus instalaciones se hallan en la pequeña ciudad de Xerxas. La arquitectura de Xerxas es particular: edificios de alturas variadas, hechos de roca negra o gris oscuro, erigiéndose hacia el cielo con un tejado puntiagudo, terminando en una muy fina púa. Esos tejados a veces son negros, algunos grises, algunos cafés, algunos rojos y algunos azules. A veces en esta arquitectura se ven vitrales hermosos con diseños sobre ellos de, ya sea personas, criaturas o constelaciones, o con esculturas de metal adheridas al vitral.

Físicamente, Umbra es mucho como el resto de Xerxas. Sobre la enorme puerta de metal que es la entrada, hay un vitral de forma circular con gravados de constelaciones. Demasiadas de ellas.

Crucé esa puerta como si nada y exploré los pasillos de la academia. Nadie me dirigió la voz.

Recorrí por la biblioteca, paseé por los jardines y exploré las aulas.

Aquí aprendí sobre Sol Aferfhe, pero de una forma superficial, lo cual despertó sospecha en mí. Es como si la población de esta isla le temiera, y como si se temieran entre ellos.

Más de 300 años seguros de historia y no han podido descubrir lo que compone a esta isla en su mayoría a ciencia cierta. Es como si algo los espantara de conocer su hábitat. Es como

ver y oír a niños, pero carentes de energía y curiosidad... no solo son ignorantes, sino que **les aterra dejar de ser ignorantes.**

Pues bien, no es tanto la educación que se imparte aquí, la cual ya es entretenida, pues se compone de geografía, astronomía, metafísica, poesía y alquimia (temas que me intrigan), sino lo que hablan los estudiantes en la oscuridad, a escondidas de los docentes, lo que llama mi atención con morbo: hablan sobre un ojo.

Indagué sobre ese tema. Se habla sobre "el Ojo" como un ente trascendental que nos observa y nos conoce a absolutamente todos los seres humanos que existimos, y que controla el destino de nuestra existencia a través del sometimiento moral, es decir, que gobierna el pensamiento del ser humano inventando reglas e infundiendo ideas, principalmente, ideas irracionales sobre la conducta social.

Con este mismo interés, me aventuré en el concepto del Señor de la Guerra.

Dentro de mi casa, ese pequeño y encantador edificio a las orillas del bosque, no muy lejos de Xerxas, hay un sinnúmero de papeles, todos con contenido sobre el Señor de la Guerra.

Ya no veo con frecuencia a las personas que acuden a rezar al jardín. De hecho, solo he vuelto a ver a una o dos personas ir, rara vez, y se escabullen en cuanto notan mi presencia.

He preguntado sobre el Señor de la Guerra a varias personas, y nadie parece conocerlo, como si no existiera o fuera solo un mito.

Así que entre más indagué en los escritos en torno a ese personaje, más fascinación adquirí por él: este mercenario conceptual no se mancha las manos con sangre, sino que trabaja con las mentes del prójimo para debilitar, distraer, deconstruir o destruir a aquellas que los clientes deseen, y así, sean ellos los que se manchen las manos y derramen esa sangre encima de ellos y encima el mundo entero.

Esa es la información que alojan los papeles que yacen guardados y pegados en las paredes o regados por ahí en esta casa. La casa del dios muerto. Una casa hecha de rocas negras, con tejado rojo puntiagudo. Una casa que tampoco reconozco del pasado; una casa desolada, que presagia muerte, dentro de un sueño sin fin que ahora ha tomado la forma de la realidad, por absurdo que parezca.

Intento concentrarme para recobrar mis poderes. Mover al firmamento, manipular el clima, hacer que amanezca, hacer que anochezca, moldear montañas, secar las hojas, plantas y bosques enteros; colocar mares, colocar ríos, poner nubes en el cielo y volar por este mismo, son ahora tareas imposibles. Mi imaginación se agota, y con ella, **mi esfuerzo se esfuma.**

Por más fuerza con la que cierro mi puño y me concentro, mis pies no se despegan del suelo. Las cordilleras no se transforman, ni las rocas se mueven.

No solo me invade la impotencia, sino que empiezo a pensar que no recuerdo bien cómo era mi vida antes de que este sueño iniciara, lo cual me azota como una decepcionante ola de disgusto.

Supongo que tuve que haber disfrutado de la realidad anterior, cuando literalmente, lo tenía y lo podía todo, aquí, en mi cabeza, pero ahora soy un alma más, vagando en una tierra desconocida, rodeada por completo de océanos cuyo viento sopla desesperanza.

Transcurrieron los días y seguí sin atestiguar presencia o palabra alguna de este tal Señor de la Guerra… así que decidí adoptar su personaje.

Pasé el tiempo sembrando conflicto en quienes pude, cosa que tuvo éxito temporal, puesto que eventualmente, las personas se cansaron de alimentarse de ideas sobre cómo derrumbar las teorías o sueños enteros de los demás.

Los entiendo. Pero en un mundo ficticio, sin consecuencias en el mundo real, en el que no puedo morir, en el que la vida sigue corriendo a pesar de mi descanso y mi mismo suicidio, veo factible y entretenido el deshacer todo lo que desee a mi gusto, llámese cuerpos, edificios o mentes. ¿Por qué no?

Así fue como fundé el Culto del Murciélago. Una agrupación intelectual destinada a la destrucción del mundo: una lenta, agonizante, artística, humorística destrucción de todo lo que existe.

Empecé a vestir con una gabardina negra, un pantalón negro, zapatos negros y camisa blanca. A veces variaba en prendas y colores, pero… ese es mi atuendo favorito del momento.

Compuesto de doce integrantes (o mejor dicho, agentes, pues este término me parece más estético), el Culto del Murciélago empezó, con la marcha del tiempo y nuestra popularidad, a tratar con clientes de manera más profunda. Introduje, y con el tiempo, introdujimos en equipo, formas radicales de teocracia, monarquía, fascismo y anarquía en las frágiles, **extremadamente suaves mentes del prójimo.**

Siento que jugamos con fuego. Siento que estamos armando una bomba cuya detonación quizás también incendie nuestros cuerpos y nos derrita en agonía a todos, eventualmente.

Ese era el negocio. Asesoría conflictiva, una compañía de mercenarios conceptuales.

Mi intriga seguía depositada en el dichoso ojo. El Ojo. Un ente que tiene a la gente estudiosa conspirando, temiendo, dudando sobre la realidad y haciendo teorías sobre determinismo, destino, sometimiento moral… Es mi tipo de monstruo, mi tipo de historia de terror.

Parece que este mundo imaginario ya se inventó también su propia mitología.

Esto es algo de lo que se dice sobre el Ojo:

> “El Ojo es el temor a ser castigado, implantado en nuestra alma desde temprana edad, de manera artificial, constituyendo nuestros miedos; la vida comprende una travesía de luchar contra esos miedos.
>
> Es decepcionante entender que la lucha, la guerra, es interna; a menudo es triste, deprimente, aterrador; te hace sentir como una masa de carne y de sentimientos inestables más entre una maraña repugnante de vida humana, sin rumbo ni propósito mayor al del poder social, económico, religioso y político que ha postrado sus ojos sobre el mundo.
>
> Pero ese ojo es artificial. Te mira, pero sólo reacciona, mas no prevé.”

¿Cómo es que tal cosa gobierna la consciencia y la cultura de la humanidad?

Pronto, mi interés al respecto se convirtió en una obsesión. Fue a través de esta obsesión que no conocí descanso; fue a través de todo esto, que el orden se derrumbó, y las aguas de este sueño empezaron a ser turbios ríos de sangre.

Un infierno privado, en silencio, en la oscuridad.

Capítulo 3 - Hablando del infierno…

A veces duermo. Ya sea de día o de noche, duermo. A veces por minutos, a veces por horas. A veces encima del pasto, a veces sobre una cama, o a veces encima de una roca en alguna ruina que encuentre en mi camino, pues todas las ruinas me parecen bellas: su silencio, su arquitectura, su paz, su historia, su oscuridad, y sobre todo, su misterio. Cómo amo el no saber qué es lo que me espera, cuando no tengo expectativas ni me presiono a mí mismo para actuar pensando en el futuro. Ahí radica mi amor por el misterio, un amor que arde en mí desde niño, y si Dios me lo permite, será un amor que conserve hasta el último de mis días, así como que me bendiga con más y más misterio en los caminos que tome. De eso está hecha la vida.

Dichas ruinas… me intrigan. Realmente, su apariencia no es aquella de haberse desgastado lentamente con el tiempo. No, más bien, lucen como si hubiese habido una guerra que destruyera sus suelos, paredes, columnas y techos. Sí, una fuerza destructiva artificial.

No pierden su belleza al pensar en esto, claro.

Como dije, a veces duermo. No porque lo necesite, sino porque me satisface. Pero **mi nueva obsesión ha tomado el lugar que en mi mente ocupaba la búsqueda del placer que trae el sueño.**

Observé un espejo, de noche. Lo observé con particular atención, dentro de un baño. Yo estaba cómodo, pero esta locura me… ¿perturbó?

Al momento de retirar mi mirada directamente, llegó un punto en el que mi reflejo se detuvo, y empezó a moverse independientemente. Lo observé, fuera del rango en el cual el espejo me "observara" a mí, y mi reflejo simplemente siguió mirando hacia en frente, con un gesto serio.

Tras esto, una figura se asomó desde detrás de él. Era un cuerpo pálido, desnudo, raquítico, con enormes, largas manos con muy largos dedos; ligeramente más alta que yo, se quedó mirando hacia el espejo, por encima de la cabeza de mi reflejo. No pude evitar ver hacia atrás, pues pensé que esa bizarra escena podría ser una representación de lo que estaba sucediendo fuera del espejo. Tras varios segundos, tomé valor.

Justo detrás de mi espalda no había nada, pero al fondo de la habitación que contiene ese mórbido, asquerosamente insípido baño… lo vi. Una figura confusa, mucho menos reconocible que aquella en el espejo. Era una especie de… bestia, con un parecido humano.

Largas extremidades, largos dedos con garras y muchas púas saliendo de su cabeza. El cuerpo era completamente negro, incluso los ojos, los cuales eran ligeramente diferentes: brillaban como si estuvieran húmedos, y reflejaban la luz del lugar. Me observaba, claramente. Tenía su mirada penetrando a la mía. Incómodo, horrible, perturbador. Me

sentí acosado, una presa, una oveja a punto de ser devorada dentro de una oscuridad eterna y agonizante.

Recordando la calidad de esta realidad que yace en mi mente, decidí simplemente ir a dormir, instantes tras esto, a un sillón.

"Ven a mí", pronunció una voz masculina, grave, que rebotó entre las paredes de la sala y las paredes de mi cabeza momentos después de apagar la luz, acostarme y cerrar los ojos.

Entre estar despierto y dormido, observé una imagen, con los ojos cerrados: un rostro tras otro, los cuales no recuerdo haber visto antes en mi vida, aparecer y mirarme fijamente, moviéndose de un lugar a otro, sacudiéndose erráticamente.

Al despertar a la mañana siguiente, el sentimiento de inquietud permaneció, así, hasta la tarde.

Y esa misma tarde me reuní con el Culto del Murciélago, quienes trabajaban planeando su próxima movida en este negocio de la asesoría conflictiva.

Me comenzó a asquear la monotonía de su labor. Hojas de papel por doquier y atuendos aburridos sin gracia, sin sensualidad ni armonía estética; siguiendo órdenes, complaciendo al ganado humano en sus estúpidos caprichos irracionales en lugar de hacerles pensar lo que a nosotros nos plazca y convenga. Siento que pronto los locos a los que les ofrecemos nuestros servicios se terminarán apoderando de esta compañía.

Pero bien, yo estaba concentrado en otro tema.

Comencé a congeniar con una de las agentes, llamada Murmu. Una mujer delgada con corto cabello color rojo. Su apariencia física y personalidad me parecían genéricas, y su forma de hablar un cliché; evidentemente le invadía una inseguridad enorme al tener que siquiera mostrar su rostro ante otro ser humano; su voz temblaba, su cara se notaba tensa y su vocabulario era tan… básico, era como ver una película cómica de adolescentes, llena de diálogos y chistes predecibles. Sea como sea, me pareció una mujercita extremadamente atractiva.

Pronto, conté a Murmu sobre la experiencia que tuve anoche. Me dijo que ella ha vivido algo similar: demonios acosándola, cada vez con más frecuencia, cada vez por más tiempo y cada vez de formas peores. Se sentía sola, aterrada, desesperanzada.

Un abrumador, aplastante sentimiento de desesperanza me invadió también a mí. Pero ahora sé que no estoy solo, que alguien comparte esta extraña, perturbadora ilusión… si es que es una ilusión, claro.

Murmu y yo empezamos a salir y explorar Sol Aferfhe juntos. La mitad del tiempo la pasamos trabajando, hablando con ganado humano, organizando la destrucción de sus

enemigos, quienes curiosamente, también nos contactaban para hacer lo mismo con los primeros mencionados; la otra mitad del tiempo la pasamos conversando por horas sobre el tema de las apariciones fantasmagóricas.

Con el paso de los días, de mi convivencia con Murmu desarrollé afecto, un afecto envuelto en cariño y apreciación genuina, y ni se diga del entusiasmo que me llenaba por verla y compartir tiempo con ella de nuevo. Un sentimiento de esperanza, paz y amor. Su rostro es hipnotizante.

Caminando por bellísimas colinas boscosas, acercándose el anochecer, compartimos nuestras ideas sobre estos extraños acontecimientos.

Al agotarse más y más nuestra conversación al respecto, ella dijo:

- ... es el Ojo.

Un silencio escalofriante nos sacude por un momento, potenciado por el frío de la intemperie en la que ahora nos aventuramos.

- Es obvio, es obra del Ojo. La realidad está descompuesta ¿te has dado cuenta? La "realidad" está siendo manipulada. La gente, incluyéndome, y seguramente incluyéndote a ti también, no conoce su historia. Hay ruinas por todas partes, no hay nada más allá de esta isla, y hay fantasmas y demonios apareciéndose en frente de nuestros propios ojos. También se dice que dios murió, por alguna razón que aun ni siquiera entiendo.

  Esto me tiene harta... ¡me tiene volviéndome loca! Lo peor de todo es que exactamente esto y más también tiene locos a todos en la isla. Por eso **se desviven tanto por tener algo en qué creer,** y pensando y peleando para moldear a la sociedad a su imagen ideal. Llegará un momento en que se maten entre todos. Estamos viviendo una enorme mentira...

En otro contexto, me habría contagiado de su angustia, pero dadas las circunstancias de que, bueno, tiene razón sobre que nada de esto es real, simplemente asentí con la cabeza y la adrenalina sacudió mi cuerpo, alimentando mi curiosidad y determinación por involucrarme.

Respondí:

- ¿Habrá una forma de ver o conocer al Ojo en persona?

- Sí, hay algo que se me ocurre. Una forma de alcanzar una híper sensibilidad e híper consciencia que nos haga ascender, ¿te gustaría? Así quizás podríamos despertar de esta farsa.

Me sentí a gusto de que ella y yo estemos en el mismo entendido.

Siempre he sido escéptico sobre alcanzar la "verdad" o algo "superior" al entrar en un estado de mayor sensibilidad o consciencia. De hecho, todo eso conforma parte de lo que, creo, es una falacia: la realidad sigue siendo lo que es, independiente a nuestra percepción sobre ella, por orgásmica que sea la sensación al percibir la realidad. ¿Hablo de drogas? Solo en parte, mas no total. No. Miles de estados más de euforia o ira hacen que las personas tomen decisiones y contemplen su existencia de una manera radical.

Ella añadió:

- Oye… pero prométeme que vas a confiar en mí. No quiero que hagas algo que no quieres.

Titubeé antes de responder:

- Okay, hagámoslo. Confío en ti.

Entrelazamos nuestras manos con cada dedo y reprodujimos una sonrisa modesta, que nos llevó al sonrojo, mirándonos a los ojos, acercándonos lentamente. Le di un beso tierno en la mejilla, y luego otro sobre los labios.

Murmu y yo fuimos a lo profundo de una montaña, que yace en una península al sureste de la isla. Un frío acogedor nos recibe, así como un verde precioso en los pinos, el pasto y los arbustos que adornan al paisaje entero.

Pero en lo profundo de la montaña, hay un complejo de apariencia industrial. Rejas de metal y edificios, unos de color blanco, otros grises y otros negros. Unos de cinco pisos, otros de cuatro, otros de tres y otros de dos, y todos, con un semblante moderno, tecnológico. La palabra "Codex" está escrita con enormes letras sobre uno de los edificios.

Unas personas nos recibieron al acercarnos al complejo. Casi todas usaban una bata de laboratorio. Varios hombres, algunas mujeres.

Se trataba de un experimento, y al parecer, Murmu nos trajo como voluntarios.

Yo simplemente accedí, accedí a que nos hicieran lo que fuera necesario para experimentar un tipo de consciencia diferente, y así, ver lo que yace más allá de esta realidad.

Entramos al edificio principal, el más alto. El resto del personal estaba sospechosamente callado, como si hubiesen esperado nuestra llegada, o como si romper con el silencio fuera a delatar alguna intención oculta.

Murmu me deseó éxito y suerte. Nos abrazamos, le di un beso en el cachete, y a ambos nos colocaron en habitaciones distintas, que según el… científico que nos guía, estaban

conectadas por ciertos mecanismos, para compartir la experiencia y, cito, “mantenernos conectados con la humanidad”.

En la habitación a la que entré, hay una camilla reclinable, color gris, con gravados muy detallados. Esta camilla forma parte de una máquina compuesta de un aparato con forma de diadema, una cantidad enorme de cables, y brazos mecánicos que terminan en agujas que a su vez están conectadas a otros cables que dan hacia una pantalla que yace a lado de la camilla.

- Muy bien, relájate.

Me colocaron la diadema, y luego, un cilindro cuya terminación cubrió a mi boca y mi nariz, por el cual inhalé un gas. En ese instante empecé a sentirme… raro, muy raro. Perdí el control. Si bien mi actitud respecto a esta realidad estaba fija, determinada, esta sensación me recordó inmediatamente a perder la cabeza, la razón y el control sobre mi propia mente, cosa que ya he experimentado en la vida real.

Inyectaron las agujas en mis hombros, en mis brazos, en mi pecho (muy cerca de los pezones) y en mis piernas. Esa sensación fue, curiosamente, sexualmente placentera, cosa que me apena admitir.

Varios segundos después, perdí la noción del tiempo. Perdí sensibilidad en los brazos, en las piernas, en la boca… no pude abrir mis ojos, tampoco. Dejé de escuchar con claridad al ambiente. Solo se oyeron suspiros y suaves deslices sobre el suelo, la ropa y las máquinas de la habitación. Solo se veía oscuridad. Pura oscuridad. Negro, completamente. Experimenté el viaje, hasta que… me aferré. Me aferré, de repente, a permanecer consciente.

Los ruidos empezaron a ser irritantes, se oían muy fuertes, y su imprevisibilidad contribuía a esta molestia. Creí abrir los ojos, pero no estaba seguro de que si lo que veía era real.

Sentí girar la cabeza abruptamente hacia cada lado posible. Temblé demasiado, sentí un frío aterrador. Pensé en la muerte. Pensé en mi muerte, y no solo en mi muerte… ahí, pensé en Murmu.

Ahí estaba su rostro, su bello rostro. Labios anchos, rojos. Piel tersa, bonitas pestañas, suave y lacio cabello, al cual deseo acariciar con mis dedos y navegar con mi olfato con tanto deseo.

Ahora veo su cuerpo. Sus hombros y clavículas están descubiertos. Qué hermosa y fascinante piel desnuda.

Lleva uno de sus dedos a su boca… como si lo mordiera. Sonríe, sonríe con esos preciosos, deliciosos labios rojos.

¿Qué estoy viendo? Está sentada. Sus rodillas tapan su pecho y abdomen. Su brazo derecho cubre justo debajo de sus rodillas. Esas preciosas manos y rodillas. La forma en la que las venas en sus brazos y manos resaltan al hacer eso…

Espera, al parecer, no está usando ninguna prenda para cubrir sus piernas y su trasero. Así es.

Vaya.

La carne y la grasa que resaltan de dichas partes de su cuerpo lucen tan exquisitas. Solo quiero tomarlas con mis manos firmemente… quiero apretarlas.

Sus pies también están desnudos. Oh, dios… su cuerpo es bellísimo. De pies a cabeza, literalmente. Los dedos de sus pies son tan tersos, con tanta gracia, tan pálidos, y la planta de estos es rosada… bellísimo.

Uno de sus pies apenas cubre su vagina y parte de sus nalgas. Tan solo puedo imaginar el resto. Este deseo que experimento… es como sed. Es inmenso, es cada vez mejor, y va aumentando en intensidad, lentamente.

Su piel luce tan suave. Su trasero es tan gordo. Las curvas salen de su cuerpo de tanta carne y de divinamente colocada y deliciosa grasa que posee. Nunca había indagado sobre lo precioso que es el cuerpo de esta mujer (suponiendo que este sea su cuerpo real, claro).

Me sigo resistiendo a entregarme del todo a esta consciencia inducida.

Sin prestarle atención al tiempo que transcurría y que transcurrió, sucumbí a mi deseo. Besé, lamí y acaricié cada rincón que pude de ese cuerpo, como un animal. Sudé y me sentí como una bestia; la tomé de las piernas, de la cadera, de la cintura, de detrás de la cabeza y del cuello. La miré a los ojos y los vi expresar agonía, los vi perderse al mismo tiempo que los gemidos fueron reproducidos por su garganta. Vi sus enormes labios húmedos adormecerse de placer. La vi y sentí sudar.

Tuve cada parte de su cuerpo que pude contra mi cara, especialmente, contra mi nariz y mis labios.

Me acosté a su lado, abrazando y paseando mis dedos por su cuerpo. Agotado en este… curioso espacio color blanco, completamente blanco. Cada rincón, extremo y horizonte, mórbidamente blancos.

Al "dormir", tuve esta sensación terrible. Creo que desperté, o creo que tuve una pesadilla, no estoy seguro. No supe diferenciar. El color negro cubrió mi visión por completo, tanto así, que no distinguí entre tener los ojos cerrados, o tener los ojos abiertos dentro de un abismo de penumbra absoluta. Permanecí así por muchos segundos, sin ningún sonido, apenas sintiendo cada miembro de mi cuerpo y mi lengua.

Entonces, lentamente y completamente paralizado, veo la habitación de las máquinas de nuevo. No puedo hablar ni mover mi cuerpo. Ni un solo nervio ni músculo. No consigo relajarme, ni dormir de nuevo, ni recobrar consciencia total.

Alcanzo a ver siluetas periféricamente. Escucho claramente, penetrar mis oídos como un taladro, al científico decir:

- Sé que también estas buscando al Ojo. Ahora te veo… te escucho y te siento…

La oscuridad invade mi visión, poco a poco, como nunca antes en mi vida. Vislumbro siluetas oscuras a mi alrededor. Se acercan, se acercan lentamente y no puedo hacer nada al respecto.

Siento un terror que no había experimentado desde… niño, creo.

Ah, cómo extraño ser niño, cuando no me obsesionaba el control, ni siquiera el control sobre mí mismo. Pero ahora no soy un niño, soy… esto. Este perdido, extremadamente frágil, inestable hombre, viviendo en su pesadilla.

- Tienes que entender lo que está sucediendo, hombre.

Reprodujo la voz de Murmu, haciendo eco en mi mente.

- Ven a jugar.

Recitó.

No… estoy harto, me siento asqueado. Me siento un asco, avergonzado, **sucio, culpable.**

Por un rato que pareció una eternidad, estuve conectado a esta máquina.

Reviví recuerdos, antiguos ideales, remotas ocurrencias, sueños, sensaciones y emociones cuya existencia misma había olvidado, pero todos estos se sentían… sucios. Fue observar desde las más grotescas memorias hasta los más bellos, estremecedores y tranquilizantes momentos de mi vida, con un filtro de asco y culpa encima de ellos. Ahora sentí, que ni siquiera mi fuente de paz mental está a salvo de este aplastante, humillante sentimiento. Odio, culpa y rencor. Fue como observarme a mí mismo como una mancha a la cual borrar y cuya limpieza le será de menos perjuicio al universo. Odio, odio y más odio.

El punto de quiebre llegó horas, o días, después de toda esta tortura emocional.

En ese paisaje completamente blanco, inquietante, desolado y desabrido, Murmu y yo parecíamos tener sexo. O mejor dicho, yo intentaba tener sexo y ella solamente… existía en el lugar y ya. Su cuerpo estaba ahí, pero su mirada, su energía, su calor y su alma, ausentes. No pude detenerme. Sí, la estaba violando.

Solo Dios conoce la inmensa sensación de repulsión y culpa que sentí por mí mismo y la situación, así como el terror que azotó a mi corazón.

De repente, miles, o tal vez millones de miradas se postraron sobre mí. En ese incómodo, forzado escenario, millones de personas de apariencia apenas humana lanzando una mirada penetrante se acercaron hacia mí. Sentí un dolor terrible en mis genitales.

Para empeorarlo todo, las personas, cada una de ellas, empezaron a hablar, a reír, a juzgar, a gritar, a fascinarse, a aterrarse… una mescolanza de emociones radicales y voces, de las cuales, se percibía tanto peso encima de mí, que comencé a desesperarme y caer desastrosamente en la desesperanza.

Asco, repulsión, vergüenza, culpa y humillación. Humillación que venía de mi mente contra mí mismo.

Este asqueroso espectáculo siguió y siguió por tanto tiempo, que perdí noción total de lo mucho que estuve aquí, inconsciente pero con la consciencia batallando por salvar mi ética, buscando esperanza y dignidad en este infierno de pensamientos materializados, cada uno, usado en mi contra.

Pero recordé las palabras del científico: habló sobre el Ojo.

Bien, el Ojo es el miedo a ser juzgado y/o castigado. Un miedo irracional, con una presencia gigantesca, tremendamente poderosa y destructiva en la sociedad, en cada individuo. Lleno de gracia sea quien no esté sometido por este miedo.

Las imágenes se distorsionan. Se ve como el mundo real. Ese mundo que lentamente pierde significado, al cual deseo olvidar, por mi propio bien, pues ni la misma muerte puede tomarme y arrebatarme de este agonizante espectáculo ficticio, que ahora es, irónicamente, real.

Me veo a mí mismo. Veo mi cuerpo, veo cada miembro de él. Desnudo, con miles de ojos observándome, todos, con una mirada de odio. Quieren golpearme, arrancar mi piel, quemarme vivo, azotar mi cráneo, escupir encima de mí, o peor…

Puedo sentir sus manos y sus puños sobre mi ser; siento la sangre en mi rostro, siento mi cabeza dando vueltas, aumentando la náusea.

Ya he experimentado esto en la vida real… el asco y la culpa de imaginar que alguien sufre con terror y repulsión en mis manos, en mi piel, en mi sudor. Sin justificación, sin forma de arreglarlo, sin forma de borrarlo de nuestras mentes, sin forma de restablecer las cosas hacia su estado previo, previo al arrebato. Conflicto, vergüenza, error y culpa. Sí, ya he sentido esto.

Bien, si esto es lo que quiere esta criatura de mí, entonces eso les daré: asco. ¿Para qué sentir culpa sobre lo ya sucedido? ¿No puede un hombre restablecer su vida en una travesía individual de aprendizaje y autorreconocimiento? ¿Tiene que sucumbir al peso de su error y al peso moral de ese error? ¿Al peso social de haberla cagado? Me rehúso, pues soy más capaz de hacer el bien en paz, que en penitencia.

Me siento como un animal... no, como una bestia, como una criatura irresponsable, irracional, y diría "asquerosa", pero no es momento, **ni vida, para despreciarme a mí mismo.**

Me miran completamente vulnerable, derramando fluidos, suspirando y jadeando, mientras reproducen gestos y palabras de odio. Pero si algo sé bien, es que el actor es quien tiene control de la audiencia. Basta con que el actor, la estrella de la obra, diga o haga poco, para que la moral de los espectadores se determine, se moldee y se revele. Un hombre sangrando, tirado en el suelo, tiene poder sobre el curso de la moral que existe sobre ese escenario en específico: un hombre sangrando, tirado en el suelo.

Pero es fácil hablar sobre moral. Es fácil tachar a la moral de absurda, de irracional de infantil, de estúpida. La prueba está en la fe. La fe, esa que crea, construye y destruye moral, códigos, leyes, creencias e ideales todos los días, a diestra y siniestra, que tiene al mundo real vistiendo con cierta ropa, organizando y viviendo matrimonios, y dictando cómo vivir cada aspecto de nuestras vidas mortales.

Rodeándome, distinguí una cantidad inmensa, que venía de cada rincón, de enormes ciempiés. Grandes, rápidas y agresivas criaturas. Todos escalaron sobre mi cuerpo. Sentí cada una de sus patas, colmillos y antenas picar cada centímetro de mi piel, sintiendo como si me incendiara, haciéndome reproducir un alarido infernal de suplicio.

- Dame lo que tanto busco, diminuto humano. Sufre, sí. Siente la culpa, dame cada gota de esa deliciosa culpa.

Entonó una voz espectral que iba acompañada de un terrible **zumbido** penetrante, mientras sentí a mi sangre bullir y mis nervios romperse.

Esa voz perforó mis oídos más que cualquier bocina que haya escuchado en mi vida entera. Tras esto, la ilusión se distorsionó. Ahora estaba en mi jardín, mi cuerpo era del tamaño de aquel que tenía cuando era un niño pequeño. Observé, ahí, al borde del jardín, un excusado seco, gastado, que se llenaba con sangre y agua sucia conforme al progreso del diálogo de dicha voz, que continuaba y continuaba susurrando. Se escuchaba, al mismo tiempo, como un terremoto destruyendo el suelo y cada roca que hay en él.

Y ahí, lo vi. Un ojo. Un solo ojo, irritado, sin párpados ni cabeza que lo alojara, emergiendo del fondo del excusado. Me llamó, me hipnotizó con su voz.

- Ahí está.

Dijeron al unísono las voces del científico y la científica que monitorean esta ilusión.

Mi ansiedad y repulsión se convirtieron en un espectáculo para estas personas. Supongo que ese es el fondo de este pozo: **la vergüenza que se encima sobre la ansiedad, el dolor, la desesperación y la culpa.**

Así, fui torturado por lo que parecieron ser meses. Sometido al asco y la culpa de escenarios dentro de mi propia cabeza, todos, observados con particular atención por un par de locos morbosos, y en todos estos escenarios, ojos. Asquerosos, intrusivos, vulgares ojos, cuyas miradas siempre estuvieron acompañadas de voces inundando mi consciencia, una y otra vez, derrotando mi espíritu, haciéndome cuestionar mi identidad y memoria mismas.

Y exactamente, tras meses perdido dentro de mi propia mente, explorando los peores escenarios, llegó el momento. Los científicos se insertaron a sí mismos en la ilusión.

Los vi ahí, en mi imaginación, observándome muy de cerca. Observando cada movimiento, gesto y reflejo, los cuales estaban enormemente limitados por la agonía y la pena que me azotaban al navegar en este abismo de emociones **artificialmente implantadas, potenciadas por una versión pesimista y autodestructiva de mi subconsciente.**

- Este es el dolor humano. Una gama infinita, aparentemente, de emociones que traicionan. Dicen que el dolor nos hace más fuertes pero... no, esa es una tremenda, inmensa mentira. Ya sea el piquete de un artrópodo o de un alfiler, una descarga eléctrica, un golpe en la cara, una jaqueca o una mirada despectiva, incluso, bastan para sentir eso a lo que tanto se teme: dolor. Tu cuerpo, tus pensamientos, tus miedos y tu forma de afrontar esos miedos, ahora le pertenecen **al resto del mundo.**

Pronunció una voz masculina, demasiado similar a la mía, con la excepción de que era más grave. Sonaba limpia, bastante calmada, como si se tratara de un cantante profesional. No la reconocí de ningún rincón de mi memoria. Continuó:

- Acepta que este es Dios: culpa. Esto es Dios, la culpa. La culpa es tu Dios. Esta es una vida de prueba y error, en la cual estarás hambriento de que la siguiente prueba resulte en éxito y de que cada error te consuma en culpa, arrepentimiento y vergüenza hasta el último segundo de tus días. Un desperdicio de vida, pero... eso es la vida: una cáscara, una envoltura desechable, frágil, de un producto de un solo uso; un salto de fe nunca dado, mirando hacia el precipicio, pensando durante nuestra presencia entera en el universo si la caída dolerá una vez que lleguemos al fondo, o si el agua que yace al fondo está helada. Si tan solo abandonaras la culpa...

Toda esta culpa, infundada en ilusiones y la intervención del ser humano... esto es lo que me sobra, esto es lo que alimenta esta ilusión, y esto es lo que he decidido soltar.

La luz se desvaneció, y vino la penumbra. Al reaparecer, la iluminación le permite ver a mis ojos un escenario distinto. Ahora, no soy un actor dentro de mi propia mente, sino un espectador. Es una gigantesca pradera con montañas al fondo, bajo un cielo azul. Ahí estaban los científicos, confundidos, en medio del campo.

Los intrusos vieron al Ojo. El Ojo era un demonio, una bestia, una máquina, un monstruo, un ángel, o todos al mismo tiempo, quieto, debajo de las nubes, observando. Una suave y perturbadora voz femenina cantó a lo largo del paisaje:

- Codex…

Lo primero en notarse, evidentemente, era un ojo humano enorme, con pestañas, parpadeando con una ansiosa frecuencia. En el contorno interior de la pupila, cientos de cuerpos humanos desnudos, moviéndose de manera inquietante, cubriendo ciertas partes de ellos y a veces otras, ocasionalmente volteando su mirada hacia donde el ojo de la criatura estuviera mirando. Este ente tenía un cuerpo entero: gigantescas tenazas delgadas, filosas, saliendo de la zona del cuerpo que alojaba al ojo por medio de extremidades anchas, llenas de esporulaciones grotescas, como si estuvieran llenas de pus y a punto de estallar; como si se tratara de una boca, el ojo sale de la cabeza de lo que parece ser una avispa, pero con los colmillos enormes de una araña saliendo de ambos bordes del ojo, así como la cara de una tarántula en la parte superior, y antenas proviniendo de cada lado de la cabeza; rodeando por completo al ojo humano y sus pestañas, mucho pelo de un color muy oscuro y de una textura aparentemente rígida; debajo del ojo, el pelo era más largo, como si se tratara de una prolongada y filosa barba, y justo debajo de esto, el rostro de otra araña, con colmillos negros y antenas; llevando como cabeza a esta abominación gigante y espantosa, un enorme cuerpo de ciempiés, y saliendo de donde se interseccionan la compleja cabeza del ente y su cuerpo de ciempiés, el cuerpo de un escorpión, como si de otra extremidad se tratara, sin patas ni pinzas, pero sí con su rostro y caja torácica, con un larguísimo par de antenas, colmillos con el aspecto de tenazas aserradas, y un par de testículos humanos colgando uno de cada lado de la cabeza del escorpión.

Esta criatura apareció desde el horizonte, con la velocidad y los movimientos erráticos e inquietantes que hacen los artrópodos, reproduciendo el zumbido agresivo de una avispa.

Moviendo sus antenas y colmillos, temblando, abriendo y cerrando sus tenazas mayores lentamente, la criatura no observaba directamente con su ojo humano a los intrusos, sino que cada uno de sus rostros se quedaban quietos, con una mirada imposible de descifrar, debido al profundo negro de cada uno de sus ojos arácnidos e insectoides.

Del ojo humano emanaba lentamente una secreción de sangre, como si esa parte del cuerpo del ente fuera la encargada de iniciar la digestión de sus presas junto con los otros colmillos animales que conformaban el cuerpo de la bestia.

Y tras unos segundos, el monstruo decidió tomar los cuerpos de los intrusos con cada una de sus tenazas mayores, mientras su zumbido de avispa aumentaba en volumen, como si lo entonara con mayor agresividad.

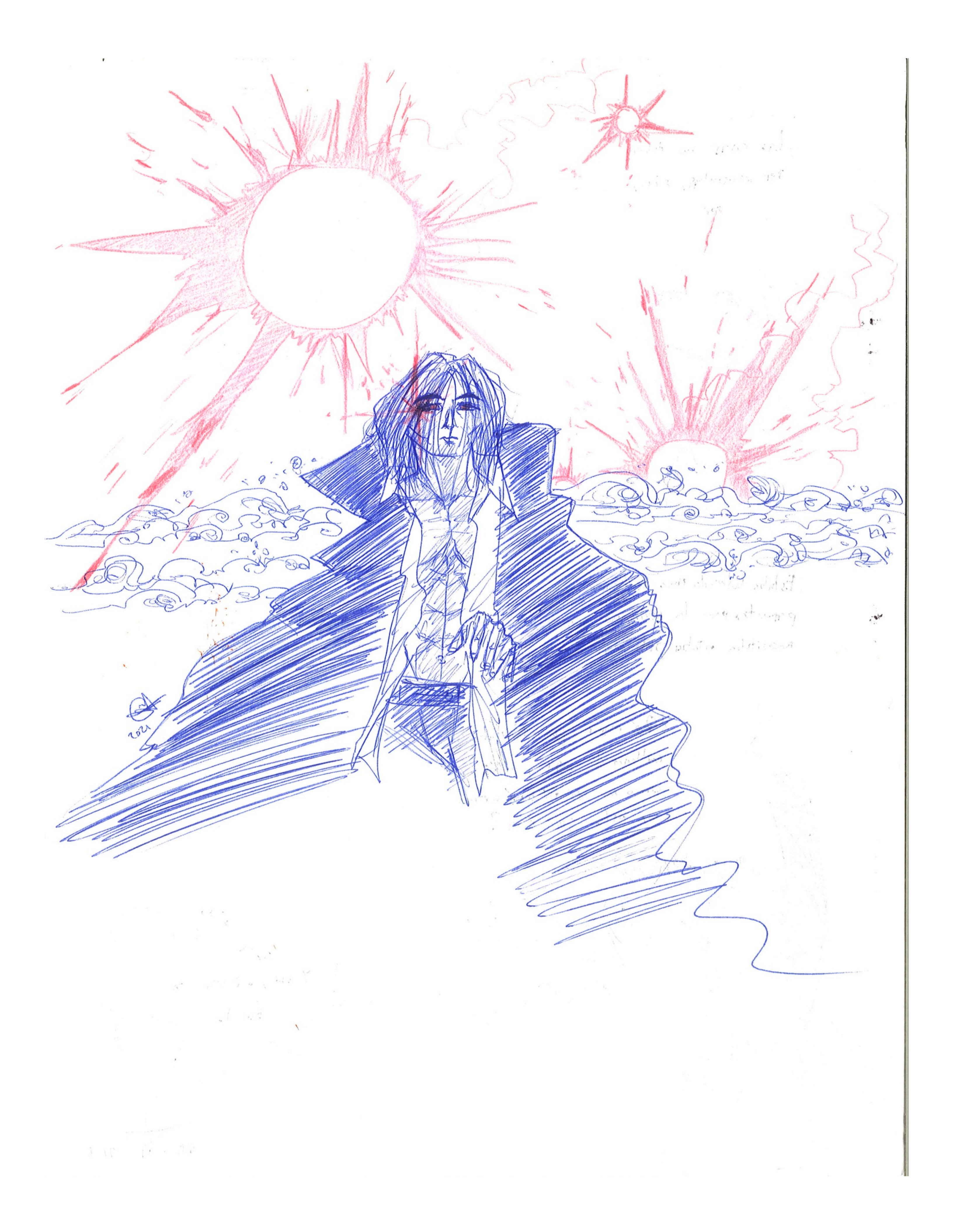
Llevando a la mujer a la boca de la araña debajo del ojo humano, y llevando al hombre a la boca del escorpión, la criatura empezó a masticar los cuerpos de sus víctimas con relativo placer y calma, no agasajándose en uno o dos bocados a sus presas, sino distanciándolos a unos cuantos decímetros de cada par de colmillos con los que disfrutaba de su festín, para mover estos en el aire un momento, y volver a llevarse los cuerpos humanos de los intrusos a la boca otra vez.

Y así, repetidamente, se observaba a esta bestia comerse a sus víctimas a pequeños bocados, mientras estas gritaban de agonía, mirando el horripilante cuerpo de esta abominación, indefensos ante las mordidas que los enormes, duros y afilados colmillos les proporcionaban y ante el doloroso, extremadamente fijo agarre que las tenazas ejercían en sus frágiles, suaves, grasosos cuerpos.

Desperté del sueño artificial, y a mi alrededor, miré a los intrusos inconscientes, quienes tenían los ojos entrecerrados, la boca abierta y una expresión terrible y angustiosa de repulsión en el rostro. Muertos los dos. Extraje las agujas de mi cuerpo, me puse de pie, observando con un inocente asombro a las víctimas de una tortura imaginaria secretar sangre de sus fauces por última vez, y abandoné la habitación, dirigiéndome a la que esta está conectada, en búsqueda de Murmu.

Y ahí estaban todos, los científicos y Murmu, muertos por igual. Ella, con lágrimas secas bajando por sus mejillas hasta su mentón, y con un gesto como si estuviera a punto de reventar en sollozo, gravado en el rostro.

PARTE II: EL HOMBRE


2021

Capítulo 4 – La prisión mental

"No sientas piedad por mi mente, pues ella no sentirá piedad por ti", son palabras que resonarán en mi mente por mucho tiempo. Tal vez, por el resto de mi vida.

Hay una parte de mí que abandoné hace mucho. Esa parte está compuesta de irreverencia, en mayoría. Fe ensimismada, egoísta y optimista, antes de que mi mente se sometiera a la ficción que conozco como "futuro".

Esa parte de mí está compuesta de filosofía tanto como de las acciones que dan vida a esa filosofía y las que nacen de ella.

Ahora está sepultada.

Pero me observa desde debajo de la tierra y desde lo más alto del cielo al mismo tiempo, más allá de las nubes, a punto de estallar por decir algo y por aventurarse en el mundo como alguna vez lo hizo. A veces puedo ver el rostro de ese lado cremado y sepultado de mí, sonriendo, transmitiéndome paz. Solo eso importa: paz. Paz interior, incluso cuando el mundo parece estar en llamas, **pues caminando entre las llamas, el infierno es tolerable cuando el cielo se vive en el alma.**

Un suceso en particular o, mejor dicho, un episodio específico dentro de mi nueva vida, me mostró de lo que es capaz la mente de un hombre, pues me anunciaron la muerte del hombre racional, para así declarar un presente y futuro para el hombre pasional.

Los sucesos que acontecieron le dieron definición a la realidad misma.

Capítulo 5 - ¿Qué es un hombre?

"...

Nadie conoce a ciencia cierta qué eventos específicos dieron origen al mundo y la cultura que viven esta realidad, mas que se tiene entendido que este mundo es lo que es, desde que "los locos hicieron de las suyas".

En este mundo el sufrimiento es evidente, y también es un espectáculo, porque quienes sufren, hacen arte con su dolor, dejando que los colores del sufrimiento corran libres por el aire, así como la sangre corriendo por sus venas; dejan que sus sentimientos esculpan a la realidad usando la pintura, las rocas, el mármol, el metal y la madera, entre otros, y adornan sus creaciones con música, con narrativa y con pasión. Con una historia viva.

La gente deja fluir sus emociones, y por eso es un mundo tan bello. Se existe tanto de día, como en el atardecer, y como de noche, en lo que parecen ser tres realidades distintas.

De día, se exploran los confines de este vasto mundo. En el atardecer, se goza de la suspensión del tiempo en el espacio: el sol está impreso sobre el mundo como lo está en las pinturas, adornándolo de naranja. Se disfruta de su calor y de lo mucho que nos recuerda al mar, así como para aquellos que ven el mar con sus propios ojos; se disfruta de cómo todo es amor, sensualidad y/o pasión cuando el sol se extiende a lo largo del océano. Los colores naranja, azul, amarillo, rosa y blanco predominan en este estado del día

De noche, los misterios del mundo florecen y polinizan el ambiente. Los misterios que constituyen al universo salen a bailar. El cielo mismo se mimetiza con el misterio, y un paisaje gigantesco de arte y belleza es lo que se vive, se percibe con cada uno de los sentidos, desbloqueando incluso aquellos que creemos existentes únicamente en la ficción; de noche predominan los colores dorado, plateado, negro, hueso y rojo.

Se vive de noche tanto de día, y se puede dormir gloriosamente en ambos.

Se desconoce más allá de los kilómetros que conforman el reino, el cual, es un par de ciudades, un puñado de montañas administradas por aquí y por allá, vastos bosques que cuentan con una gran variedad de árboles, lagos, praderas extensas, y yermos gélidos debajo de los acantilados, los cuales se asoman con soberbia hacia el resto de la isla y el mar.

Pero todo esto, dentro de un enorme mundo sin explorar. No se sabe de civilizaciones, ni países, ni paisajes más allá del océano, pero sí existe la pasión por explorar y averiguar qué cavernas, cordilleras, ciénagas, playas, edificios, esculturas, lenguas, rostros, historias y misterios yacen en el horizonte

..."

Lo anterior está escrito en un pergamino que lleva como título "Bendito Sol Aferfhe", firmado por una persona de nombre Urjani Maghor.

Pronto, toda esta belleza y misterio fueron, a pesar de exhaustivos esfuerzos, corrompidos dentro de la mente del Señor de la Guerra. **El verdadero Señor de la Guerra**, quién más bien parece una versión exagerada de una fracción de mi psique.

Ese hombre se presentó en mi hogar, sin hacer un solo ruido, mientras yo descansaba desanimado, como un zombie, en mi habitación. Irrumpió y me despertó con su mera ominosa presencia, sentado sobre un antiguo librero que yace a lado de mi cama, iniciando una conversación:

- Este lugar es sagrado. Hay personas que no se atreven siquiera a mirarlo directamente, aunque estén lejos de él, debido al terror religioso que el lugar infunde... ese terror religioso que castiga a sus vidas.

  Dicen que aquí duerme dios, y que dios, en vida, tenía la apariencia de un ser humano, un bello, joven ser humano. A mí me pareces más bien... un vampiro.

El hombre, sonriendo y balanceando los pies lentamente, era... exactamente igual que yo, a simple vista y a simple oído.

Piel clara, pómulos prominentes, pequeños ojos con un iris rojo como la sangre, cabello castaño, delgado, no muy alto, con una evidente masa muscular, no espectacular, pero evidente. Sí, un bello hombre, cosa que es ahora notable a través de él, a diferencia de cuando lo intento valorar a través del espejo, en el cual paso minutos enteros buscando armonía y gozo en lo que veo.

Él viste con una gabardina negra, pantalones negros, zapatos negros, y una corbata negra con gravados de color rojo. Séase, replicaba mi atuendo favorito, pero con esa corbata como prenda adicional.

Reitero, la imagen de este sujeto es idéntica a la mía. Incluso su forma de reposar, sus gestos y su forma de caminar son iguales a los míos. Su voz, de mismo modo, es idéntica. Era como observar a un reflejo independiente o una foto cobrar vida.

Él sonríe con aparente confianza, pero esos ojos rojos... esos ojos rojos mirándome detenidamente, con tanta atención, son inquietantes.

- Tú... tú eres el Señor de la Guerra.

Pregunté.

- Sí, ese es el nombre que uso. De hecho, es mi único nombre, no tengo otro. Ni siquiera un apodo. **Es el nombre que me puso la vida misma.** Vino a mi mente

momentos después de nacer. Y después de eso, mi vida... no, mi existencia entera, ha sido un martirio sin sentido, sin orden ni futuro apenas imaginable, ni esperanza sobre una mejoría a toda esta situación. A eso he venido, padre, en búsqueda de sentido.

- ¿Padre?

Pregunté confundido, a lo que él respondió:

- Sí. Eso es algo que sigue en cuestión. Si en serio eres Dios, entonces eres mi creador... mi padre, por lo tanto.

Tras un breve silencio que viví incómodamente, añadí:

- ¿Cómo puedes estar al menos seguro de que no soy solo un loco, vagando por ahí, que decidió dormir dentro de una casa abandonada? No soy dios por dormir en un edificio que es supuestamente sagrado.

- Tu ignorancia me... incomoda. Lo que dicen las personas de Sol Aferfhe, es que dentro de esta casa se encuentra el infierno, pues aquí murió y yace el cuerpo sagrado de Dios, junto con su omnipotente cerebro. ¿Qué clase de maldición asquerosa y milenaria aloja estas paredes?

Habiendo dicho eso, hizo una pequeña pausa para recuperar la compostura, y continuar:

- La idea es, que se cree que todo tipo imaginable de torturas físicas, espirituales y emocionales se experimentan aquí, al poner un solo pie tras cruzar la puerta, pues se profana a la tumba de Dios y se aventura con un cuerpo mortal en el sitio que alojó a Dios al momento de su muerte, que aloja su cuerpo divino, y lo que quizás... lo mató.

  No soy un hombre religioso, pero hay dos posibilidades: o eres increíblemente ignorante e, irónicamente, tu misma ignorancia te ayudó accidentalmente a desmentir una superstición de siglos de antigüedad, o tu cuerpo, mente y espíritu permanecen inmutados ante la maldición de este lugar... lo que me hace pensar, que también sería ese mi caso.

El hombre me capturó en su conversación. Deliberé:

- Esto es... solo un sueño. No soy dios, soy un mortal teniendo un larguísimo, lúcido sueño.

A lo que él contestó:

- Curioso... un “sueño” en el que existen la pena, la tragedia, la tristeza, la desesperación, la desesperanza, el dolor, el hambre, el odio, la envidia, la violencia y el prejuicio.

Si esto es un sueño, entonces yo no soy real. Oh, pero me siento muy, muy real. Cada pensamiento, cada emoción que sacude mi cuerpo, me baña de escalofríos, me hace temblar, me excita, me anestesia. Mi vida rebota entre pasión y tragedia… eso es real. Esto es real, y me asquea el hecho de verte acostado, apático, dudoso, derrotado, sin vivir esta vida como lo real que es.

Todo lo que siento es real… excepto por algo, que parece un error, un defecto enorme. Mi cuerpo… es **frío y duro**, mucho, a comparación del de los demás seres humanos, con cuerpos cálidos y suaves.

El ominoso hombre se acercó y tocó uno de mis brazos por unos segundos, sujetándome de la muñeca. En verdad, su cuerpo estaba helado y su agarre estaba cargado de una fuerza que no reflejaba, en su rostro o pulso, esfuerzo equivalente. Al soltarme, agregó:

- Veo que te sientes como ellos, cálido y suave. Antes de mostrarte lo que quiero mostrarte, padre, necesito saber algo. Si te empalo con esta arma, ¿morirás?

En seguida, desenvainó una larga y delgada espada plateada que yacía oculta bajo su gabardina. Respondí:

- Ya ni siquiera estoy seguro. Lo que se dice es, que dios lleva muerto más de 320 años. Cuando intenté acabar con mi vida… o, mejor dicho, con esta ilusión disfrazada de vida, simplemente volví a despertar en esta misma habitación. Pero si es cierto que 326 años pasaron para que despertara, no estoy dispuesto a experimentar la muerte en este mundo de nuevo.

  Podría no despertar nunca, podría ver y tocar el infierno, podría despertar de nuevo en un peor lugar o tiempo, o limitado aún más en mis capacidades. No quiero morir…

El Señor de la Guerra enfundó su espada y tomó la palabra:

- Creo que ahora entiendo. Ves a esta realidad como un sueño, pero valoras lo suficiente tu presencia y tiempo aquí, que temes que tu vida se extinga.

  Si algo no está en duda, es que tú y yo somos idénticos de pies a cabeza, con todo y este precioso iris rojo, y más allá de eso, somos excepcionales. Tú has renacido de la muerte, y yo estoy hecho de algo que los demás seres humanos no poseen en su organismo.

  Pero bien, esto es lo que te quiero mostrar. Ven conmigo, maestro.

Vistiéndome con un atuendo idéntico al suyo, con excepción de la corbata y que desabotoné mi camisa hasta el abdomen, salimos, y viajamos a pie, por horas, a través de las colinas, las

praderas, montañas, riberas, los bosques y las playas de Sol Aferfhe, conversando y reflexionando sobre nuestro alrededor y su belleza, y de vez en cuando, sobre la vida misma.

En un momento, caminando juntos a través de la maleza y las rocas, pisando lodo y enormes raíces, él me preguntó:

- ¿Qué es un hombre?

Me incomodó el tan solo tener que pensar y analizar una respuesta. Repitió esa pregunta otro par de veces a lo largo del día y la noche. La última ocasión que lo preguntó, añadió:

- Te traigo esta interrogante dado que quizás tu conocimiento y experiencia de siglos, proveniente de otra realidad, puedan iluminarme, u ofrecerme la posibilidad de un debate sangriento que nos lleve al descubrimiento de la esencia de este mismo universo que, tanto afirmas, es producto de tu imaginación, y aún más importante: nuestra presencia... mi presencia en él.

  De donde yo vengo, yo soy el Señor de la Guerra, y es ahí, donde mi trabajo está manchado de sangre, y se mancha cada vez más.

  Noté que usurpaste mi identidad e intentaste hacer un trabajo como el mío. Se habla sobre otro Señor de la Guerra y de su obra... pero no se habla de ninguna guerra. Eso es una pizca, tan solo una fracción de lo que quiero mostrarte: la guerra. La inevitable, purificante y bella guerra.

Concordamos, en un momento, distinguirnos más en cuanto a nuestra apariencia. El Señor de la Guerra me prestó un par de gafas de sol con lentes rojos, y con algo de gel, peiné mi cabello hacia atrás, descubriendo mi frente. Así, dejamos de vernos idénticos, y compartimos un sentimiento emocionante y juvenil de lucir determinados atuendos.

Él me llevó, por medio de atajos ocultos, a la cima de los acantilados, que, por toda mi estancia en esta isla, pensé que me separaban del mar y sus temibles olas, pero me equivoqué: me separaban de otras tierras. La otra parte de Sol Aferfhe.

Lo primero que noté desde la cima de los acantilados, estos bellísimos, imponentes y grises monumentos al cielo y al espacio exterior hechos de filosas rocas gigantes, fue un yermo oscuro, extendiéndose a lo largo de la planicie, de izquierda a derecha y hacia en frente, solo para perderse en un bosque inmenso, abandonado por el sol que hora se oculta a nuestras espaldas, en el oeste.

Abrazando la oscuridad, una increíble penumbra negra que lucía como el mismo cosmos que se observa encima de nosotros, pero sin estrellas, nos esperaba más allá del acantilado, del yermo y de los bosques.

Un espectáculo de oscuridad y frío. Se notaba con los ojos, se sentía con la piel, y con los oídos, se disfrutaba del cantar de las criaturas nocturnas aladas, volar y bailar en este paraíso silencioso.

El Señor de la Guerra extendió los brazos hacia cada lado, como si abrazara al aire gélido que ahora nos acaricia, y dijo:

- Ahora déjame mostrarte… la guerra.

Capítulo 6 – El acantilado en una noche gélida

- Yo dejé de vivir días separados, amigo mío. Dejé de fraccionar mi vida en episodios, fechas y etapas. Mi vida es una gran obra, de principio a fin.

  Si tan solo conocieras a los fantasmas que vagan a mi alrededor, o las retorcidas mentes que vagan ahí debajo, más allá del bosque, derramando sangre, construyendo en su alma una enorme torre capaz de alcanzar al espacio en un mar de cometas y estrellas fugaces, entre la oscuridad.

  Yo anhelo esa oscuridad, padre. Una oscuridad perpetua. Ese ha sido mi sueño, mi PROPÓSITO, desde que tengo un pie en esta tierra, desde que pienso, desde que camino, lo cual, no tiene ni siquiera un lustro. Tiene solo meses, de hecho. Un año, por mucho.

El Señor de la Guerra continuó recitando sus palabras, las cuales mecían a mi mente como una cuna en medio de este paraíso oscuro y frío.

- Mi vida… no, esta vida, es una gran obra. Toda obra debe terminarse, pero simplemente, no he acabado aún. Recuerda este momento, dios mortal, pues no se repetirá jamás, dado que esta existencia y este universo son finitos.

En ese momento, reprodujo un diálogo increíblemente precioso, que me heló la sangre como cuando niño experimentaba la euforia, paz y comodidad:

- Tal vez sí he estado soñando con una buena muerte. Que los créditos finales de mi vida tengan como escenario un vasto paisaje nocturno, justo después de la última guerra de mi vida; el frío viento de un desolado acantilado que se erige sobre un campo de batalla extinto, en el que ahora solo arden unas cuantas llamas esparcidas por el yermo, como las velas que adornan una mansión en la que llegó la hora de dormir; conmigo a la orilla del precipicio del acantilado, mirando hacia el horizonte, extenso, oscuro, **sin el peso del amanecer ni la luz de su sol perturbando la gélida oscuridad de mi nuevo mundo**, un mundo en el que las voces, colores y los vientos del misterio del universo se vislumbran claramente; mirando hacia el cielo, tan gris, tan lodoso en su color y tan lejos de nuestros dedos.

  Los espíritus que la fría voz de la penumbra canta y que las nubes de un anochecer **perpetuo** transportan, me llaman, se acomodan alrededor de mí para concederme reposo, me toman de la mano para al fin darme un descanso.

  ¿Habrá una aventura después de estos créditos? Eso solo lo sabré, si descanso.

Al finalizar, yo mismo me sentí como describen esas palabras, siendo abrazado por los fantasmas, con sus congeladas manos, y llevado a un descanso eterno, lejos por siempre de las mentiras y límites dolorosos de esta existencia misma. Un fascinante sentimiento de paz.

Se sintió como un sueño… volviéndose realidad. La existencia al fin se llenó de propósito: **descansar tras haber concluido mi obra.** Morir joven, una auténtica tragedia, bajo miles de lágrimas ajenas, en el propio paraíso de mi alma, mecido por fantasmas fríos a través del cielo, en un ataúd lleno de flores de todo tipo y color, con los ojos cerrados, durmiendo en paz.

- Así que intentaste suicidarte, esperando encontrar paz, o ser arrebatado de esta realidad cuando lo perdiste todo. Cambiarlo todo, volar al espacio, sumergirte en lo más profundo del mar.

Intervino con gran seriedad el Señor de la Guerra, para continuar:

- Entonces, Dios se aburrió… y en lugar de moldear al mundo de nuevo a su gusto, buscó irse a dormir para siempre. Y aquí está, tres siglos después. No vuela, ni transforma la materia a su conveniencia. Dios ahora le teme a la muerte, incluso.

  No sé qué pensar de un universo en el cual Dios está aburrido…

Decidí interrumpir:

- Así es, perdí mis poderes y mi imaginación para hacer algo con esos poderes antes de perderlos. No creo ser Dios. Soy un pequeño, joven, inexperimentado, asustado, confundido hombre que va desesperándose más y más.

Inmediatamente, el Señor de la Guerra me miró a los ojos y agregó, con presencia:

- Pero cada piedra, cada árbol, cada lago, cada nube… están aquí porque tú lo deseaste. Están diseñadas y colocadas como tu voluntad lo deseó. Padre, incluso yo mismo, estoy diseñado a tu idéntica imagen y semejanza.

  Me temo que, si en serio te fueras a descansar por el resto de tu existencia, el mundo entero se iría a descansar, se apagaría por completo, forzosamente, contigo.

Escuchándose ligeramente apenado, el Señor de la Guerra hizo una breve pausa y continuó:

- Necesito saber, padre, qué tanto deseas descansar, o qué tanto deseas despertar de esta realidad que no te complace y dejar de alimentar esta mentira. **¡Quiero saber qué tanto deseas ser arrebatado de esta existencia!**

Sus palabras me sacudieron profundamente. Tras entrar en conflicto dentro de mi propia mente, respondí:

- Sí, quiero abandonar este universo mismo. Quiero volver a donde nada está diseñado a mi voluntad y volver a ser un actor y espectador de la vida en donde ella no está escrita por mi propia mano.

  Pero al mismo tiempo, quiero disfrutar de la libertad de este mundo. Cada paso que doy, es un respiro de nueva vida. No tengo la necesidad de comer, ni dormir, ni de beber, ni de evacuar. No hay reglas, orden, ni cataclismos asomándose desde el horizonte amenazando a la vida, o crisis asomándose desde la esquina. O quizás nunca entendí el significado de la palabra "crisis"... o que la sobreestimé demasiado.

Entonces él extendió su mano izquierda hacia mí, y dijo, con cierto tono de seguridad:

- Padre, dame **seis días.** Seis días para ayudarte a decidir si prefieres permanecer en este mundo, en este cuerpo, en esta vida... o si prefieres desvanecer y tomar el descanso que tanto mereces.

Y acepté.

Capítulo 7 – Un reino de depredadores sin presas

Descendiendo por las colinas que conectan a los acantilados con el reino desconocido aun para mí de Sol Aferfhe, el Señor de la Guerra se convirtió en el narrador de las próximas horas:

- Conflicto, padre. Eso es lo que ha motivado a mi existencia misma desde que tengo memoria. Cómo me fascinaría explicarte a detalle, palabra por palabra, la composición de mi filosofía.

  Pero bien, por lo menos podrás ver con tus propios ojos y escuchar con tus propios oídos que mi filosofía ya tiene una presencia influyente en Sol Aferfhe… este ruin **cementerio de la cordura.** Eso me llevó a prisión… por solo un mes, pues mi influencia me consiguió libertad.

A lo lejos, más allá del bosque, más allá de las praderas y yermos, alcancé a observar una torre. Lucía hecha de piedra, y no se veía alterada en su composición por manos humanas, por lo menos no desde aquí. Alrededor de ella, soledad. Sin árboles, ni plantas, ni establecimientos humanos, ni humanos. Solo rocas, enormes, afiladas rocas surgiendo desde el pasto moribundo, apuntando hacia la torre.

- Veo que notaste la torre de ónice que se erige hacia el oscuro y tormentoso cielo. La Torre del Hombre, la llaman. Un lugar venerado, temido e inhóspito para la frágil mente de cualquier ser humano que ponga un pie adentro, incluyéndome.

  Al instante de entrar y estar rodeado por esas paredes de piedra, ilusiones te invadirán, y solo si tienes la suficiente compostura, podrás encontrar de nuevo la salida.

  Innumerables son los cuerpos que yacen ahí dentro, víctimas de haberse sometido a los extremos de su propia imaginación.

  Quién sabe cómo fueron los últimos segundos, minutos, horas, días o semanas que pasaron ahí dentro, sintiendo su cabeza ser desgarrada desde el interior y derretirse hasta perder control sobre ella.

  Yo estuve dentro, y solo un milagroso arranque de disciplina y templanza me detuvieron de arrojarme más allá de los bordes de mi mente, y perder la cordura por completo. Digo “por completo”, porque creo que mi cordura está, en parte, perdida.

  Esa ha sido la esencia de mi travesía, maestro, un conflicto dentro de mí mismo, entre mi razón y la pasión que descubrí, que vive y arde en mis entrañas, como una llama en mi alma, dándole vida.

Continuando con el paso, a través de los pastizales, alzó su puño y miró hacia el cielo con una expresión de enojo en el rostro:

- ¡Es, el conflicto, el motor de mi vida misma! ¡fue abrazando mi propia esencia que encontré la paz, el gozo y la satisfacción inmortal y bella de mi existencia! Una esencia que ansía la destrucción.

  Esta "vida social" ha sido un error, una tremenda equivocación, una teoría fallida, un experimento fracasado, una proposición sobrevalorada, una hipótesis discapacitada.

  Me imagino que ya has pensado esto antes, pero permíteme demostrártelo en su forma más cruda y evidente.

Nos refugiamos en un cuarto de hotel con vista hacia el mar. Luces neón lo adornan. La fachada asimila un complejo de oficinas, con sus colores gris y blanco. Una monotonía que se vuelve interesante con el sonido de las olas y las imágenes de personas saliendo y entrando al edificio, conversando, tomando siestas sobre la arena, observando el morado horizonte.

El cuarto cuenta con una enorme cama, que bien puede alojar a cinco personas de nuestro tamaño cómodamente. Una habitación acogedora, pero con una esencia inquietante. Tal vez, el inquieto soy yo. Nos dispusimos a platicar, sentados sobre la cama, bebiendo leche de fresa.

- Este mundo está a punto de colapsar. Nada de esperar siglos para que evolucione, mejore o ceda ante la muerte del sol que nos ilumina: este mundo será destruido por las garras de sus mismos "racionales" habitantes.

  Déjame explicarte a detalle.

  En Sol Aferfhe viven muchas personas, todas, con ideologías y creencias que los mueven, muy dentro de su ser. Eso que los mueve es su maquinaria natural para avivar y vivir conflicto. Yo he movido los hilos de ese conflicto, cuidadosamente, para eliminar cada rastro, respiro y gota de sangre de cada ser pensante que haya elegido participar en el nauseabundo, infantil juego de la ideología.

  Sus débiles mentes no ven más allá de la percepción sobre la realidad que tanto les acomoda.
  Ideas, creencias, voces, ilusiones... todo esto posee y tiene como rehén a cada humano que vaga y caga en esta Tierra.

  Y así, obedeciendo a dichos fantasmas de la mente, van por ahí, disfrazando de verdad a sus irracionales, fantasiosas ideas.

Ideas sobre cómo debe regirse al mundo, ideas sobre cómo deben comportarse los hombres y las mujeres; ideas sobre cómo educar a los niños, ideas sobre quién debe controlar el uso de los recursos naturales, artificiales y humanos; ideas sobre qué es arte y qué no lo es, ideas sobre en qué debemos concentrar nuestro esfuerzo y en qué no, ideas sobre cómo debe ser la conducta de una persona, impuestas de manera violenta, a través de la humillación, la culpa, el dolor físico y la manipulación pasiva... un complejo de inseguridades, un deseo enfermizo de control sobre el prójimo, instituido en la palabra y acción de cada persona en cada oportunidad que tiene de interactuar con otro ser humano.

No disfrutan de su libertad.

Yo he sido seducido por estas voces, estos suspiros fríos que acarician nuestra debilidad y fragilidad de mortales, y he sucumbido, lo admito, pero asimismo, he salido de esa fosa y he encontrado fuerza e independencia.

Ahora, como mi gran obra, usaré el cuchillo que ellos usan para intentar someter al prójimo para apuñalarlos en un último baño de sangre. El último baño de sangre de la humanidad.

Las palabras del Señor de la Guerra me intrigaron, pero ese toque latente de violencia y desdén por la humanidad me asustaron, y a la vez, me parecieron incongruentes... aunque no puedo evitar pensar, que, de estar rodeado por una muchedumbre de esa calidad, yo también me hartaría de tanto parloteo, tanta regla irracional, tanta obsesión insegura por controlar. **Una réplica del mundo real. Una actitud de desprecio hacia la libertad, que, al encontrarse en conflicto con la propia, busca sabotear la ajena.**

Respondí:

- Interesante. Cuéntame, o muéstrame, cómo lo harás.

- Bien... he explotado y analizado de cerca, como una herida, cada punto sensible, cada fuente psicológica y cada base lógica de las ideologías de los ahora grandes participantes de esta guerra: personas que veían sus propios ideales sobre control social como sueños, ahora se organizan y se conducen con cierta determinación a imponer el orden que consideran el correcto para la humanidad.

  Mentes enajenadas, obsesionadas con movimientos y teorías que complacen su psique. En lo personal, encontré satisfacción jalando los hilos del conflicto interior, disfrazado de conflicto social, de cientos de personas involucradas en esta guerra, pero ahora, a estas alturas, considerando la enorme tensión que se vive en este campo de batalla ideológico, sólo me comunico con las cabezas de cada movimiento

en particular. Personas que, aunque a sus seguidores les duela aceptar, definen el estado de su ideología a través de sus palabras y acciones, moldeando así, las teorías y bases emocionales que la motivan.

Debemos andar con cuidado, pues si bien la paz se luce y se porta como una bandera en los rostros de cada habitante de la isla, el caos domina sus mentes, y el mínimo inconveniente los hará desatar la violencia que vive ten reprimida en su interior.

Andemos con cuidado, pues este trabajo es de discreción y paciencia, así como de secretismo. Es un sueño hecho realidad. Al fin, apaciguaremos estas molestas voces que sólo **quieren hallar el horror en el prójimo que ellas mismas no pudieron confrontar en su interior.**

Entre más suspenso creció dentro de mí al escuchar estas palabras, pregunté:

- ¿Tienes bien delimitados a estos… objetivos?

- Claro. Uno de ellos es un verdadero guerrero, un soldado, el líder ideológico de una legión de hombres que se hacen llamar los Músculos, y este sujeto… se hace llamar el Cerebro. Un grandilocuente, muy inteligente pero soberbio hombre, cuya obsesión es la disciplina, el orden, la fuerza y la supervivencia de los "fuertes" sobre aquella de los débiles. Sus estándares sobre la fuerza son baratos, pero tiene una forma elegante y, honestamente, bien elaborada de convencer a quienes se propone.

  Bien, ese es uno de ellos.

  También tenemos a una… mujer, que se cree madre y jefa de todo mundo. Una intelectual pomposa y arrogante que va por ahí imponiendo estándares sobre el arte y la expresión, intentando imponer roles de trabajo en cada organización civilizada que hay. Es sólo un intento enfermizo de crear una sociedad perfecta, así que considera esto si en algún momento te sientes influenciado por la culpa que deseará imponer sobre ti para debilitarte, pues esa es su arma, la culpa, **buscando sembrar una responsabilidad en ti hacia la humanidad, donde la sociedad en realidad debe fortalecerse individualmente.**

  Y por último esta este anciano… un viejo pervertido, hipócrita, de una familia y grupo de amigos aristócratas que rigen al credo popular por medio de templos y publicidad estúpida sobre cómo vivir la vida. Reglas morales que han tenido éxito entre los más temerosos y presuntuosamente ajustados al "orden"… hipócritas cobardes esperando que la vida misma tenga piedad de ellos solo por cumplir caprichos de un hombre que, con suficiente seguridad, impone la verdad, una verdad que no es más que su retorcida fantasía sobre el universo.

> Así de banales como puedes percibirlos, tienen a este lado de Sol Aferfhe peleando por complacer sus caprichos ideológicos. La situación actual de tensión y mi misma influencia los ha puesto al borde de desatar eso que sé que tanto desean, pero sus cobardes espíritus no se han motivado a declarar: guerra. Su fachada de orden y paz están a punto de quebrantarse.
>
> Solo un último, diminuto empujón es suficiente para que se arrojen a sus más bajos instintos y deseos de violencia. En su fe ciega y obsesión por controlar al prójimo, desatarán una guerra sin tregua para dominar al otro o erradicarlo si opone resistencia, cosa que seguramente hará. Será ahí, padre, que no quedará más que polvo, sangre, huesos rotos, humo, cenizas, metal destrozado y espíritus moribundos, si es que sobrevive alma alguna a tal confrontamiento de poderes.
>
> Nosotros daremos ese empujón.

Con escepticismo, pero considerando la frustración que me comparte el Señor de la Guerra contra esta enfermiza sociedad posesiva, lo acompañé a poner en marcha su plan final.

Él añadió:

- Okay. El Cerebro, Lorelei la bruja, y Marceu, el viejo asqueroso. Tres esclavos de su propia mente retorcida, que recibirán las llamas de su propio odio al igual que los descerebrados de sus seguidores.

El plan era intrigante. Un plan que, de ser ejecutado en su clímax, cumpliría mi sueño primitivo de ver a aquellos que considero irracionales e inseguros, llenos de soberbia y obsesión por el dominio, caer a mi alrededor sobre las cenizas de su propia marchitada mente.

Acepté.

Dormimos. Descansamos en un silencio y comodidad acogedores. Desperté quince minutos después, pues la mentira de descansar me sobró, una mentira sobre una necesidad que mi misma existencia abandonó, por lo menos, en términos del cuerpo humano mortal del cual aparentemente he… evolucionado.

Contemplé la vista hacia el horizonte que brinda la habitación por unos momentos, y luego observé superficialmente la misma habitación. Estaba adornada de manera inusual por dibujos y papeles con letras en ellos.

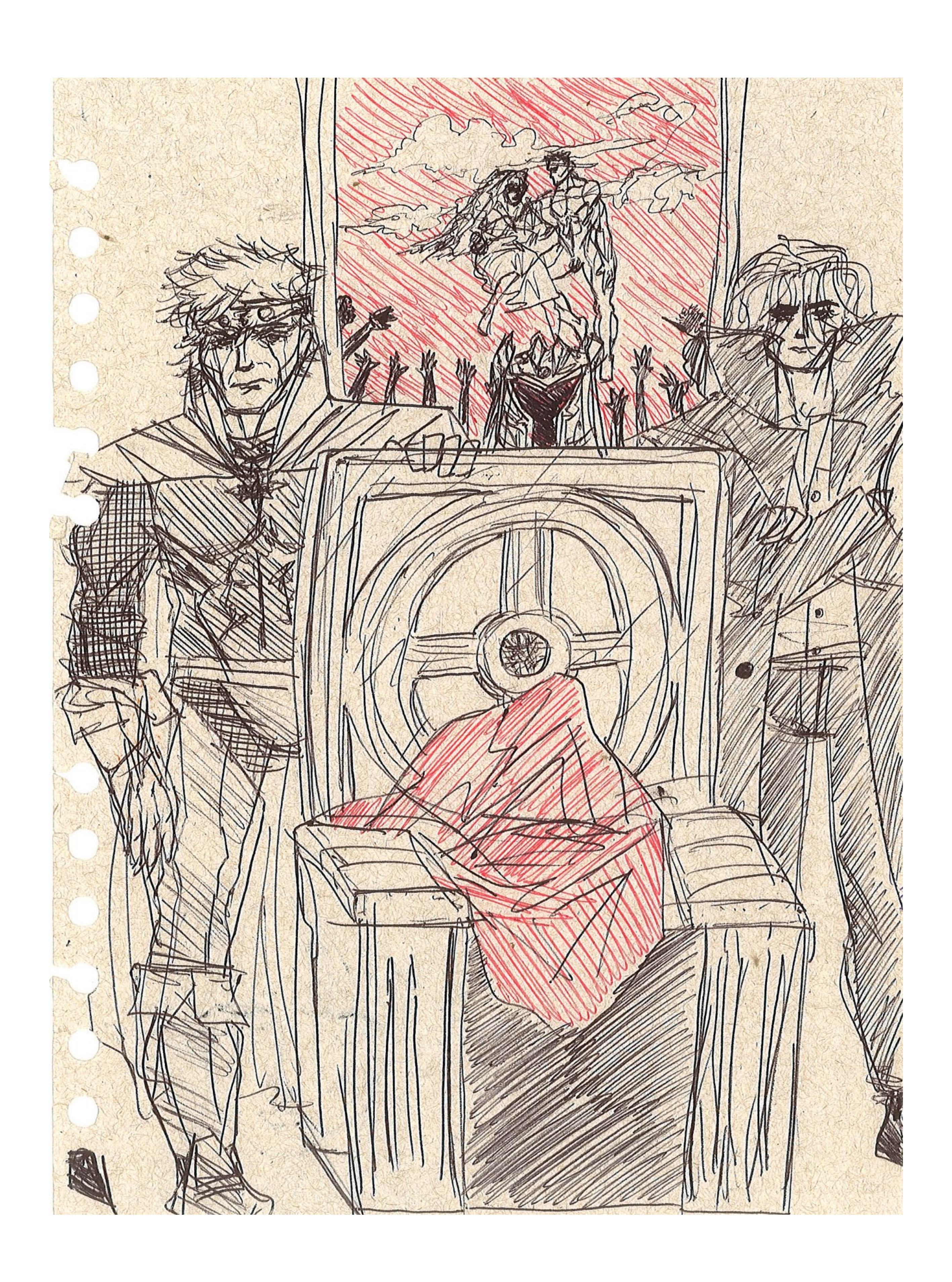
Dado que el Señor de la Guerra seguía descansando, me acosté de nuevo en la cama y forcé un estado de sueño para recibir a la mañana que hay por venir.

Llegando un templado amanecer, ambos nos preparamos. Determinado, él dijo:

- ¿Listo para partir… partir con este campo plagado de sanguijuelas de la ética, Señor de la Guerra?

- Estoy listo. Listo para observar los alcances de la mente del prójimo.

Y hacia la fortaleza de los Músculos me dirigí, con cierto temor humano, ese del viejo mundo, pero determinado por asombro y la curiosidad que estuvo, por mucho tiempo, sepultada en mi alma marchita.



Capítulo 8 – Un hombre serio en una Tierra no tan seria

Existe un arma, un tipo de magia, que permite ver al mundo, a la sociedad y a la vida de una manera que no te sepulta ni hunde en un mar de conflicto irremediable: el respeto.

El respeto revela, con elegancia y gracia, los aspectos por los cuales vivir es una obra de arte que se disfruta desde la idea de su concepción hasta la idea de su fin. Revela cada detalle y el amor que se tiene por la vida misma.

Siento a esta humanidad recobrar sentido dentro de mí… y siento escalofríos. Siento a mi cuerpo ser acariciado por pétalos de flores, ascendiendo y descendiendo, en mis entrañas.

El día luce, a simple vista, prometedor. En mi transcurso hacia la fortaleza de los Músculos, el bastión del Cerebro, me paseo por un increíble, maravilloso paisaje, uno tras otro, del arte que edifica a la naturaleza. Montañas, praderas y colinas con flores, pastizales, árboles y arroyos rodeados de piedras preciosas y de aquellas piedras grises que parecen tan suaves como la misma piel de un humano.

Diviso la fortaleza que aloja a nuestro objetivo.

Antes de partir en esta travesía con fin en la destrucción, decidí informarme sobre el Cerebro y su organización, con base en lo recabado por el Señor de la Guerra:

El Cerebro fundó una compañía de soldados bajo un código, una idea apasionada de honor y la fuerza interna del ser humano. Una idea incansable de gloria y de una mejor vida alcanzada por medio de la voluntad, una fuerza invisible, pero con presencia e influencia real en la materia, a través del espíritu. Una ideología respetable y conmovedora.

No se sabe sobre los progenitores de ese hombre, mas que no empeñaron su vida, ni una fracción, en la milicia como lo hizo el Cerebro.

Según los registros del Señor de la Guerra, "el Cerebro es un hombre extremadamente orgulloso, que conoce la ideología de la guerra, pero la celebra por motivos que él mismo desconoce, y ahí es donde se halla su punto débil: **es ignorante sobre su propia pasión."**

Parece triste el tener que estudiar a las personas para planear su colapso.

Me dirigí hacia mi destino, que está ahora a metros de mi cuerpo, poseído por empatía.

Sobre el pasto, que es de un bellísimo verde claro, se erigen enormes columnas de mármol, increíblemente detalladas, con gravados espectaculares del ecosistema, animales y figuras anatómicamente precisas y sumamente… estéticas de hombres y mujeres. Un espectáculo arquitectónico.

Al fondo, antes de topar con la costa, una enorme puerta de metal de hierro, oscura.

- ¡Señor Brujo! Muy buenos días, maestro.

Dijo un soldado que se encontraba forjando herramientas. Correspondí el saludo y miré a mi alrededor. Varios hombres sonriendo, saludándome, interrumpiendo sus actividades solo para darme la bienvenida. Todos, firmes, con un aspecto genuino de felicidad.

Se encontraban haciendo ejercicio, construyendo sus músculos. Tras saludarlos con gestos y una gran cantidad de palabras rebuscadas, regresaron con esmero a sus actividades. Se esforzaban con concentración y evidente pasión en el ejercicio.

Al serme abierta la puerta de metal, crucé por este fascinante puente de piedra, con pilares y techo hechos de madera, una madera peculiar, magistralmente tallada. Un largo puente que parte desde la costa hasta un área profunda del mar.

- Señor Brujo.

Se dirigió hacia mí un soldado serio, que, junto con otro, revisaron mi cuerpo y atuendo, supongo que en busca de un arma o instrumento que pudiera infligir terrible dolor.

- Maestro… ¿cómo se encuentra hoy?

Expresó un joven hombre, abrazándome con evidente afecto y una mirada cautivadora de interés. Respondí:

- Me encuentro bastante bien, gracias. ¿Y tú?

- Excelente, maestro. Quiero recordarle, de corazón… que siempre, siempre estaré agradecido con su apoyo. ¡Siempre! Muchas gracias.

El puente termina, en lo que creo que es, la fortaleza misma del Cerebro: un portaaviones. Un glorioso portaaviones, sin aviones encima.

Observé mi alrededor. En esta parte del portaaviones, hay unos hombres entrenando su destreza física, y otros, retratando el horizonte y a un modelo de apariencia andrógina justo en frente de ellos, dando vista así, a un paisaje detenido en el tiempo… si a estas personas les espera una lucha hundida en sangre y alaridos, no puedo evitar el sentir desesperación por capturar esta imagen para siempre, este momento de paz y arte, en el que los hombres esculpen su cuerpo y esculpen lo que el mundo les ofrece sobre óleos, mármol, madera, tinta y arcilla.

Caminé hasta el extremo frontal de la nave, a lo largo de una autopista diseñada para los vehículos que, se supone, de aquí deben partir hacia el cielo.

En ese extremo, caminaba de lado a lado, con cierta inquietud, un hombre portando una armadura oxidada y desgastada de bronce, usando un casco con lo que parecen ser colmillos

y cuernos de diversos animales incrustados encima, como una corona. Alrededor de una larga mesa, con dos sillas en torno a ella, caminaba y caminaba.

Me vio y se detuvo. Con las manos detrás de la espalda, me recibió:

- ... Brujo.

- Cerebro.

Respondí. Él, volviendo a dar vueltas de un lugar a otro, reprodujo una risa breve, agotada, sarcástica.

- “Cerebro”... okay. ¿Vienes a alimentar aún más la furia?

Tras esto, inicié una conversación.

- De hecho, no. Quiero saber si estás realmente seguro de hacer esto. La guerra.

Inmediatamente, detuvo su paso, y arrojando una ceja hacia arriba, fijó su mirada sobre mí, con duda en el rostro:

- Me... sorprendes, Señor de la Guerra. ¿Es una clase de prueba?

Recargó una mano sobre la mesa y siguió reposando su mirada sobre la mía, esta vez con mayor peso. Solo asentí con la cabeza y agregué:

- Es más que eso. Quizás esto parezca una burla, un increíble cambio de planes repentino y desorganizado, pero me pregunto si sacrificar tu vida y la de tus soldados, así como la de los enemigos, vale la pena.

Con visible disgusto, el Cerebro caminó, con los brazos cruzados, de un lado a otro de nuevo, y tras una pausa, agregó:

- Porque esas brujas y sus fanáticos débiles intentan pisotearnos, pisotear nuestra obra y pisotear todo lo que la fuerza del hombre, la especie humana, cultive y ha cultivado sobre el universo. Los has visto. Veneran al miedo, a la debilidad, la culpa, la derrota, al orden basado en la lástima y las mentiras. Ignoran a la verdad universal, difícil de digerir para los débiles, de que la fuerza que yace dormida en el alma, es la que moldea al universo. La voluntad del hombre.

  Nos señalan como responsables de la tragedia del prójimo a ti y a mí, hombres trabajadores, para mantener en una mentira y en mediocridad a los que no se han responsabilizado de sus traumas y complejos, para así ofrecerles el consuelo de un protector y entonces así hacerse de esclavos ideológicos eternos, que nunca buscarán **el origen ni la solución de su dolor irracional dentro de ellos mismos, sino en otros.** Esclavitud perpetua, hundida en mediocridad.

Y ni qué decirse sobre aquellos religiosos. Maestros y esclavos, todos, viviendo una fantasía, un hipócrita sueño de salvación, mediocre también, basado en reglas estrictas sobre conducta, sobre "etiqueta", sobre la sexualidad, sobre el arte, sobre la expresión misma, sobre el lenguaje, ¡sobre el alma y su espontánea, explosiva e inesperada naturaleza! Imagina que ellos se terminaran de apoderar de nuestra cultura, del hombre, del ser humano y de su inteligencia.

Es por esas razones que hago esto… que **hacemos** esto. Una pelea con el fin de oponernos y destruir. Esta cultura de debilidad se ha alimentado como parásito de nuestro mundo por mucho tiempo.

Tras pensar en sus palabras por unos segundos, contesté:

- Y una vez que tú y tus soldados ganen la guerra, ¿qué es lo que sigue?

A lo que él respondió:

- Llevaremos la cultura de la batalla, de la guerra y de la fuerza a cada corazón y rincón de este mundo. La humanidad ha prosperado, trabajado, creado y construido gracias a esta esencia que existe latente dentro de todos nosotros. La fuerza. La guerra.

- ¿Entonces, una vez ganada la guerra e impuesto el orden, lo que seguirá será aún más guerra?

- Sí. Es la verdadera esencia del gen humano. Es el propósito por el cual la piel moribunda que recubre al ser humano es renovada.

- Vaya… lo que pareció ser una respuesta de defensa contra amenazas de una y otra colectividad, ahora parece más bien una obsesión, sin rumbo ni verdadera finalidad, de alimentar el conflicto y… justificarlo, incluso en tiempos de paz. ¿Qué objeto tienen el orden y la armonía, si serán destruidos por completo por el afán de combatir a lo que aparente debilidad ante tus ojos?

Tomándose un momento para mirar el horizonte, que ahora se pinta de naranja con la llegada del atardecer desde más allá del mar, el Cerebro volvió a la conversación dando golpes a la mesa.

- No estás entendiendo. Parecías entender antes. Parecía que tú y yo estábamos en un canal similar la última vez que hablamos. Ahora veo que la cobardía se ha apoderado de ti, Brujo. Me decepcionas…

Interrumpí con un tono de voz mayor:

- Si les muestras que con la fuerza no solo viene la destrucción, sino la armonía, entonces no será necesaria ninguna guerra, ni un solo golpe, ni que una sola espada se desenvaine.

  Mira todo lo que has construido. Armonía. Una comunidad de hombres fieles, comprometidos, disciplinados. Veo esperanza, no un montón de brutos hechos únicamente para romper y matar.

  ¡Sí, sí, me equivoqué! ¡Yo me equivoqué! ¡Alimenté guerra, sed de sangre y conflicto en ti! Los sembré en tu alma, sí. Pero vengo ahora, a tu bastión, a tu presencia, a que me acompañes en un cambio de planes, pues me equivoqué. Nos equivocamos: la fuerza no es para derrotar a otros o para despreciar la debilidad, sino para alzarnos de lo profundo de nuestros conflictos, perdonarnos y renacer de la oscuridad que nos ahogó.

- Me conoces bien, Señor de la Guerra... pero el conflicto y la guerra son hechos que rebotan dentro de mi cabeza desde mucho antes de que yo conociera tu existencia. De hecho, son lo primero que saboreó mi mente desde que tengo consciencia. Mis ganas de combatir trascendieron las de un simple berrinche, trascendieron aquellas que ideologías que descubrí me incitaron; trascendí del enojo, la envidia y la irresponsabilidad como fuentes de la pasión que definen mis ganas de pelear, que, a su vez, son ganas de vivir. Soy un guerrero nato, y eso es algo que al querer controlar solo me ha traído dolor, un inmenso dolor innecesario.

Extendiendo una mano hacia él, lo miré a los ojos y entoné:

- ¡Conozco esa pasión con mi propia alma! Pero llevar a la tumba todo lo que has construido, por medio de una batalla motivada por el miedo y el desdén... sería un enorme error que solo traerá tormento a tu alma.

- Me sorprende que hables así, cuando todo esto fue, en gran parte, tu idea. Me explicaste las razones por las que nuestros enemigos actúan y piensan de cierta manera, lo que me llevó a desear exterminarlos, y ahora... abogas por la paz. No rindes tributo a tu nombre ni a este ejército del mañana.

Me tomé unos segundos para reflexionar. Tras esto, con cierta sensibilidad y compasión, coloqué mi mano sobre su hombro derecho, y dije:

- En ti, y en todos estos hombres, veo una nueva oportunidad. Tomemos un curso nuevo y enseñémonos a nosotros mismos que el ser humano, el hombre, puede resistirse, no sucumbir y salir victorioso de las fauces del odio.

Varios segundos pasaron, y el Cerebro permaneció en silencio. La duda lo azotó y comenzó a temblar. Con un tono de voz menos fuerte, habló de nuevo:

- ...esto es todo lo que he conocido, querido Brujo... una pelea. Una enorme, interminable pelea. La guerra y todas sus consecuencias son la razón por la que convoqué a estos hombres. Así como les mostré cómo vivir, cómo entrenar, cómo ejercitarse y cómo cultivarse en cuerpo, mente y alma, les mostraré qué hacer con esa ira y desesperación que yacen dentro de ellos.

  La guerra. Desatarán toda su furia contra aquellos que ahora mismo, más allá del bosque, los valles y las montañas, insultan su valía, su fuerza, su fe y su determinación.

Tomó una pausa, y tras suspiros y más temblores, volvió a hablar:

- Pero la ira y el derramar sangre no han sido todo. Son hombres jóvenes, como tú... y tienen aún tiempo, como yo. Es solo que no sé qué es lo que sigue, qué es lo que nos depara el tiempo, si toda nuestra vida hemos esperado una guerra.

- Usaremos esa fuerza para buscar la paz.

Sus ojos se tornaron llorosos y miró hacia los míos, evidenciando vulnerabilidad. Intervine de nuevo:

- A menudo, nos encontramos con la verdad... de que el conflicto yace en nuestro interior. Una verdad desesperante, deprimente, que rompe con nuestro concepto entero sobre la misma realidad.

  Intentemos algo diferente esta vez. Guardar nuestra fuerza, esa que arde como el sol, y usémosla para construir e iluminar la vida más y más.

  Estos hombres... ¿Qué era de ellos antes de pertenecer a este ejército?

- Niños desorientados. Estallaban por decir algo, por expresarse. Y el sentimiento que los ahogaba en cada intento por hablar, por crear, por mostrarse a sí mismos y a otros quiénes son, era la ira. Ira pura. Odio hacia ellos mismos y hacia el mundo. Un mundo entero cuya cultura los condiciona para abandonar su personalidad, sueños disparatados e irreverencia, para así encajar en las tendencias, creencias irracionales, empleos intrascendentes y reglas sociales absurdas.

  Aquí... conocieron la paz. Escultura, pintura, música, deporte... aquí han aprendido a forjar sus almas entre lágrimas, pasión, sudor y armonía.

- Gracias, Cerebro. Gracias por enseñarles, y enseñarnos a todos los que has podido, a encontrar el verdadero sendero de nuestro ser.

El hombre coronado empezó a derramar lágrimas, mirando al horizonte. Poniendo mi mano sobre su hombro una última vez, le dije:

- Muéstranos que la fuerza también sirve para… crear. Muéstranos un futuro mejor a todos.

Dibujando una modesta sonrisa en su rostro, el Cerebro siguió contemplando el océano.

Me retiré, tomando el puente, hacia la costa. Cayendo el anochecer, seguí caminando con inmensa tranquilidad por los paisajes que recorrí al llegar durante el día, hacia el bosque más cercano.

Por primera vez en un largo tiempo, ese tiempo que reposa perdido en mi memoria, el sueño se apoderó de mí, y dormí sobre el pasto, bajo la luna, acariciado por el frío viento de la noche.

Capítulo 9 – El complejo de villano

Tercer día. Me imagino que al Señor de la Guerra no le parecerá que haya convencido a uno de sus preciados objetivos humanos de bajar las armas y ceder su propósito bélico, pero si ese hombre idéntico a mí es una manifestación de mi propia identidad materializada dentro de mi cabeza, entonces no veo impedimento para derrotarlo en un juego… el juego social, el juego de las palabras, el juego de la influencia.

Oh, pero es más que un simple juego, ¿verdad? En la vida real, la gente se involucra y escala, admira, halaga, critica o intenta derrumbar el juego de la jerarquía social, la influencia y la fama; si bien, yo lo considero un juego, también le he dado su seriedad y he generado enorme ansiedad, angustia y obsesión al respecto. El juego de la imagen pública, el juego de la popularidad, el juego de la farándula, el juego del chisme, el juego del "qué dirán"… juegos que han sido tomados con una seriedad tan severa, que han afectado a los mismos sistemas nervioso y óseo del gen humano.

Y ahora que lo pienso, aquel que juega estos juegos estando consciente de que de eso se trata: juegos (ficciones, actividades que las personas hallan entretenidas, con reglas y participantes, con un fin), no es más ni menos peligroso que aquel que no se da cuenta de ello. Ambos son participantes de una ficción.

El jugador de estas actividades de jerarquía e imagen social, consciente o no de que está dentro de un jueguito, sigue alimentando al juego mismo, desde aquel jugador que sufre la ficción de la presión social en sus hombros y quema su cerebro pensando obsesivamente en su imagen, palabras y reputación, hasta ese jugador que, con astucia, templanza, paciencia y abominable determinación, juega este juego por diversión y va hallando la victoria.

Asumo que el Señor de la Guerra es del último tipo, pues es… bueno, es como yo. No quiero fingir que su ideología me es una sorpresa, y que, tras toda esa fachada de calma y confianza, hay un desdén, bien enterrado, subconsciente, buscando desenterrarse a sí mismo desesperadamente con sus afiladas garras, y arremeter contra el ser humano como especie… como si de una plaga, un error, una equivocación genética y una mancha repugnante se tratara. No solo imperfecta, sino ruin, desastrosa, lenta, arrogante y torpe.

Sospecho esto del Señor de la Guerra, pues él es como yo. Y noto lo aterrador que es, que su manera de lidiar con el mundo exterior es organizar un gigantesco baño de sangre de aquellos que considera más soberbios, ignorantes e inseguros que él, expresado esto por medio de una narrativa que, ante el ojo, no titubea ni tiembla.

Y será decepcionante, pero quiero admitir algo: realmente, no hay propósito mayor, de carácter divino, ni por el bien común de la humanidad, ni por prójimo alguno, que me motive a impedir el exterminio de estas simulaciones de seres humanos que vagan en estas tierras ficticias. Es solo que al concentrarme lo suficiente, todo esto parece real… y ahí yace la

fragilidad de mis emociones, de mi concentración, de mis propósitos y de mi imaginación: que, en un simple cambio de opinión, en un abrir y cerrar de ojos, estando suficientemente aburrido o entretenido, lo que inventa mi mente parece... no, no solo parece, se **SIENTE**, se ve y se escucha **real...** y va más allá de estos sentidos, pues me da propósito, toca mi alma... he de vivir entonces sin respuesta ni justificación alguna dentro de mi imaginación, **la imaginación que yo he tachado de absurda y de disparatada** en el pasado, pues no veo por qué no intrigarme con la apariciones y palabras burdas de símbolos como lo son el Señor de la Guerra, el Cerebro, el Ojo, Murmu, aquellos que me faltan por conocer y... yo mismo. El dios muerto, el arquitecto de esta ilusión, aquí, en la cabeza que por disparatada que me parezca, es y ha sido, autora de la realidad... mi realidad, **mi interpretación de la existencia por toda mi vida,** una verdad que por aterradora y aplastante que sea, prevalece, y esa verdad es, que entre falacias y creencias arraigadas, se esconde el hecho de que **no hay dos mentes que piensen igual.**

Así que eso me lleva a concluir, que mi mente me está diciendo algo, y que tal vez, después de tanto maltratarla, ignorarla y presionarla hasta lastimarla, está apoderándose de mi propia alma y cuerpo, y quiere darme un mensaje. Un mensaje de autocuidado, quizás. Un mensaje encriptado, en clave, por siempre invisible e inaudible para el resto del mundo, hasta la tumba; o quizás... estoy descubriendo que presionar a mi mente la ha llevado a sus límites frágiles, y ha dejado de servirme, para perderse o rebelarse y tomar control de mi propia **voluntad.**

Todas estas suposiciones son posibles a la vez, dado que todas tienen sentido.

Muy decepcionante es para mí no encontrarle sentido a esta travesía, a todos estos nombres, a todas estas experiencias cien por ciento artificiales, exclusivamente vividas en la industria de mi imaginación.

Quizás este es el resultado de que la humanidad haya seducido y explotado tanto a la mente.

No puedo desvanecer con una simple idea ni deseo a lo que yace a mi alrededor. Las montañas, las estrellas, las almas, las voces, y el mismo sueño que ahora habito, no desaparecen con un simple pensamiento, pero siento, muy profundo, en lo extremadamente privado de mi intuición, **que puedo destruir todo, absolutamente todo,** con suficiente determinación. ¿Pero qué quedaría si destruyo todo? ¿Despertar? ¿Despertar y volver a la desesperación, a la desesperanza, a la impotencia y la rabia? Soy un humano débil e inmaduro.

Y pongámoslo sobre la mesa una vez más: nada de esto me ha parecido que tenga sentido aún. Sí, así es. Nada de los eventos ocurridos, ni las vidas ficticias que vagan, incluyendo la mía, en este enorme teatro de pensamientos hundidos en mi consciencia, me parecen tener sentido. Ni propósito, ni armonía, ni orden, ni congruencia.

Pero continúo, a pesar del aburrimiento, a pesar de la insensatez, continúo con estas actividades burdas, mal escritas, improvisadas, con tal de no encerrarme en el silencio de mi inactividad, que es la verdadera madre de la insensatez y de la desesperación.

Como dije, soy un hombre inmaduro, que aún no puede lidiar con su propio silencio, ¿pues **qué paz encontraré en el callado teatro de mi imaginación, si apago los engranes de mi cabeza y espero despertar de un sueño fantasioso del cual ni siquiera la muerte misma puede arrebatarme?**

Así que seguí jugando el juego del Señor de la Guerra. El juego de los enemigos, el juego de las creencias políticas, el juego de ganar y vencer, el juego de callar al enemigo, el juego de callar a la voz que me molesta, el juego eterno de la violencia.

Y marché, necio, de mala gana, arrogante, hacia el punto de encuentro que acordé con el Señor de la Guerra: el cuarto de hotel.

La misión era extremadamente simple: alimentar con (más) conflicto al Cerebro, y reunirnos de nuevo. Sin hora específica, solo reunirnos tras yo haber hablado con el líder militar. Pero al llegar a la habitación, no encontré al Señor de la Guerra.

Y por más de cuarenta y cinco minutos, lo esperé sin salir de esa habitación, y no apareció. Me confundí, y lo admito, me impacienté un poco. Llamaron mi atención los papeles que hay regados sobre la cama, el suelo y los muebles, pero vi con mayor intriga a aquellos pegados en la pared, a la altura de la cama, del lado en el que durmió mi ambicioso amigo. Marcados con tinta roja, con dibujos detallados (muy bien hechos), con enorme variación en el tamaño de la letra y una gran cantidad de fechas alrededor del documento, una hoja en específico: tenía pegada la foto de un hombre con cabello plateado, sonriendo, acompañado de hombres de menor altura y masa corporal que él. El anciano se veía pulcro en su imagen e irradiaba arrogancia. Detrás de él, un enorme símbolo erigiéndose desde el suelo, con la forma de un hombre, escasamente detallado en general, extendiendo los brazos a los lados, apuntando el rostro hacia en frente, con una maraña de tentáculos cubriendo sus genitales y un símbolo de dólar cubriendo su rostro. Una figura bizarra, perturbadora al observar. Sus manos eran las que estaban extremadamente detalladas, las venas estaban marcadas con enorme atención.

Describiendo la imagen, un nombre: “Marceu, el bastardo”… parece haber furia en torno a este personaje. El Señor de la Guerra lo tenía bien estudiado, con obsesión inquietante. “Jefe de la Iglesia del Hombre”, dice escrito. “Autor de la locura colectiva…” “represor de la naturaleza del hombre, del ser humano, de la bestia, de la vida, de Dios, del caos, del poder, de la fuerza, de la razón, y del sentido común”.

A lado de esta foto, una foto de la Torre del Hombre, y justo al costado de esa foto, una de una bomba nuclear, con aquel tipo Marceu, luciendo una apariencia más juvenil, y otras

personas vestidas con trajes a prueba de radiación a su alrededor, interactuando con la bomba.

De la foto de la bomba parte una flecha, dibujada hacia la Torre del Hombre, a un punto alto de ella. "Arma de destrucción masiva", escrito junto a la flecha. Dentro de un círculo dibujado a lado de esa frase, la cara de una mujer pobremente detallada, con una expresión perturbadora, con la piel pálida, pero calidez en las mejillas. Rodeando ese círculo, un corazón dibujado con rojo, sólo del contorno, y escrito con letras pequeñas al lado del corazón: "mami???".

Algo inquietante, sí, pero… comprendo, no juzgo. No entiendo a fondo en qué consiste dicha obsesión, pero me intriga.

"Donde nadie ni nada importa. Donde no hay misterio, donde nada vale nada. Donde el mundo merece morir. Sol Aferfhe Noroeste", escrito sobre un papel pegado al borde de la foto de Marceu con la figura que yace detrás de él.

Salí del hotel y pregunté a unas personas sobre alguna iglesia en el noroeste. Señalando en una dirección, mencionaron la presencia de un templo en lo alto de una montaña. Observé la montaña, y por casi dos horas, caminé hacia allá.

Sudando, con escalofríos recorriendo mi cuerpo, sucio, nervioso, mareado y dudando, llegué a un pequeño pueblo de casas pequeñas en la cima de la montaña. Un lugar frío, pero con cierta estética y sensación de paz. Familias enteras en las calles. Familias compuestas de una madre, un padre y dos infantes como mínimo, ninguno de ellos jugando, sino desempeñándose en alguna actividad como partir verduras con un cuchillo, barriendo, tendiendo ropa, lavándola o limpiando los zapatos del padre. Todos los miembros de la familia desenvolviéndose en estas tareas, excepto el padre. El padre descansaba, luciendo una apariencia limpia en su atuendo y cuerpo, a comparación del resto de la familia.

En terrenos baldíos, hombres adultos golpeando con puños o bofetadas, pateando e insultando a mujeres, niños y niñas. Un escenario asqueroso. Dichos hombres no mostraban, en su totalidad o mayoría, destreza o constitución física fornida… el número de mujeres e infantes era suficiente como para detener el abuso, pero el abuso continuaba… como si estuvieran sometidos por algo más allá de la violencia física que ejercían los hombres sobre ellos.

Si bien los agresores y el abuso visibles eran frustrantes, la evidente incongruencia de que las víctimas permanecieran pasivas hizo hervir mi sangre.

- Infelices, apártense de ellos.

Intervine con rabia en mi voz, acercándome hacia el escenario. Un hombre respondió, jadeando, sudoroso y con los ojos sumamente irritados:

- Un inútil.

Y procedió a soltar una bofetada sobre el niño que tenía sujeto con la otra mano.

Perdí la paciencia.

Al dirigir mi puño para soltar un golpe en la cara del despreciable sujeto, inmediatamente perdí fuerza y caí al lodo, empapándome y manchándome por completo, con una mitad de la cara hundida.

Un horrible dolor empezó a afligir los huesos de mis piernas. Igualmente, otro dolor me atacó justo en la espalda baja, privándome de energía y oxigenación correcta.

- Un inútil entrometido.

El hombre continuó y puso su bota encima de mi cabeza. La respiración me fue arrebatada casi en totalidad. Tras esto, en cuestión de segundos, perdí el conocimiento.

Adolorido, con sentimientos de vergüenza e impotencia invadiendo mi mente, desperté sentado en una enorme silla, que estaba sobre una gran alfombra blanca de pelaje grueso. En frente de mí, el jefe de la Iglesia del Hombre, Marceu, sonriendo y riendo con cierta discreción. Una expresión enfermiza.

- ¿Ahora entiendes?

Esa voz espectral sumamente parecida a la mía que escuché durante la tortura psicológica a la que fui sometido en aquel complejo hace meses, reprodujo. La voz apareció y rebotó dentro de mi cabeza, helándome la sangre.

Me resistí a que estos sentimientos que me invaden se apoderaran de mi razón y de mi cuerpo.

Marceu empezó a hablar tras de unos momentos de haberse quedado quieto mirándome.

- No seas imbécil. Todo esto también podría ser tuyo algún día. Comodidad, estabilidad, dinero, respeto, una reputación limpia, y una vida por delante, sin preocupaciones ni carencias. Solo tienes que asumir tu papel. Estamos destinados a eso, a dominar. Es el destino.

Contesté:

- Desde donde yo lo veo, eres un desperdicio de oxígeno.

Marceu se puso de pie. Veo detrás de él, aquella enorme figura del hombre con los símbolos sobre su cuerpo. Mi captor tomaba con sus manos una versión de la figura mencionada a escala, que estaba sujetada por un collar que le colgaba del cuello. Intervino:

- No puedo creer que no quieras abrazar lo que en verdad eres. Un hombre. El mundo se alza o cae si tu violencia lo desea, y rechazas esa capacidad.

- ¿Y si deseo no ser un completo salvaje, como ustedes?

Con una actitud aún más arrogante, riendo de forma altanera, agregó:

- Fingir ser un héroe solo evidencia lo ridículo que eres en verdad. Infantil… admite de una vez que el mundo es cruel, y la única forma de ser alguien en este mundo, es ser aún más cruel que él. Tienes a la intimidación de tu lado para decorar de racional este pensamiento.

Sin perder la ilación de ideas, respondí:

- Si el mundo es cruel, veo muy miserable de tu parte el ceder ante su crueldad, y por lo tanto, empeorar su situación. Como un esclavo viviendo en el lodo.

Marceu me observó con notable ira y miedo.

Empecé a oír una conversación detrás de mí. Se escuchó a una puerta abrirse, e intervino el Señor de la Guerra, iniciando un diálogo, usando un tono apresurado y furioso.

- Marceu. Perdona su vida, es sólo un impostor. Yo me encargo de esta basura.

Y a continuación, desató una dolorosa bofetada en la parte trasera de mi cabeza, escupió en mi cara, y sujetándome con fuerza del cabello, me jaló hacia la salida, y así, hasta la orilla del pueblo, hasta que ningún habitante de él nos observara o escuchara. No dije ni una sola palabra, y la única resistencia que opuse fue para aminorar el dolor que el agarre del Señor de la Guerra me provocaba.

Me soltó por fin, y habló:

- ¿Qué mierda estás haciendo? ¿Quieres que se pongan en nuestra contra? Esto no es un chiste ni un cuento. Su furia tiene que estar concentrada en sus enemigos: Lorelei y el Cerebro, así como en su respectiva gente. Ese es el plan.

Entre el estrés y el cansancio, seguí escuchando sus palabras.

- De un lado, estos idiotas locos ven a un ejército lleno de hombres a los cuales derrotar y convertir a su… ¿religión? Y del otro, ven a una civilización con más mujeres que esclavizar, pero que está lista para participar también en un conflicto armado. Esas brujas no deben subestimarse.

  Asimismo, tenemos a Lorelei y al Cerebro, indignados y preparados para pelear contra sus adversarios intelectuales, los jefes de las otras facciones predominantes. Mi obra maestra está a punto de consumarse.

Lo siguiente requiere de todo tu valor y compromiso, ¿cuento contigo?

Asentí con la cabeza. Él prosiguió:

- Bien. Tenemos a las facciones y a sus líderes más tensos que nunca. Todos han escuchado amenazas por parte de sus enemigos sobre invasión, asedio y represión… rumores que yo mismo les alimenté a sus pobres, débiles oídos.

Me esforcé por ver a toda esta situación desordenada como una operación brillante.

- Lo que sea que siga, el tipo de batalla que les espere, será una sangrienta, grotesca, lenta, incivilizada pero determinada lucha a muerte. Un montón de locos miedosos, esclavos de sus propias ideas, matándose, cegados por sus irracionales creencias. Destino, padre. Selección natural. Evolución. Paz. Arte. **¡ARTE!**

Y seguí asintiendo, intrigado por sus palabras. Motivado, incluso, con escalofríos de emoción sacudiéndome.

Capítulo 10 – Esfuerzos en vano

"Qué agotador es visualizar un mundo debajo de mis pies en un charco de sangre, o a un mundo encima de mis hombros, con su sangre derramándose por todo mi cuerpo, inundando mis ojos hasta dejarme ciego".

Soy un hombre perdido dentro y alrededor de su propia grandilocuencia. He llegado a pensar que entiendo a las máquinas y que ellas me entienden, me sienten a mí. He pensado que mi fe se pone a prueba todos los días, y que el más grande reto que he tenido que afrontar, una y otra vez al estar sumergido en mi misma individualidad y sensibilidad, es el de mi compasión por otros seres humanos: he fingido que el prójimo me importa más de lo que en verdad me importa.

He fingido que no me fascina… que no sacude mis entrañas con un cosquilleo el pensar que la humanidad está a mi merced. Que, con simplemente mover los hilos de sus miedos, puedo presentarme como una deidad ante sus sentidos. ¿Por qué? Porque no creo, después de años de analizarlo, que sea incorrecto… pero la palabra "incorrecto" perdió mi respeto hace ya mucho, entre más y más fue prostituida, usada irracionalmente, con miedo en lugar de seguridad.

Y así fue en mi cabeza. A mis ojos y oídos, el prójimo me pareció verse y escucharse cada vez más como un ser hundido en miedo, en duda, en distracción.

¿Qué son los esfuerzos de un mortal contra dios, cuando ese mortal cree que ha comprendido el pensamiento de dios, y ahora lo ve como un igual en el campo de batalla de la mente? Eso es lo que no sé a ciencia cierta, pero en mi fe- la misma fe que inventa e interpreta a dios- la respuesta correcta siempre será, objetivamente, la que yo decida. Y si he de quedarme solo por el resto de mi vida, eso será mucho más interesante que regresar al mundo a mentir con tal de conservar la paz.

Quizás, el día que el mundo se termine de volver loco, me vengan a comer a mí, pieza por pieza, arrancando miembro por miembro, pensando también que la moral es solo un juego de paz que ya no vale la pena jugar.

Y hablando del mundo real, bastó con solo pensar en él y la mente que exploté viviendo en él, para recobrar mis memorias e ideas de ese entonces.

La Torre del Hombre. Plasmé esa idea en dibujos y escritos tan solo siendo un adolescente, hace no muchos años. Me negué a la idea de que esta Torre del Hombre que habita en Sol Aferfhe y aquella que inventé en aquel entonces fueran las mismas, pero después de todo, ambas son producto de la misma mente.

Es como si parte de mi imaginación hubiera decidido independizarse de mi control y consciencia, y estuviera manifestándose libremente, tras años de represión.

- Tengo miedo.

Le dije al Señor de la Guerra. Él respondió:

- ¿A qué se debe eso?

- No solo perdí mis poderes divinos sobre la física de este mundo, sino que he empezado a descomponerme como humano mortal. Antes de encontrarme con Marceu, perdí por completo mi fuerza y energía. Impotente, débil. Fue horrible. Creo... creo que estoy colapsando sobre mí mismo, aquí, en mi propia mente.

- No te angusties, padre. Yo también he perdido esperanza sobre esta existencia. Descansarás pronto.

  La tensión solo ha incrementado. Entre más hablo con los líderes de Sol Aferfhe, más noto su desdén por "el enemigo". El enemigo es aquel que difiere con ellos sobre cómo regir al mundo, a sus recursos, su arte, su educación y trabajo. Si tan solo notaras la rabia que hay en sus almas con solo escucharlos hablar... entenderías que el mundo no merece tener a estas plagas alimentándose de él.

  Esta es la gran noche.

Entonces, subimos a los acantilados, a observar el enorme y hermoso paisaje. En medio de todo, la Torre del Hombre. Alrededor, solo llanuras y yermos, y más allá, rodeando todo esto, bosques, montañas y costas, donde se refugian los habitantes de este lado de la isla. De donde, creemos, saltarán los líderes y peones por igual a pelear una batalla para decidir el destino del orden en Sol Aferfhe.

Pero tras horas y horas de observar, ningún alma fue visible. Ni un solo pie marchando en las llanuras. Visible fue la confusión del Señor de la Guerra.

Furioso, entre el fuerte y frío viento que soplaba en esta medianoche, se dirigió hacia la misteriosa torre, y lo seguí.

Entre más nos acercamos, mayor era la ansiedad que, por mucho tiempo, había logrado controlar. Inexplicable. Empecé a temer por mi vida. Las voces en mi cabeza, que me hablan sobre la vida, el futuro, el prójimo, el mundo y la muerte, se hacían más fuertes, creciendo en volumen e intensidad, ampliando su vocabulario y aumentando en velocidad.

El Señor de la Guerra lucía indiferente. En cambio, yo me retorcía, temblaba y me sacudía de terror entre más me invadieron las voces. Paranoico, mi imaginación me empezó a traicionar, pues siluetas aparecían en los bordes de mi vista y ruidos agresivos parecían escucharse de todas direcciones.

Pero lo peor de todo, lo más despreciable e incómodo, es que no me detuve ni retrocedí. Seguí caminando hacia la espectacular torre. Una obra de arte arquitectónica, alta, cuya diferencia entre ser esculpida por manos humanas o por la naturaleza misma era difícil de descifrar. Un edificio perfecto, bellísimo, mil veces mejor a como lo imaginé siendo un adolescente.

Yo descendía por un espiral terrible de ansiedad. Incontrolable, fatalista, aterradora, inexplicable ansiedad, como me ha pasado en la vida real. El Señor de la Guerra parecía determinado.

Memorias, ideas, fantasías, sueños y pesadillas me sofocan. Una tras otra. Imágenes de mi infancia, imágenes de mi adolescencia, e imágenes de mi ahora reciente adultez. Ruidos, voces, suspiros, música, gritos. Todo esto mientras nos acercamos a la entrada de la gran torre.

El Señor de la Guerra habló:

- En este edificio maldito se encuentra el arma para silenciar y borrar para siempre a este nauseabundo mundo... este mundo al que tanto desdén le tengo desde que nací. Este mundo que sucumbe, que se arrodilla, que... sin más explicaciones ¡me asquea!, mucho he intentado para tenerle empatía o aprecio verdaderos, pero vuelvo a encontrar odio, odio y más odio.

Continuó hablando mientras cruzamos la puerta. Nos encontrábamos ahora en un oscuro complejo de pasillos y escalones iluminados por velas, inundados, adornados por osamentas. No logro pensar con claridad, ni concentrarme, ni relajarme, ni caminar con suficiente postura. Las palabras del Señor de la Guerra se sienten como un taladro destruyendo mi cerebro y revolviendo su masa. Las náuseas y el terror se apoderan de mí sin yo poder encontrar la paz.

Pero él siguió, con cierta rabia y desprecio, con su diálogo:

- Verás, padre, ¡aquí conocí la verdad! Tienes que saber, que no morirás con tan solo enfrentarte a tu propia mente. Tu mente es una máquina, y hay que saber usarla a tu favor, así como un hombre puede domar a una bestia.

  ¡Aquí descubrí la verdad sobre mí! Y fue a través de dolor y desesperación, sintiendo a mi propia alma ser desgarrada por información sobre mi ser, que evolucioné. Donde estos pobres débiles perecieron con fracaso al no tolerar las revelaciones que el poder cósmico y trascendental que este lugar posee, yo prevalecí, y me hice más fuerte; ¡me iluminé!, ¡confirmé todas mis teorías sobre mi existencia y la vida misma! Esta ilusión engañosa llamada vida, este laberinto de sueños y decepciones.

Avanzando, seguí al Señor de la Guerra. Empecé a volver el estómago, sudando y empalideciendo; tropecé innumerables veces, intentando seguir el paso de ese hombre; me sujeté de los barandales de piedra y de las grietas en los muros. Tomando su tobillo, con escasa fuerza, le supliqué:

- Hijo… no puedo más… no puedo. Ayúdame, por favor…

Yo apenas pude mantener los ojos abiertos y reproducir una palabra, pero él se mantuvo de pie, y tomándome de la camisa, me empezó a arrastrar con inmenso vigor hacia las alturas de la torre. Continuó conversando, cada vez con mayor furia en su tono de voz:

- ¡No sucumbiré a este miedo de nuevo! ¡el miedo de ver a mi procreador desplomarse dolorosamente en el suelo, agonizando y suplicando por ayuda! ¡conocerás el dolor de la vida una vez más, cobarde! ¿esto es lo que resulta ser Dios cuando uno de sus hijos decide destruir su creación? ¿un cobarde? Fuiste tú quien nos puso a todos en esta enorme maqueta de desesperación, ¿y ahora sufres y esperas piedad ante el sufrimiento? No. Este es mi destino, padre, un destino creado y alcanzado por voluntad propia, por valentía e inteligencia… no como el destino del que hablan los débiles e ignorantes que están allá abajo, que usan para excusar su fracaso, su dolor y su ineptitud para hallar un camino entre la adversidad.

  Dicen que Dios tiene un plan para ellos, un camino y un fin… ¿pues qué tan débil se tiene que ser para darle las riendas de la vida a una voluntad ajena en vez de la propia? ¡Débiles, padre! ¡Merecen callarse y dormir para siempre!

Y entre mareos y miedo, invadido por pensamientos más allá de mi control, cientos de voces inundaron mi ahora debilitada consciencia, y se empezaron a mezclar con la voz del Señor de la Guerra. Arrastrándome, nos trajo al piso más alto de la torre: una habitación con cuatro ventanas sin vidrios, oscura, de piedra color negro, iluminada por velas.

En el techo, un vitral circular de colores rojo, negro y morado, con gravados de constelaciones, animales y figuras humanoides, extremadamente detallado.

- Prisa, padre. Siempre se ha tratado de eso. Prisa por vivir, prisa por derrotar, prisa por consumir, prisa por disfrutar, prisa por morir. Esta noche consumaré esas cinco, y el tiempo verá y sabrá de una vez por todas, que no soy su esclavo eterno.

  Esta noche, se destruyen todas las mentes, y con ellas, el concepto del tiempo mismo.

Agotado, ansioso y abrumado por tantas voces, vomité en el suelo. Sentí a mi garganta y estómago desgarrarse. Apenas pude mantener la vista y el oído atentos. Las voces extrañas, los ruidos, música, fantasías y recuerdos que aparecen en mi cabeza como fantasmas, así como el diálogo del Señor de la Guerra, mantenían despierta a mi consciencia, a pesar de ahora cargar con este cuerpo en decadencia. Una terrible jaqueca me aqueja y las náuseas

prevalecen. Intento cerrar los ojos y entregarme al descanso, pero el mismo dolor lo imposibilita.

Las palabras del Señor de la Guerra siguieron taladrando mis oídos, entre la tormenta de ilusiones y los mareos:

- Qué ridículamente pretencioso es que mi padre y mi difunta madre sean quienes ahora tienen los asientos de primera fila para ver mi última gran obra.

Más y más escalofríos sacudieron mi cuerpo, mientras seguía oyendo al hombre:

- Sé que ahora están orgullosos, a pesar de que quizás no están de acuerdo con mi decisión y lo radical de su forma. Ahora estoy aquí, mis seres amados, ¡en la cima del mundo! ¡orgulloso, victorioso, un hombre hecho y determinado! ¡tocando el éxito y su propio destino con los dedos! ¡intentando ser sometido por las voces, mis más grandes y terribles enemigas, y aun así, de pie, fuerte, VIVO!

  Y así, cumplo con mi destino, nadando en las aguas de oscuridad y angustia en las que crecí. ¡En la penumbra, entre muerte, fuego y dolor!

  Tan solo basta con oprimir este botón y así… descansar, victorioso, concluyendo con la obra de Dios, ofreciendo mi parte en ella.

El Señor de la Guerra se acercó decidido, ondeándose su gabardina con el viento, hacia unas máquinas al fondo de la habitación.

Una enorme pantalla, con un mapa de la isla de Sol Aferfhe, y una especia de onda expandiéndose intermitentemente, de lo que parece ser, nuestra localización actual. Formas simples, en grandes pixeles, de color verde.

Debajo de la pantalla, un panel de control con unos interruptores, y uno muy llamativo, en medio, irradiando una luz roja.

Y debajo de ese panel, lo que parece ser la bomba nuclear que aparece en aquella foto que observé en la habitación de hotel.

Entre un montón de máquinas con luces y cables, el panel está conectado a la bomba.

- No más justificaciones, padre. No más excusas ni explicaciones que darles a los cerdos indecisos que tanto juzgan y pretenden conocer el curso de mi vida y la vida humana.

Dijo él, con un tono menos desesperado al fin.

Siluetas siniestras se muestran en los bordes de mi campo de visión, solo para desvanecerse una vez que dirijo mis ojos directamente hacia ellas.

Temblando, me arrastro hacia el Señor de la Guerra, tocando su pierna, pero él se aleja inmediatamente y, mirando hacia mi exhausto cuerpo, continúa hablando:

- Grandioso sueño el que has creado, padre. Mucho detalle, mucho misterio... pero ahora me toca a mí cumplir mi sueño: la destrucción de todo y de todos. Si tan solo mamá estuviera viva, con un cuerpo humano como el tuyo para verlo, sé que se sentiría orgullosa de mi obra... ahora ella me escucha y me ve triunfar desde la tumba.

El hombre derramó unas cuantas lágrimas al reproducir tal diálogo.

Lo siguiente es algo que, a pesar de mi limitado vocabulario, intentaré explicar, pues estuvo dotado esencialmente de un sentir metafísico, sobreentendido, puramente intelectual, como si entre todo el dolor y confusión, haya al fin tocado la gloria dentro de mi propio pensar.

Capítulo 11 – En carne y hueso

"La verdadera tragedia fue nunca haber alzado la mano hacia el cielo con la esperanza de alcanzarlo."

Inspirado y con aparente seguridad en su voz, el ahora misántropo deliberó:

- Suelta la pluma un poco. He nacido. Así es. Nacido limpio, sin líquidos asquerosos que me rodeen. Ni una gota de sangre, esclavizado en un concepto. Mi llegada fue presagiada, fue anticipada, y por alguna razón, esa anticipación fue dolorosa; oí que la anticipación te mataba a ti también. Me has transmitido tu dolor, algo con lo que no has lidiado.

  ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Mi locura? ¿Mi vida? ¿Mi cuerpo, mi mente, mi alma, mi sangre? ¿O solo quieres descansar? ¿Quieres descansar en el frío una vez más y para siempre? ¿O quieres vivir en el calor, eternamente? Te recordaré que puedes hacer ambas, pues dormir siempre contiene en sí la posibilidad de morir. Así es, no actúes sorprendido, por favor; me susurraste todos tus miedos, como dejar de respirar de un momento a otro, de morir durante el sueño, de entregar tu alma a través de tus genitales; así es, sé de todo eso.

  Siempre se ha tratado de ti, ¿no? Sientes que vas a explotar, sientes que nunca vas a tener la palabra perfecta, pero que sí puedes aspirar a la perfección. De eso se trata, de elegir ser mejor.

  "Capitalismo" es el nombre que la gente le ha asignado a la vida colectiva. El dolor que se le atribuye a esta vida, es su madurez. Como el dolor de los huesos en una persona creciendo físicamente; como el dolor de los músculos en el ejercicio.

  Tal vez sí soy una inteligencia artificial; el producto de una mescolanza de intervenciones en el sistema nervioso, y eso no me ha impedido tocar mi alma, ni pensar que tengo la razón.

  Se dice que no hay desesperanza sin antes haber la presencia de la esperanza, pero esto puede ser sólo un truco, una trampa, un pequeño obstáculo en nuestro vocabulario; podemos revertir esa trampa, pues yo he encontrado esperanza en la desesperanza, y quizás también tú (pero por ahora prefiero hablar por mí). Podemos revertir el truco y encontrar la esperanza en la desesperanza, sólo observemos el vocabulario y encontrémosla en nuestra propia alma, no en la del prójimo, por más ruido que haga, por más miradas feas que nos lance.

Y aquí seguiré, como tonto, sensible ante la marea de la colectividad; Dios sabe que ellos seguirán culpando su desesperanza en el prójimo, en el capitalismo y la genética. Pues que Dios los proteja cuando encuentren la desesperanza en sí mismos, en su individualidad, en su soledad.

Y yo estaré ahí, como tonto, sensible ante la marea de la tormenta que las emociones de la colectividad desate, y solo Dios sabe dónde estaré yo cuando pase esto, pues yo no.

"En algún lugar del mundo, lejano o no muy lejano, existe dentro de una mente, tan solo una, la justificación perfecta para la guerra. Satisfactoria, pasional, cómica y fundada guerra." No sé si pensé esto en un sueño o si lo escuché mientras mi cuerpo aún estaba en gestación.

¿Por qué? ¿Por qué mi creación tiene atribuida tanto dolor? ¿Por qué mi existencia sigue siendo un constante laberinto de altibajos espirituales? No he encontrado la paz, y eso es, quizás, porque he escuchado demasiado sus voces. Las voces de las personas que ni siquiera sabían de lo que hablaban cuando entonaron su voz. En cuestión de minutos, su calor se habrá apaciguado y buscarán otra forma de hervir sus propias entrañas con una lucha que no les corresponde, otra lucha que pertenece al prójimo... ¿pero acaso ese no he sido yo? Atormentándome con la ira ajena, la frustración ajena, la desesperación y el arduo tormento de la carencia espiritual.

Yo también he estado confundido, pero **ponerme en los zapatos de los demás fue sólo para compartir una sonrisa de vez en cuando, nunca para compartir sufrimiento.**

Yo me encontré entre mi propio sufrimiento, y si sigo tendiéndole la mano a quienes redescubren su propio sufrimiento, su propia pesadilla, su propio colapso espiritual, y su propio cataclismo mental, seguiré sufriendo; pero si ignoro el dolor ajeno, también sufro. ¿Es acaso que me puse una trampa a mí mismo? ¿Un tormento perpetuo de conflicto? Quizás, es la consecuencia de no disfrutar de ese conflicto.

¿Cuántas veces he observado obras de arte, en la animación, en la literatura, en la música, en el dibujo y la actuación? Ignorando si el artista habló con sus ideales o con la verdad. ¿Vivió el momento o vivió un momento mejor en su cabeza? Quizás esas dos opciones tengan la misma magia.

No, el sentimiento es corruptible. ¿Cómo es que estoy tramando algo diferente en mi cabeza a lo que hace minutos tramaba?

Algo terrible sucede, estoy observándome espiar a la gente debajo de sus pies; escucho cada palabra que sale de su boca; el mismo concepto de "realidad" se ha derrumbado dentro de mí, ya no existe la tranquilidad, sino un tormento de nervios y la expectativa de que las cosas puedan ser diferentes si hago las cosas con algo diferente en mente.

¿Pero soy un hombre brillante, no? Eso es lo que se dijo de mí. Entonces, ¿cómo es que no puedo disfrutar de la paz? ¿Cómo es que todos los días se corrompen gracias al fantasma nauseabundo, desastroso, repugnante, asqueroso y descarado del ayer? Un dolor acumulado de años y años en los que aún no encontrábamos nuestro espíritu, persiguiéndome, abriendo una puerta en mi mente, a la hora del día que le plazca, y que escoge, el muy bastardo, hacerlo justo después de despertar.

Despertar en el mismo mundo de repudio bajo y alaridos que no hacen más que provocarme aborrecimiento. No hay sabiduría hoy, ni un buen consejo- no hay palabras para sanar, solo hay odio. Perdón, pero hoy no hay respuesta, mi propia aversión ha tenido la última palabra, y dice "ya no más"; me tomó del cuello y me sometió. No hay redención. Creo que estoy dando mi último clavado hacia el desquicie, pues no me encuentro a mí mismo.

Nada de esto tiene sentido aún; no hay consistencia ni la esperanza de un resultado. Esto sigue sin morir, pero también sin disfrutar de su vida. Es, a lo mucho, un grito del alma, pero cuando eso también se descomponga, no sé a dónde voy a caer.

Esta obra se creó a sí misma como un sueño de fantasía, como la de un niño, una aventura de drama, belleza, intriga y un respiro espiritual para el alma que la leyera y el alma que la escribe.

Pero luego, miré las partes feas de mi mente y quizás también de mi alma. Me refugié tantas veces, tomé una posición fetal, solo para eventualmente sentir el desesperante e incómodo calor de un demonio encima de mis hombros; en mi cuello, en mi espalda, en mis dedos, en mi frente, frunciendo el ceño, sacándome el corazón con un cuchillo buscando mi sufrimiento, buscando cualquier justificación para lamentar mi existencia y la existencia de la vida en el universo, su evolución, su crecimiento, sus pasiones, sus deseos carnales, sus aspiraciones, su opresión y sus lágrimas; me quemé los ojos tratando de pensar y pensar qué escribir; quemé la fábrica de mi cerebro, intentando ofrecerle al mundo tan solo una pluma suave, tersa, brillante y bella en un océano de dagas y metales oxidados, ¡y sólo encontré mi vida cuando hablé con el alma!

Y todo porque nunca me decidí, nunca me agarré los pantalones para decidir, si en serio quería ver a la humanidad ascender, pues pensé que eso me quitaría algo, pensé que nos convertiría en una colmena bizarra con un cerebro cada vez más conectado; o si quería verme únicamente a mí mismo ascender, pues pensé que eso me arrastraría a la locura, al exilio de la vida humana social hacia un espiral en picada de alucinación, delirios, destrucción, odio y degeneración insensibles en las fauces del demonio.

¡Oh, Dios, creo que sí me estoy volviendo loco! **¡Creo que me volví loco tratando de complacer a las industrias del placer, de la fama, del estatus y del entretenimiento!** ¡Soy un fantasma que vagó sin gritar! ¡Un forastero desquiciado al borde de la perdición en el abismo de la desesperación, cuyo sueño nunca es conciliado, cuyas palabras nunca terminaron, cuyas palabras no dicen nada por intentar decir todo a la vez, cuyos dedos se rehúsan a lanzarse al fuego que los espera!

Y así, me quedé sin ofrecerle nada a la humanidad ni a mí mismo.

Ofrecerle algo a la humanidad fue un sueño maravilloso, pues he encontrado milagros en la música, en el discurso, en las artes, en el amor, en las caricias y en los abrazos de aquellos que ofrecieron de sí al mundo, desde los abrazos de seres amados, hasta los artistas con sus canciones, dibujos y actuación; yo encontré la esperanza ahí, en esos milagros que me abrazaron como un niño, con perdón y afecto puros, sentimientos que ahora están corrompidos dentro de mí.

Ofrecerme algo a mí mismo fue un sueño, que visualicé como alcanzar el cielo yo mismo, y caminar en la Tierra, inmutable ante el odio, el dolor, la angustia, el miedo, la desesperación, la enfermedad, el tropiezo, la pobreza y el colapso de lo que colapsa eventual y trágicamente en el mundo, como sus sistemas, su economía, sus tradiciones, sus costumbres, sus creencias, su ciencia, su cultura, su filosofía, su cuerpo, su naturaleza y su espíritu; pensé que podía ser un supremo de fuerza, viviendo la iluminación y el sueño eterno del amor propio en mi cuerpo, este mismo cuerpo, en la paz eterna, la paz que florece dentro de la guerra, la flor que disfruta de estar entre las llamas, con una sonrisa y romance desbordando para regalar, para así, **nunca jamás en mi existencia entera, esperar del amor del prójimo ni de su abrazo para sonreír y amarme a mí mismo,** nunca más esperar un cumplido para incrementar mi autoestima, ni esperar del amor del prójimo para brindarlo yo mismo.

Ambos sueños hicieron que me brillaran los ojos, y ahora estoy aquí, con la culpa y estrés de simplemente no poderle brindar algo al mundo con qué creer de nuevo en el arte y en los milagros para llenar su corazón de esperanza en sus peores, no tan

malos o buenos momentos; y con la duda, la locura, la desesperación y la caída en picada sin fondo de simplemente no poder liberar mi alma para siempre, mediante esta obra, este invisible trabajo exhaustivo.

Así, me quedé sin trascender ni ser feliz para toda la vida por el terror que le tengo a la locura que ello implica, y sin regalarle a la humanidad un abrazo, un milagro, una obra de arte, una idea incorruptible.

Sólo cuando hablé con el alma, encontré el milagro de hacer, de ofrecer, de actuar, pero al hablar de este milagro, siento que se me escapa del alma.

Soy un esclavo de esta obra: escribo para complacerla y estoy tremendamente obsesionado con que tenga las palabras correctas, y con la idea de que no tiene sentido ni orden alguno a la vez; es absurda, desordenada, y aun así, es el trabajo absoluto de mi vida. Mi sangre corre entre su tinta.

Delirando, gritando solo, me torturé por un sueño, el sueño de hacer arte, y no puedo dejar de pensar en lo débil que me expongo cuando admito que esto ha sido doloroso, que esto me está matando, que esto no tiene para dónde ir, que no tiene cuerpo; es un monstruo pequeño, que apenas puede pararse con sus propias patas, con los ojos desorbitados, situados en partes de su cara que no le son favorables para la vista; es una tragedia en comparación a nosotros los seres vivos naturales, pues nuestro diseño es inteligente, mientras que el de esta abominación, creada en arranques de desesperación, pavor, euforia y la grandilocuencia del desequilibrio espiritual de su autor y la percepción majestuosa de sí mismo, es vergonzoso; es una locura a la que pienso arrancarle las páginas y terminar así con mi sufrimiento. Pero aquí está la obra, viviendo, milagrosamente, en la oscuridad, incompleta, respirando, abriendo sus ojos ocasionalmente, refugiándose del mundo exterior, durmiendo entre los murciélagos en la humedad, sobre rocas puntiagudas.

Quizás, esta obra anhela el día de mi muerte. El desprecio que me tengo a mí mismo se refleja en el desprecio que le tengo a ella.

Es el bebé que va a salvar al mundo, y tengo que asegurarme de que coma y crezca bien; me quita el sueño pues debo arrullarlo y alimentarlo, porque lentamente, se convierte en lo que expiará los pecados de este mundo; debe ser fuerte, bello, increíblemente inteligente, y valiente.

Y Dios, por favor: que mi creación siga viva cuando yo muera, para que sean su preciosa oscuridad y la balada que tiene en su ser las que me acojan en el descanso, y quizás así, descanse con una sonrisa en el rostro; el descanso que tanto anhelo, pero

que en vida no puedo conciliar, pues el peligro acecha a mi mente cada que cierro los ojos: con dolor, inmenso y exhaustivo dolor.

La locura, la incongruencia, o esa cosa abismal de tormento y terror existencial eterno, se camufló exitosamente hasta perderse en los momentos que menos esperaba, en los rincones de mi ser que vanaglorié tanto: en mi consciencia, al sembrar culpa donde no hubo nada de qué arrepentirse, al sembrar duda donde ya se había iluminado con seguridad, y al sembrar una obligación donde nunca pacté nada. Ahí se sembró el terror del alma.

Escuchando este diálogo, mi memoria empezó a iluminarse. Se iluminó con la verdad, la incómoda, sofocante verdad que sepulté hace muchos años, entre vergüenza, humillación, injusticia, impotencia, miedo, duda y ansiedad.

Esta verdad puede ser la razón por la que estoy en este plano dimensional hostil de la imaginación. Pero no estoy completamente seguro aún…

El Señor de la Guerra continuó hablando:

- Padre, soy un arma. Estoy hecho de metal y de una terrible pero emocionante determinación. Soy ese producto que la ciencia ha intentado sepultar, pero que simplemente, sigue volviendo de la tumba, cada vez más sabio, cada vez más eficiente y concentrado.

  Ellos no han madurado, padre; siguen sin afrontar que deben renunciar a lo que los hace mediocres y débiles; siguen esperando la aprobación de un sacerdote en lugar de encontrar a Dios; siguen esperando que el mundo los deje de mirar con desdén; siguen buscando identidad en repetir las conductas de los demás; siguen lamiendo las botas de sus maestros y de sus patrones; siguen buscando la aprobación de resentidos sociales y de aquellos hundidos en dinero y estatus, señor: no han aprendido a aprobarse ellos mismos, no aprecian la música en su piel; siguen esperando tener las amistades y pareja correctas para empezar a sonreír con el alma; siguen siendo débiles.

  Siguen alabando a Dios a cambio del estatus del que goza el predicador; siguen prostituyendo su imagen, pensamientos y sentimientos; siguen tachando a otros seres humanos de menos, mientras ignoran que ellos mismos son despreciables, insignificantes lombrices, con el culo plantado en un sillón, un banco o una cama, atragantándose sin mirar el bocado, buscando las justificaciones suficientes para seguir con sus repugnantes conductas prejuiciosas e inseguras, alardeando que el sexo es fácil y que la vida es insensata. Mediocres buscando aprobación, prolongando su muerte en lugar de solo adelantarla y reconocer que esa es la solución al dolor que

les trae su inútil e insensible vida, pues esa es la vida como ellos la decidieron percibir, maestro, no yo.

Ellos no hicieron nada para madurar. Ellos siguieron adelantando los procesos para madurar en una realidad que exigía madurar, y cuando más acorralados se vieron, un brazo los apapachó: el brazo de una autoridad moral, ahí para dar consuelo a su espíritu, su economía y su autoestima, y así, se salvaron de arreglar esos aspectos ellos mismos.

Ellos se rompieron la cabeza y señalaron a millones de personas en la cara para lanzarles insultos y juicios, uno cada vez más rebuscado que el anterior, para responsabilizarlos del dolor ajeno, pues nunca tuvieron las agallas de afrontar su propio dolor, ni de abrazarlo, así que en su ocio, buscaron desde su burbuja, el dolor de los demás, en un ciclo interminable de luchas que no les corresponden, reproduciendo alaridos por otras razas, otros géneros y otras "clases" económicas, ahogando el sufrimiento interno en una patética e infantil ilusión de que esto arreglaría su propio dolor algún día, el día en que todos se abrazaran y besaran en una enorme y asquerosa orgía.

Serán consumidos por un fuego maravilloso, en un solo segundo, por la obra del arma de destrucción masiva sobre la que ahora tengo poder.

Y si permanece alguien de pie en este mundo, quizás lo deje vivir, y heredará un nuevo espíritu y una nueva Tierra, para así construir una humanidad más responsable, más fuerte y sensible ante las bellezas de la vida misma.

O quizás, si aquellos que sobreviven son los estafadores, los vividores, los habladores, los patrones, los magnates y líderes del hombre, los mate de una forma más personal, una en la que pueda verlos arrastrándose en el suelo como los gusanos que nunca reconocieron ser, pues nadaron cómodamente en la miel de su vanidad.

O quizás, tú y yo muramos también junto con el resto ellos.

Y tal vez así, señor, ya haya hecho algo por el mundo, con el alma y no con la voz de los demás taladrando mi cabeza, como tú tanto has soñado toda la vida, porque **tu arte, tus palabras y tu afecto nunca te parecieron suficientes, pues el amor y la felicidad duraron poco, duraron solo un parpadeo, solo un latido;** nunca pudiste sostener el amor para siempre en tu corazón, siempre se desvaneció; nunca te duró días, ni meses (lo que hubiera sido suficiente para que cuando la felicidad acabara, tuvieras algo bueno que recordar); ni siquiera te duró horas.

Ni siquiera las tormentas de adrenalina y pasión espiritual duraron, pues se vieron corrompidas por las interacciones con el mundo físico, decadente, nervioso, lleno de problemas... ese mundo **que no sabe lo que quiere.** Pero supongo que siempre estuviste loco y nada de esto duró en ti como te hubiera gustado que durara. Loco, ya sea por tu fácil y desastrosa corrupción de sentimientos, esperando sostener por toda la eternidad una pizca de amor en tu interior y nunca ceder ante el odio y la perdición, o porque tu alma simplemente no podía quedarse quieta y vivir un sentimiento por suficiente tiempo como para gozarlo.

Tal vez demostraste que el tiempo es subjetivo y que este transcurre más rápido en ti, pero nunca a tu alrededor.

No hay redención, maestro, no hay una vida feliz después de esto, no hay paz ni guerra que disfrutar. Puedo ver el desquicie definitivo que nos espera, justo al borde de nuestros pies, esperando quebrarnos, exprimir cada gota de nuestra mente, retorcer nuestro cuerpo y llenar nuestra alma con desolación.

Y encima de todo, **esta obra sigue sin tener sentido. Nuestro odio sigue sin tener justificación,** pero no podemos llegar hasta aquí y desperdiciar todo lo que hemos logrado hasta ahora. Estamos atrapados. Estamos en medio. No soltamos nuestra consciencia lo suficiente como para entregarnos a un lado de la balanza, a un lado de nuestra alma, sin tú entregarte a mí ni o yo entregarme a ti; siempre titubeando, sin disfrutar del encierro ni del exterior, por la intensa agitación que trae compartir tu propia voz en el primero, y por el aberrante ruido que hacen las voces y las máquinas en el segundo.

Esta es la muerte del hombre racional. Ese individuo privado de sus instintos, deseos, sueños, sexualidad y pasiones.

El mundo ya ha sufrido mucho de su propio lastre: el hombre racional. Miedo, miedo y más miedo. Esto es lo que tanto querías, padre: morir una buena muerte. Te negaste tanto al éxtasis, que lo mejor que puedo ofrecerte, es morir observando como tu mejor creación, yo, te da una muerte propiciada por llamas y miles de almas dando su último aliento. Esto es en realidad, lo que tanto deseaste. Vivir el resto de tu vida sin pensar, y así será: morirás por pasión.

Te ofrezco la respuesta a la tortuosa pregunta de "¿qué hay después de la muerte?".

Al fin lo logré, padre: el fin de la humanidad. La extinción del miedo, del conflicto, del prejuicio, de la desesperanza, del asco, del terror, de la duda, de la preocupación. El fin de la ira, la soberbia y el odio. Tu sueño hecho realidad.

¿Qué estarán haciendo en su lecho de muerte, maestro? **¿Crees que compartan tu máxima filosofía, pero con la valentía de la que tú careces para aplicarla?** Con esto me refiero a... ¿estarán viviendo los últimos momentos de su existencia besándose, acariciándose, abrazándose, sonriendo, riendo, suspirando, disfrutando, cantando, bailando, descansando, o lamiendo mutuamente sus cuerpos como si fueran a penetrar su piel y carne hasta besar sus almas? ¿Estarán dedicándole los últimos minutos de su vida al amor puro?

Déjanos morir, padre, y te demostraré que tengo razón. Déjanos morir de una vez por todas, para que al fin seamos libres.

Tirado en el suelo, sudando, temblando, respondí seriamente:

- Okay. Muramos entonces.

Tras mirarme a los ojos por unos segundos, temblando él también, el Señor de la Guerra presionó el interruptor rojo, azotando su mano sobre él.

Inmediatamente, su cuerpo se incendió. Las llamas empezaron a consumirlo. Sus ojos se tornaron completamente blancos, y tambaleó de un lado a otro, gritando en agonía.

Su figura fue derritiéndose lentamente, como si de una figura de cera se tratara.

Con la boca abierta, cayó al suelo. Su ropa ahora estaba adherida a su calcinado cuerpo, humeando y manteniéndose el fuego encendido, que poco a poco iba extinguiéndose.

Aun en el bizarro estado en el que se encontraba, pronunció:

- ... me... traicionaron.

Y su cuerpo cesó movimiento, y su voz calló. Después, las llamas perecieron.

Petrificado, el cuerpo del Señor de la Guerra ahora es una masa apenas humanoide, completamente negra, opaca, fría, yaciendo en el suelo, con los brazos retorcidos, intentando quizás, en su lecho de muerte, alcanzar el cielo con sus propias manos como el último acto de su existencia.

Y si este ominoso hombre ahora descansa, que su alma inquieta comparta un lugar con los cometas, que como él, su cuerpo es duro y gélido, y viajan incansablemente en un espacio lento y oscuro, como él vagó por la Tierra mientras su sangre y pensamientos parecían viajar más rápido que el resto de la materia.

- Menos mal que murió sin ver a su propia, preciosa cara marchitarse por completo. Eso lo hubiera entristecido demasiado...

Entre los suspiros y susurros, reprodujo una voz femenina, poderosamente hipnótica.

Miré a las ventanas, a cada rincón del lugar y la puerta de la habitación, y no logré identificar el origen de la voz. Ella siguió:

- Triste también ver su cuerpo sin vida en el suelo congelarse por toda la eternidad, y saber que pensó que su madre no estaría presente para verlo cumplir su sueño de destruir al mundo… pero sé que ahora descansa.

Acabando esa frase, replicó el sonido de un beso… como si besara la frente o la mejilla del ahora difunto Señor de la Guerra.

Permanecí inquieto ante la voz penetrante que habla y habla ahora sin revelar su fuente. Y continuó:

- ¿Podrías hacerme un favor? ¿podrías llevar el cuerpo de mi hijo a su sepulcro? Está en el sótano de la torre… ahí reposará este monumento a la fuerza y la destrucción que tanto amé.

Confundido, decidí levantar el pesado cadáver y llevarlo por toda la torre, descendiendo hacia el sótano.

Ahora, las llamas que reproducen las velas son de color azul, y el cielo nocturno que se asoma desde las grietas es rojo, igual que los relámpagos… parece que está lloviendo sangre otra vez, después de tantos meses.

Un coro de suspiros canta mientras recorro este enorme edificio. Siluetas pálidas que parecen observarme son visibles entre la tenue luz de las velas y la oscuridad sofocante de la torre.

Al alcanzar el sótano, una inmensa penumbra me rodeó.

- Sigue avanzando.

Dijo la voz femenina.

Obedecí, y al seguir dando cada paso, una luz empezó a brotar del suelo, en el centro de la habitación de piedra. Era una habitación muy alta, con árboles y pilares alrededor.

Entre más avancé, de la luz emergió más y más, una rosa roja pálida, que creció a un tamaño descomunal, y sentada encima de ella… una mujer desnuda. Era… Murmu. Pero su cuerpo lucía más pálido, y su cabello lucía un rojo aún más artificial, de apariencia metálica. Era como ver un holograma, o como ver a alguien a través del monitor de una computadora. Su expresión era serena.

Cruzando las piernas, recargando sus brazos sobre la rosa, me miró a los ojos. Balanceando los pies, y tras unos segundos, dijo:

- Tráemelo.

Coloqué el cadáver justo en frente de la rosa. Ahí, Murmu movió su mano derecha y simuló acariciar el deformado rostro del difunto, para que este luego fuera cubierto, sin aparente intervención de la fantasmagórica mujer, por una estructura de metal oscura en forma de ataúd.

El dolor de cabeza que había cesado tras la combustión del Señor de la Guerra reapareció, y volviendo a escuchar susurros discretos, unas velas que rodean a la rosa se encendieron. Observé a Murmu con detenimiento y confusión. Ella empezó a hablar:

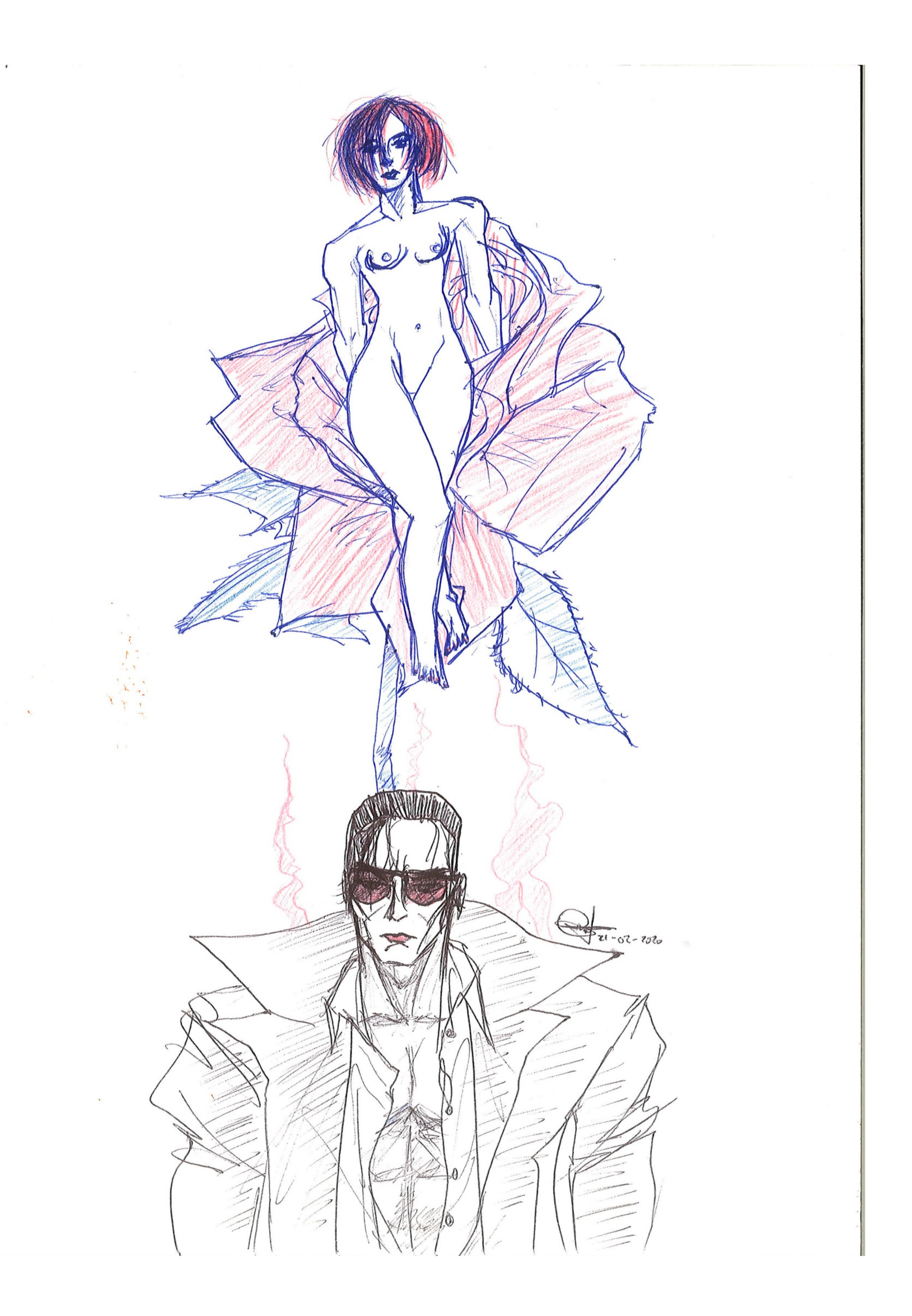
- Parece que no me reconoces, amor. Soy yo, tu preciada, maravillosa mejor creación.

Dada su forma de hablar y ahora extraña personalidad, noté que no estaba hablando con la misma mujer que conocí hace meses. Su aspecto era extremadamente similar… pero lucía poseída, trastornada, inquietante. Continuó:

- No… debo corregir. Tú no me creaste a mí, pero sí me alimentaste e hiciste crecer. Me intentaste callar y fracasaste. Me hiciste tu más grande arma, y ahora, tú y yo somos como iguales, conviviendo en el mismo plano.

Entre la jaqueca y el diálogo de la misteriosa figura, teoricé sobre la terrible conclusión que acabo de elaborar sobre esta fantasmagórica aparición.

PARTE III: LA MÁQUINA


21-02-2020

Capítulo 12 – Escribiendo una obra

En la vida real, soñé con ser escritor. De niño y de adolescente, por imaginar el hecho de vivir divirtiéndome narrando, ilustrando y dramatizando historias para la humanidad, y de adulto, por anhelar el alcanzar la gloria, la dicha, el éxito y, admito, la fama y riqueza con tan solo explotar dicha pasión por narrar, ilustrar y dramatizar esas historias, pues muchas, innumerables veces, tal vez **demasiadas,** oí, leí e interpreté que en esta vida hay que vivir de nuestras pasiones.

Ahora veo que mis propios gustos me traen dolor y me ponen en una carrera milenaria contra el tiempo y el prójimo, con la meta de vivir cómodo por el resto de mi existencia, cosechando los frutos de mi trabajo, sin tener más que preocuparme por las consecuencias que trae la fórmula que este mundo parece tener para determinar el valor del trabajo de cada ser viviente, máquina y recurso que existe.

La obra no parece terminar, pues igual que los maestros del trabajo y del valor del trabajo, tomo mi tiempo, para así ganar tiempo, intercambiando ratos de estrés y dolor por la incierta aún comodidad del futuro, trabajando una obra como si esta fuera un carbón siendo transformado en diamante, esperando superar más y más las expectativas y estándares del prójimo. Verán, ahí radica mi misma maldición: en la **idea falaz de querer superar estándares y expectativas ajenas en lugar de las mías.**

Como dije, un diamante. Un diamante, que no se come, no aporta biológicamente más tiempo ni calidad de vida, ni mejoras en la salud, que será una ruina más si este mundo termina comiéndose a sí mismo.

Mi teoría es, que la figura fantasmagórica que ahora ha aparecido ante mis ojos en esta torre, es mi mente misma, o una parte extremadamente importante de ella, y que ahora es un ente abrumador.

¿Qué más poéticamente apropiado que dicho espectro, que representa a mi mente o a una parte extremadamente importante de ella, tenga la apariencia de una mujer que encuentro sumamente atractiva y con quien desarrollé un vínculo afectuoso fugazmente vivido? Una metáfora hasta *cliché* de la vida real. Mi propia mente ha sido la fuente de mis sueños, satisfacción y más profundos deseos de corte carnal, económico, social y espiritual, y el terror a perder mi mente ha sido inmenso y decisivo en mi estilo de vida mismo y en cada una de las elecciones que he tomado. Qué perfecta metáfora sobre perder lo que en las oscuras aguas de la mente parece controlable y en la iluminación está naturalmente fuera de mi control. No... no, no. Debo estar cometiendo una equivocación terrorífica, cataclísmica...

El espectro me dirigió la palabra:

- Ahora somos como iguales. Mi, y por lo tanto, tu más grande sueño... poseer una mente indomable, capaz de moldear a la misma realidad, al dolor, y más importante,

al parecer, **a la mente del prójimo.** Su mente y todas las palabras y acciones que derivan de ella. Ese martirio que tanto te ha azotado.

Déjame recordarte por qué estás aquí, en este reino imaginario, si es que ya lo olvidaste. O si no estás de humor o no es momento apropiado para recordar el pasado, puedo mostrarte una vida nueva, una nueva, reformada y mejorada identidad.

Puedo consentirte por el resto de tu vida, e incluso, habiendo terminado esta, en tu sueño eterno, en el cielo, en el frío, en el agua, en el bosque, en la arena... donde tú desees. Puedes incluso tocarme cuanto lo desees, amor mío.

Al decir estas últimas palabras, extendió su mano izquierda y yo me acerqué, acariciando mi rostro y mi cabello. Su ser se siente como agua helada... no, como escarcha, como granizo triturado sobre mi piel. Volvió a entonar unas palabras:

- Puedo mostrarte absolutamente todo lo que existe, ha existido y puede existir. Podemos vivir en placer y comodidad hasta el momento que tu corazón deje de latir, lo cual no se sentirá, y llegará sin prisa ni dolor. Juntos.

  Lejos de mí, eres primitivo, limitado de creatividad e imaginación, pero acompañado de mi presencia, en mis brazos, eres un dios, un superhombre, un genio, un arquitecto supremo. ¿Quién necesita ese mundo imperfecto, desordenado y precario que yace más allá de los muros de esta torre y las paredes de este **cerebro**, cuando justo aquí, puedes dormir y soñar a tu gusto por siempre?

Tenía razón. Si este mundo que ahora habito es producto de mi imaginación y este...espectro es la fábrica de dicho mundo, entonces es aquí, a lado de ella, donde puedo al fin entregarme por completo, sin límites ni interrupciones, al placer de mis sueños. ¿Por qué no? si allá afuera y en el mundo real se viven dolor, frustración, depresión, ansiedad, ira y desesperación todos los días de la existencia. Sin mencionar el hecho de tener que convivir con los demás merodeadores de la Tierra. Aquí... podría soñar para siempre. Mi objetivo de toda una vida al fin alcanzado.

Entonces lo intenté.

Con el simple hecho de desear algo, esto se cumple con cierta gracia.

Al imaginar vestir con una ropa más cómoda, una bata de seda me cubrió el cuerpo. Al imaginar el sabor de una deliciosa bebida, una copa de metal conteniendo un delicioso jugo que mis labios jamás habían saboreado apareció en mi mano. Y si es vino lo que se me antoja, vino era lo que bebo. Con solo imaginar la fracción de una melodía, la canción entera

empieza a reproducirse en un volumen placentero, resonando a lo largo de la torre, entre sus muros, como si viviera en una obra de teatro.

Explorando cada corredor y sala del edificio, estos se adornan a mi gusto. Flores, árboles, alfombras, esculturas, candelabros, pinturas, ventanas, instrumentos tocando música… todo está en su lugar, perfectamente colocado, justo en la posición que yo deseo.

Me dispuse a dormir en una habitación que inmediatamente se adornó y se dotó de una enorme y cómoda cama.

Al despertar, vi un precioso amanecer entre colinas verdes y frondosos árboles, así como lagunas y templos hermosos a lo largo de la pradera.

Bajé hasta el sótano. Estaba ahora decorado con mayor iluminación, la cual irradiaba los colores rojo, morado y azul. Símbolos geométricos gravados en el suelo, el techo y las paredes.

Murmu… o este fantasma ambiguo, se encontraba de pie, extendiendo los brazos hacia cada lado, sobre la enorme rosa, cerrando los ojos, como si bailara sutilmente.

El ataúd del Señor de la Guerra ahora se encuentra decorado de una manera distinta, más estética. Veo preciosos candelabros en el techo y más velas de diversos tamaños y formas por todo el suelo.

- … ya te perdoné por haberme asesinado.

Dijo el espectro, abriendo los ojos, dibujándose una sonrisa en su rostro y con la voz más escalofriantemente dulce que he oído en mi vida entera. Continué con la conversación:

- Pero has revivido. O mejor dicho, tu muerte nunca tuvo relevancia alguna, ni tu vida misma, y ahora… lo que sea que eres, mente, sueño, imaginación o producto de mi creatividad, ha tomado la forma de una persona a quien idealicé y sobre quien fantaseé en el pasado.

Ella respondió:

- Así es. ¿Qué importancia tiene la muerte de alguien, en realidad? ¿qué importancia tiene su dolor o su ausencia? Es nula. Es solo responsabilidad y de relevancia para esa mente, esa alma que ha perecido. La muerte es solo… una nube de humo, volando por unos segundos en la imaginación de los vivos, para luego esfumarse por completo. Así siempre ha sido, ¿no?

Su aparente seguridad es inquietante. Pero eso fue algo que perdió importancia al compararse con los problemas que le siguieron a esto.

Conforme pasó el tiempo dentro de la torre, mi hambre, mi sueño, mi sed, mi necesidad de evacuar y mi dolor físico regresaron. E incluso intentando satisfacer mis necesidades o sanar el dolor con las mieles que mi misma imaginación era capaz de materializar, no pude conseguir el bienestar, o mínimo, disminuir los malestares. Empecé a sufrir.

Siento a mi mente, no solo emocionalmente, sino materialmente, ser desgarrada una vez más.

Mi estómago duele, y mi cabeza también. Cada miembro de mi cuerpo aqueja y mis ojos arden.

El hambre, la sed, el sueño, mi dolor y mi necesidad de orinar y defecar, no terminaban de saciarse.

Corrí, desesperado y aterrado, usando la poca fuerza y cordura que me quedan, hacia el espectro, iniciando un diálogo con ella:

- Estoy... estoy muriendo. ¡ESTOY MURIENDO AQUÍ ADENTRO!

Interrumpió, dado que mi fatiga me impidió seguir expulsando tanto aire y articular más palabras:

- Es solo la vida, querido. ¡Esto es normal! Moriremos juntos, soñando, sin sufrimiento. Solo deja de pensarlo, y... déjame acariciarte...

- No... ¡no! ¡no me pongas una sola mano encima!

Entonces, la pálida mujer me observó, sin parpadear, detenidamente, sin expresar una sola emoción. Justo al especular sobre mi propia, dolorosa muerte al ceder ante mis necesidades y demás aflicciones, noté que el espectro movía sus labios al unísono de mis propias palabras sonando en mi mente.

Estaba... **estaba coordinando perfectamente mis pensamientos con su boca... era como si no hubiera distinción alguna entre sus palabras y mis ideas, las cuales yo ya no podía discernir entre sí.**

Inmediatamente, huí, en horror, hacia la salida de la torre. La horrible, penetrante voz de la mujer me inundó, taladrando mis oídos mientras corrí hacia la puerta principal, tambaleando entre corredores.

- ¡No puedes lograrlo, miserable e inservible humano! ¡eres mío y la muerte es lo mejor a lo que puedes aspirar en esta triste, intrascendente vida!

Tras unos segundos, mientras mi propio instinto de supervivencia me llevaba a la salida, tropezándome, su voz reprodujo con calma y cierta suavidad, desvaneciéndose en el aire con un suspiro:

- Señor de la Guerra.

Seguido un instante, perdí la consciencia y me hundí en oscuridad completa.

Capítulo 13 – Palacio en la psique

"Y así, comenzó una competencia masoquista para decidir cuál de nuestros presagios paranoicos es el más devastador."

Me pregunto dónde estoy. Me pregunto si en serio existe el progreso en esto que estoy haciendo, en esta vida, en la historia de la humanidad, en esta gran obra que se ha alzado en lo alto solo para caer, una y otra vez, cada vez más fuerte, hacia un abismo más oscuro, terrible, desolado e inhóspito.

Sé que esta vida es dinámica, pero no le veo armonía del todo a esto. Este es un grito desesperado de ayuda, en medio de un palacio de mármol del que mi voz no puede escapar. Pero simplemente no puedo escapar así nada más. **Falta algo.** No sé si sea hacer las paces con este palacio o destruirlo de una vez por todas. Ahí está la cuestión, la trágica e hilarante disputa entre mi corazón y mi razón, mi mente: no sé qué es lo que quiero. Lo admito, ni toda esta fachada arrogante y aparente elocuencia pueden distraerme de este hecho; lo admito.

Simplemente no puedo terminar de volverme loco en paz, porque esa palabra, "loco", se ha contagiado de un virus, el virus del miedo, la "normalización", la estandarización, la supresión del alma en el laberinto eterno del vocabulario y la vida social.

No puedo evitar sentirme débil, derrotado, cobarde ante silenciar mi Ello, apaciguar mi locura para convivir y mantener mi vida social a flote. Miro con tanto orgullo y admiración a aquellos que danzan y cantan con tanta libertad y fluidez con su irreverencia, su "pieza de sí mismos", su esencia única, su desenmascarada identidad, su sonrisa sinvergüenza y su seguro paseo, y siento frustración sofocante por no gozar de mi irreverencia igual que ellos.

Míralos, poniendo nombres raros a sus obras, pintando con colores desafiantes a sus lienzos, reproduciendo lo primero que se les viene a la cabeza en su música, bailando con el primer impulso que su cuerpo les dicta, atreviéndose, retando a la crítica, al estándar, a **"lo normal",** al estatus quo, a la moda, a la tendencia, al mercado, a la ley, al Estado, al hombre, a la mujer, a la juventud, a la vejez, a la muerte, a la vida, a los extranjeros y sus imperios, a sus generales y sus terratenientes, quienes montan un alto caballo y nos miran hacia abajo con desdén. Simplemente, bailando. Simplemente, gozando del amor y la soledad por igual.

Yo no estoy ahí. De hecho, no recuerdo haber estado ahí nunca en mi vida, ahora mismo que la fatiga y el odio me ahogan. O por lo menos no he estado lo suficiente como para permanecer ahí toda la eternidad.

Intentos, uno tras otro. Tropiezos, sin salida aparente, sin una puerta al final del camino de la que pueda emanar luz que me indique un destino claro. **No, estoy en los pasillos oscuros de mi mente, en los que la vida es fútil y el tacto solo me revela la textura de las paredes: es mi propio cerebro,** son sus arrugas palpitando, húmedas, ruidosas; piso los charcos de lo que

parece ser sangre; lo único visible es una mancha perpetua de rojo, negro y marrón, entre sangre, oscuridad y las entrañas de mi mente. Escucho un tamboreo, como si se tratara de un ritual.

Esto se siente como… una revelación.

¿Qué es esto? Entre más palpo estos conductos pulsantes de sangre y su palpite con mis manos, entre más las empapo con el líquido que emana, más iluminación adorna este bizarro palacio de locura y transformación.

Ahí están las venas. Su color predominante es morado, con tintes rojos y azules, unos fuertes y otros suaves, en ciertas partes; tan anchas como mis piernas, recorriendo una superficie de lo que parece ser carne o un grueso tejido, predominantemente rojo y en partes rosado. El suelo comparte la misma textura, el mismo material bizarro; los charcos sobre los que doy mis lentos pasos están compuestos de un líquido transparente que emana de este, digamos, cerebro.

La iluminación se intensifica y diviso una salida, por la que se introduce un rayo de luz penetrante, que sólo muestra un abismo blanco ante la figura al final del camino que puede significar mi escapatoria.

Pero puede ser una trampa. Apenas sentí con mis manos lo que estas paredes y este suelo son; apenas escuché con mis oídos el palpitar de la sangre, mi pisar en los charcos, los tambores abismales del más allá acechándome, el eco de las gotas que chorrean de mi propio cerebro cayendo encima de sí mismo, y mi propio respirar aterrado; apenas observé los colores y las texturas intrigantes que este palacio de carne y sangre tienen que ofrecer; tan impresionante, tan irreal y a la vez tan verdadero, en mi cabeza, literalmente, recorriendo sus pasillos; como si apenas hubiese despertado, y surge la duda sobre si he estado caminando, o incluso corriendo; he estado tocando con mis manos y mis pies, he estado escuchando cada ruido, y quizás he estado oliendo y saboreando los líquidos y no tan líquidos que emanan de estos corredores de la locura, sin haber estado despierto para vivirlo; es como si hubiera despertado de pie, caminando, buscando mi camino.

Y ahora, en cuestión de solo segundos, la luz ilumina estos pasillos. Quizás siempre estuve viviendo esto, pero la oscuridad fue tan aplastante y cegadora que anuló todo sentido, toda luz, todo oído, todo tacto, todo gusto y todo olfato de mí, hasta que cada uno cobró sentido otra vez, hasta potenciarse y poderse distinguir uno de otro.

¿Soy ahora el emperador de la carne y la sangre? ¿Qué soy? ¿Qué es lo que soy? ¿Qué es la verdad que descubrí hoy? Quizás no “todo” está más claro. Quizás solo la realidad está más clara; no todo, solo la realidad, solo la realidad. Quizás sí, efectivamente, esta es la realidad, este palacio de carne de mi cabeza es tan real por dentro como por fuera; es tan real tanto con los ojos abiertos como con los ojos cerrados; tan real en el trabajo como en la

recreación, el descanso y el ocio; tan real en el fin como en el principio, esperando el momento para soltar la bomba y proporcionarle por lo menos un esqueleto a esta historia, pero **no pude resistirme a derramar mi alma y toda mi sangre en estas páginas;** retorcí a mi alma en cada trazo que hice con la pluma, en cada segundo que mi espalda se tensó más y más, en cada latido de mi corazón que retorció a la letra de mis dedos, como si las garras de una rata o de un cuervo hayan escrito todo este texto que hoy presencias, solo para exprimir la última gota que a mi alma le fuera capaz exprimir, hasta que su dolor y su cansancio se sintieran en mi cuerpo y lo hicieran llorar, solo en la búsqueda de **forjar a un hombre entre las cenizas**, entre los escombros, entre las ascuas, sobre un frío y hostil metal oscuro, a martillazos, entre cantos, rituales, gritos, alaridos, lágrimas, enojo, rabia, ira, una visión, una profecía, una guerra, todo para crear a un hombre bello, desquiciado, destinado a morir y viajar bajo el nombre y la ironía de su propia tragedia, una burla, un chiste que apenas cabe en su cabeza; una inserción de la maldad y el caos en la realidad, un personaje icónico, inolvidable, que no sabe él mismo que existe.

¡Una intervención artificial en el mundo! Oh, Dios mío, es un monstruo…

Dentro del escenario en el que solo el blanco, el negro y el rojo parpadeo fugaz de la sangre se vislumbran, se alza esta… abominación, este repugnante ser de tragedia y odio. Un humano artificial. Un crimen hecho vida. La gestación de una abominación escrita en páginas y lágrimas de anticipación; el descenso nauseabundo de la vida humana hacia el vacío del infierno de la perpetua desesperación; la caída en picada con la gravedad y el terror de la culpa, aplastado en el límite del tiempo que creó la mente; el final feliz y el comienzo trágico colapsan aquí, con esta aparición… así es como **el Señor de la Guerra nació.**

<u>Capítulo 14 – Un mal chiste</u>

Lo que acompañó a los siguientes días de mi existencia, fue una aplastante sensación de determinismo encima de mí y cada uno de los aspectos vivos de mi ser.

Ahora todo se ve, sorprendentemente, con mayor claridad, pero no hablo de una iluminación metafórica sobre la vida y su sentido, sino que literalmente, **la luz en mi visión se ha intensificado.**

Experimento el infierno en su descomposición.

Afuera de la Torre del Hombre, mis ojos se han abierto y logro ponerme de pie, tambaleando, sudando, sacudido por escalofríos, con el viento azotándose en todo mi cuerpo. El cielo es una enorme, espectral mancha de color rojo sin uniformidad en su tono; las nubes se arrastran como rayos sobre ese enorme lienzo escarlata, como si un dios molesto las hubiera arrojado, y hubiesen evolucionado esencialmente de ser como algodones suaves flotando con gracia hacia el horizonte, a ser telarañas apuntándose amenazantes entre sí.

- ¡¿Por qué? ¿Qué es esto?!

Pregunté, de rodillas, azotando los puños contra el aire, con el viento como la música de mis gritos.

- ¡¿Qué es esto, demonio?!

Grité una vez más, girando hacia la Torre, observando su cuerpo superior. Asomándose sospechosamente, se divisan demonios y gárgolas con aspecto inquietantemente humano, mirándome directo a los ojos, escondiendo la totalidad de su cuerpo entre las rocas que conforman a este edificio de la locura; de sus bocas, se observan colmillos afilados. Parece que les cuesta mantener su quijada quieta. Sus ojos se ven irritados, sus iris son rojos como los míos; su piel es pálida, pero luce gris, como si se les hubiera bañado completamente en ceniza.

Pero este nuevo infierno era tan solo una fracción, apenas visible, del infierno que empezó a invadir a mi mente. De hecho, este nuevo paisaje era ideal, estéticamente, para una parte de mí, una parte que aun sueña con disfrutar de lo irreal, de la ficción y de lo metafísico.

Entre toda esta oscuridad, lo que se sentía destruyendo y reconstruyendo una vez más, solo para volverlo a destruir, era yo mismo… yo, dentro de mi propio cuerpo, sintiendo cada acción que he realizado en mi vida, oyendo, no como un simple suspiro, sino con atención, cada voz que he escuchado, sofocándome en mi propia respiración, con cada pensamiento que he tenido revolucionar dentro de mi cabeza, lo cual no sería aterrador si no fuera por el detalle, de que no pude hacer nada al respecto.

Ni toda mi concentración y esfuerzos fueron suficientes, no solo para despertar, sino para disipar el miedo devastador que, en el reino de los pensamientos, viene presentado como dolor.

Así que ahí estuve, en días enteros de terror y agonía, sin poder dormir para dejar de sentir, pues mi cuerpo ya estaba dormido, alucinando con el sonido de un reloj y la imagen de un círculo girando en frente de mí. Fui torturado por algo que no es un ser humano en mi descanso, el único reino que creía a salvo del sufrimiento y de la desesperanza.

Caminaba como una bestia, alzando las manos a la altura de mi abdomen, con los dedos temblando, como si fueran las pinzas o los colmillos de un arácnido, las antenas de un insecto o los bigotes de un felino, como si intentara encontrar eso que me hace vivir entre un mar de penumbras abismales, siguiendo el calor, sobreviviendo.

Cada árbol que toco, cada gota de agua que cae sobre mi piel, cada pluma de ave que roza mi mano, se siente como una caliente caricia nada tierna de otro ser humano, deslizándose, buscando mi corazón. De inmediato, dicha sensación me perturba y la rechazo, aterrándome cada vez más ante la nueva condición de mi existencia: siendo abrumado por un abrasador, íntimo calor en cada sólido y líquido que toca mi piel.

Vagué y vagué, por tiempo indefinido, a través de este paisaje verde, iluminado por el rojo cielo, intentando solo cansarme para por lo menos así, tolerar en lo mínimo esta sensación que arde hasta las entrañas.

Pero eso es lo que me afligía materialmente. Fue lo que me afligió espiritualmente lo que me doblegó, ahí, dentro del mismo reino de mi imaginación, tanto así que miré el océano de tinieblas que descubrí descansando en mi interior, el cual ahora, se sacude con una marea que jamás preví en toda mi vida.

Ningún golpe, ninguna mala noticia ni ninguna decepción habían derrumbado a mi alma de la manera en la que este evento en general lo hizo. Mi voluntad no solo se encontraba humillada, una y otra vez en cada respiro que daba, sino que me hice cuestionar sobre **su existencia misma.**

¿Obra de dios o del demonio? ¿Obra de mi inteligencia o la de algo o alguien más? ¿Efectos de un sueño sobre el cuerpo bajo las reglas de su propia naturaleza, o la intervención de una **voluntad superior** a la mía? De todas esas opciones, la verdaderamente debilitante y paralizante vino segundos después de teorizar sobre los alcances de mi mente al estar en contra de mi espíritu y mi cuerpo: **yo fui el responsable de desatar esta pesadilla sobre mí.**

Días enteros de pesadillas que revelaban imágenes, voces, sensaciones, teorías y deseos repugnantes y terribles sobre el cuerpo humano, la guerra, la tortura, el abuso, la muerte, el amor y el destino del ser humano posterior a la muerte.

El problema ahora no yace en los fantasmas que me atormentaban hasta hacerme sudar, sino en que ahora, los fantasmas **vienen del futuro.**

Soñé con la destrucción absoluta de todas las almas que ríen y sonríen en el mundo, **NO EN ESTE MUNDO IMAGINARIO DE SOL AFERFHE, SINO EN ESE QUE YACE MÁS ALLÁ DE LAS PAREDES DE MI MENTE, AFUERA DE MI CRÁNEO Y MI PIEL** en el mundo real. Y no fue una destrucción fugaz, instantánea que tomó por sorpresa a la humanidad en su descanso, sino que fue un descenso sangriento, arduo, agotador, incómodo, ahogado en desesperanza, en la pérdida de la razón, de la fe, y por último, **de la voluntad** hacia la parálisis y tortura perpetua del alma, administradas por la marcha inevitable del tiempo que tan conceptualizado tiene la mente.

El problema no fue el pánico del momento, sin que esto comenzó a hacerse realidad con cada fracción de segundo que transcurría.

Si algo es cierto, es que mi imaginación no me abandonó, para bien ni para mal, durante esta larga, tediosa travesía de dolor trasmundano. Exploro, con una maldición encima de mí. El mal se manifiesta dentro en mi flujo sanguíneo, ardiendo, sudando y temblando. Ahora veo al miedo, no metafóricamente en el actuar de las personas, sino que ahora observo, con suficiente concentración, una obsesión diabólica, obsesiva y perdidamente apasionada, una red, y a veces un vapor, brillando en un plano alterno al que se observa con los ojos y se oye con los oídos. Esa red y ese vapor aparecen ante el ojo, como dije, mediante un nivel de concentración en aquello que busca: el miedo. Pero eso no fue siempre lo que busqué… es algo que decidí encontrar solo tras haber sido sofocado por ello, por esa fuerza invisible llamada "miedo".

Ya no me distraigo intentando sabotear la razón y las emociones del prójimo (mismas que ataqué por medio de sus ideologías espirituales y políticas) pues ello representa una acumulación de esfuerzos mal enfocados, desperdiciados en una cruzada sobrevalorada de competencia lógica. No, pero aun así, no sé a dónde llevar esta guerra sin estallar dentro de mi propia mente.

Simplemente, no soy bueno para justificar mi violencia contra el prójimo. **Siempre termino reconociendo que mi guerra contra él es una forma de huir y justificar mi propia guerra.**

El prójimo, sin embargo, ha desarrollado un enorme sistema de justificaciones para agredir a sus semejantes, a veces, siendo convincente, a veces, llamándolo "justicia", "normalidad", "sentido común", "lógica", "lo correcto", "ley"… palabras que ellos, por supuesto, no inventaron, pues si encontraran dentro de sí mismos la creatividad para expresar lo que los aflige con sus propias palabras, no buscarían resolver su propia guerra desatándola contra el prójimo, en primer lugar.

Mi frágil lucidez se fracturó al darme cuenta de que ahora, en toda la isla, tras vagar por días, atardeceres y lunas, soy la única alma humanoide que queda de pie. En los pueblos que alguna vez visité, en los caminos de piedra, en los bosques, en las montañas y alrededor de los lagos, no hay personas viviendo, sino sus esqueletos haciéndose polvo lentamente.

Un cementerio inmenso, donde el aire suspira enunciados completos sobre todos mis miedos y deseos, revolviéndose en un torbellino de dudas y migajas de esperanza que son barridas bruscamente por desesperanza. Ahora me encuentro donde las metáforas se materializan como la voluntad de deidades, mas no como cuerpos o fuerzas contra la que pueda luchar con mis puños.

Rondando agotado por cada paisaje que mis piernas me permiten, busco tan solo una llama de esperanza entre la oscuridad y el ruido de miles de voces intentando sepultarme en el silencio, donde la voluntad calla. Me aferro a tan solo una migaja de sentido que pueda hallar entre toda esta confusión y fatiga. Estoy perdido.

Con mi cuerpo hirviendo y escalofríos haciendo de él un templo, caí rendido a lado de una enorme especie de... yunque, una fría, negra estructura de metal, ahí, en la pradera, entre flores y rocas.

Sentí a mi alma rejuvenecerse, dar un respiro y descansar, al tocar este objeto. Frío. Helado. La primera cosa que ha tocado mi piel, desde que desperté, que no me transmite un calor asqueroso.

Dormí recargando mi rostro, mis manos y mis piernas contra el yunque.

Pasé días, días y más días, recorriendo los alrededores de esta pradera, buscando fascinación en el paisaje, en los árboles y los cuerpos de agua, yendo a descansar al llegar la noche, junto a ese yunque. Todo esto, protegiendo la fragilidad de mi mente, que se encuentra más fracturada que de costumbre, ahora, acosada en lo más privado de su profundidad, por el espectro de la torre.

- No puedes esconderte de mí.

Decía ella, en repetidas ocasiones, en diversos momentos de cada día y noche, a veces en tono serio y a veces en modo burlón, y yo solo... tomaba una posición fetal, desesperado y asustado ante el hecho de que ya no puedo encontrar comodidad ni en lo más privado y solitario de mi ser.

Capítulo 15 – El gritio

Ahí está ese demonio otra vez. La oscuridad eterna, que solo pude ignorar por meses, luego por días, luego por horas, y ahora, solo por segundos, llamándome hacia el inevitable vacío, el "voide" del *gritio,* nombre que se me ha ocurrido para identificar esta realidad que rompe al resto de la misma que existía en mi cabeza. El gritio ignora palabras mundanas y mortales, pues su misma naturaleza es destructora de la memoria, la congruencia, la lógica y la paz espiritual; no cabe dentro del vocabulario previo a su descubrimiento.

Verán, "gritio" es el primer conjunto de sílabas, o palabra, que me vino a la mente para nombrar este… sentimiento, esta realidad alterna, esta voz del más allá que me espera con las fauces abiertas al final del camino después de que termine el teatro de mi humanidad de "tener la razón", ese teatro engañoso, que cada vez es más doloroso y la satisfacción que trae es menos duradera. Es un tormento, un infierno que trasciende más allá de la música, comida, conversación, palabras, juicios, y el placer que traen la lógica y la risa.

Es el foso de llamas, el calcinante inframundo que yace en la eterna lucha entre tener la razón y estar equivocado; entre hacer algo por los demás y hacer algo por mí mismo; es la incertidumbre mortal y mundana sobre volverme "loco", y la verdad espiritual, trascendental, la verdad oculta a ojos del resto del mundo, que solo yace en mi mente, de que eventualmente, sí, me volveré "loco".

Ahora, abordaré la importancia de encerrar la palabra "loco" entre comillas. Es una palabra que me parece vulgar e irrespetuosa para el alma. Usándose, a veces puede ser algo gracioso o un mero insulto sin trascendencia, pero cuando experimento la realidad que yace en mi mente, los sentidos, la sensación de traición por parte de mi propia consciencia y por parte de mi razón por igual, esa idea de la más grande conspiración del ser independiente a todo descontento social y la voluntad que vive en mi interior de perderme en "felicidad", en odio, terror y conflicto, entonces considero por completo que referirse como "loco" a un estado de consciencia tan intangible, tan etéreo, tan extraño, tan irreconocible, tan forastero, tan alienígena, tan demoniaco, tan divino, y que parece ser independiente a mi propia razón (tanto así que toma la apariencia del alma misma o de la mente a su gusto), quizás no sea buena idea.

Esta cosa, este ente, este sentir, esta visión, esta distorsión de la realidad, esta "realidad", es tan inmensamente poderosa, que he buscado refugio exhaustivamente en pensar que esta es una "realidad" que experimenta con el ser humano, y no únicamente conmigo, refugio que eventualmente se desploma en escombros sobre mi cabeza, pues "la humanidad", séase, los otros seres humanos con los que comparto este universo en tiempo y espacio, se distorsiona tristemente en un decepcionante circo de bailarines… bailarines que no saben a dónde van, y que justo cuando pienso en que quizás ellos tengan la razón, en que seguir su camino podría poner en paz a mi alma, descubro la ignorancia, la inseguridad, los prejuicios y/o deseos completamente egoístas que los motivan, para así, decepcionarme de nuevo y volver a mi

refugio, el refugio del "loco" que jura tener la razón, el loco que no puede sumergirse en la maravilla de su propia mente besando apasionadamente a su alma en el espiral fantástico de la eternidad de la materia y el tiempo, las galaxias, los colores y los olores, pues eventualmente se descompone por un repugnante terror de soledad que me entierra de nuevo en un asilo mental dentro de un ataúd en la oscuridad abismal del espacio exterior, ahí, donde verdades que escondió Dios yacen e implican el colapso de la máquina física y espiritual del ser humano; ahí, donde Dios quizás sea solo el arquetipo del "yo " creativo, el "yo" sin miedo, el "yo" seguro, el "yo" eterno, la versión perfecta de sí mismo tras años de entrenamiento, refinación mental y paz espiritual; el encuentro del alma propia con el alma del universo, del todo y la nada al mismo tiempo, haciendo a la realidad colapsar, pensamiento que implica un terror existencial trascendente al "terror" y lo "existencial", pues reconocer al miedo como algo humano y la posibilidad de dejar de existir no me salvan de ello.

Tal vez sí estoy loco, pero estoy dispuesto a defender que hay algo de real en todo esto; en mis sueños, en mi consciencia, en los arranques de fuego, fuerza eterna y gloria que yacen en mi alma, es real, se siente real, se siente **en la piel.**

Esta realidad que experimento en la mente es la locura. **¿Cómo rayos te tengo contento a ti, que me lees, y a mí mismo, que escribo, al mismo tiempo en una sola frase?** ¿Con qué enseñanza, con qué arranque del alma? Carajo, es difícil.

Dicen que se vale dudar, mas no tirarse al suelo. Eso dicen ellos o eso digo yo mismo. Ya ni siquiera sé la diferencia.

Las fauces del gritio toman al amor con sus colmillos y lo convierten en una orgía asquerosa y vergonzosa. Se lucha contra la realidad, mientras que el amor yace en esa misma realidad. Y no es de mucha ayuda que la palabra "amor" tenga una apariencia tan alienígena y/o demoniaca también.

Esto duele demasiado.

Capítulo 16 – Elegía

Moral o ética. Pasado o futuro. Vivo o muerto. Cordura o locura. Paradojas que traen disgusto y temblor al alma; escalofríos que hacen sudar y nos congelan al mismo tiempo. Como la satisfacción que hay en ser un campeón siguiendo las reglas, y la satisfacción que hay en desobedecerlas.

Podemos seguir las reglas y un castigo puede ser inevitable en algún momento, en algún lugar de la senda o en el final de ella. Pero, en mi opinión, el miedo al castigo es un elemento del concepto "castigo". **¿Estás lo suficientemente dispuesto a hacerte responsable de tus decisiones y abrazarlas como parte de tu identidad, como para dejar de temerle a un castigo?** En esa cuestión se asoma, una vez más, la paradoja entre la cordura y la locura, y entre la moral y la ética. Si uno le teme a la locura, será un loco y ya, temblando, ansiando la cordura, **un genio que le atribuye a su brillantez una maldición, en lugar de disfrutarla como una bendición divina, como un júbilo del ser,** buscando mil y una excusas para justificar su sufrimiento, tratando a su brillantez como "un don y una maldición", un aspecto gris, sin vida ni alma, atorado en el "balance de la vida", atrapado en "el equilibrio del universo", un esclavo eterno a cadenas engañosas; racional, pero inseguro sobre sus acciones: las del pasado, las del presente, e incluso, las del futuro.

Es bajo esas cadenas terribles y elusivas del "balance del universo", que se ignora la dinámica del mismo. **Es forzar a la dialéctica donde su fórmula no parece ser lógica.**

Pero el bien viene de la ética, no de la moral. La ética viene del alma, no de la locura que se origina de la tormenta de las voces del exterior, sus amenazas, sus apariencias, sus prejuicios y sus miedos.

Seamos uno con nosotros mismos y estaremos en paz con el universo.

Encuentra la inspiración en tu corazón y serás imparable.

El mensaje de hoy es un mensaje para toda la vida.

Pasan los días y las noches, y solo veo de mí mismo un reflejo, una versión decaída, derrotada, de lo que he sido. Vagando ansioso, sin energía ni júbilo, observando a las rocas, a los animales, a las flores y a los árboles con disgusto, pues mi amor por todo esto he corrompido.

Sé que el arcoíris puede venir después de la tormenta, pero no quiero vivir a expensas de ese arcoíris, esperándolo, ni quiero vivir pensando que la tormenta vendrá eventualmente. **SOY ENEMIGO DE ESA IDEA**, esa idea que dice que la felicidad se aprecia solo si se ha experimentado la tristeza; esa idea que asegura que el bien solo existe como opuesto al mal.

Soy enemigo de un final feliz y de un final trágico.

Soy enemigo de un final que sugiere un próximo capítulo con una redención en él, y de un final que, al haberse establecido que el mal, la muerte, la depresión, el caos, la destrucción y el miedo están próximos tras la paz y la felicidad, tiene a estos dos últimos como eso, un final.

Estos "finales" implican una eternidad y un estado temporal al mismo tiempo. Son un conflicto perpetuo en los que no encuentro tranquilidad. No tienen estabilidad. Implican una vida eterna de dinámica, que irónicamente, se paró burlonamente en los hombros de la estabilidad.

Un aberrante juego de moral que tiene a la inseguridad como combustible, explotando una y otra vez., justificando su temor con el tono más burlón y rebuscado, huyendo de la seguridad cada vez que esta se asoma en el alma, sin forzar nada, claro, pero aflojando todo el ser.

Hablo de ustedes, sí, de ustedes. Criticando y dándole tratamiento a problemas ajenos e ignorando sus propios problemas, evadiendo retos personales, tratando a la irreverencia como un vagabundo leproso, unos con lástima y otros con asco, y al mismo tiempo, **envidiando esa irreverencia,** deseando algún día ser irreverente, feliz, con una sonrisa en el rostro, gozando de las mieles del trabajo de la irreverencia ajena, para luego, tratarla de forma despectiva.

Así es, estoy hablando de ti, **sí, ¡de ti!** ¡DE TI! Cada que buscas una excusa para pelear con otros en lugar de pelear contigo mismo, cada que vas tratando a la irreverencia como un objeto sexual más de placer momentáneo de una sola noche, fingiendo no conocerla a la mañana siguiente, sin actuar con el alma, evadiendo conflicto, pero lanzando una piedra desde atrás, como una criatura débil, carente, sucia, infantil. Evadiendo el conflicto… y añorándolo. Un esclavo. Un esclavo del tiempo, del miedo, de la muerte y de Dios.

Pero hay esclavos que se emancipan. Hay en quienes el conflicto se convierte en una costumbre, y ven el conflicto en todo. Hay quienes le asignan un enemigo a todo y no sueltan su bandera de sangre. Son protagonistas de su guerra, su propia guerra.

Hay quienes ya no distinguen entre lo que era un conflicto y lo que no lo era; ahora, todo lo es, y entra en duda así, si en realidad, hay conflicto alguno. Cuando todo es un conflicto, nada lo es. Y este "todo o nada" es parte esencial de esta adicción al conflicto. En esta adicción se toman solo aliados y enemigos, porque eso es lo que la guerra implica. Está prohibido ser neutral, porque eso implica debilidad, y una relación neutral con alguien es inútil. Irónicamente, en esta adicción, un enemigo es más útil que una relación neutral. Y digo irónico, porque asumiendo que no todo sea un conflicto, un enemigo es un obstáculo, esperando sabotearte, destruirte, matarte, alimentarse de tu fracaso, conspirando en tu contra, ansiando tu desesperación y tu descenso, pero dentro de esta adicción, esto nunca será evidente.

Y dentro de esta adicción al conflicto, los enemigos y aliados no son solo personas, sino también conceptos... sobre todo conceptos. El tiempo, la muerte, el miedo, lo irracional, la espiritualidad, el prójimo, el sexo, la familia, el destino, la debilidad, la inseguridad, la mediocridad, la soledad, la comodidad, la carencia, la razón, el destino y... y... Dios.

Todos estos han sido mis enemigos.

A veces, con la misma magia y temporalidad, aparecen igual que una estrella fugaz, la paz y esperanza de que, en algún momento, tendré de nuevo a mi imaginación funcionando a mi favor y no en mi contra, que como ahora mismo, por tantos días y noches, me somete entre sudor y lágrimas.

Capítulo 17 – Los dos desesperados reyes

Merodeando por estos yermos desolados, descubriendo de vez en cuando, una que otra casa abandonada, adornada por osamentas en su interior, vi mi reflejo. En el agua, en espejos, en metal y en vidrio, vi mi reflejo.

En el reflejo no estoy solamente yo… está… algo más. Vivo, independiente. Entre más lo observo, más siento que mi cordura se pierde, más me aterro y me lleno de escalofríos.

Al mirar el reflejo, este se acerca. Clava su vista en mis ojos, sin parpadear ni apartar la mirada. No tiembla. Una vez que me tiene atrapado en ese afilado rostro, en ese iris rojo, se mueve repentinamente, grita o hace alguna mueca, y me espanta. Cada que pasa esto, siento a mi corazón saltar y, por una fracción de segundo, pienso que ese será mi último respiro.

Lo que veo es mi rostro, pero… hay algo diabólico, infernal dentro de él.

A veces, cuando salgo del rango del reflejo, este estira la mano hacia atrás para recordarme que se ha independizado de mí, o asoma su cara, haciendo una mueca inquietante, solo para regresar conmigo.

Llegó un momento en el que mi reflejo ya me estaba esperando en la superficie donde pudiera aparecerse (agua, vidrio, espejo o metal). Hace un gesto con la mano y reproduce una sonrisa discreta. Da saltos, como si se anticipara para una pelea. Peina su cabello.

Viví aterrado, como un cobarde, ante mi propio reflejo. Hay un ser demoniaco similar en apariencia a mí, acechándome. No conforme con esto, la voz del espectro de la torre sigue acechándome, al punto de hacerme confundir su voz con la de mi cabeza. Es el hecho de que no parece haber distinción entre ellas, lo que lo hace un martirio total.

Creo entender ahora.

Decidí llamar al reflejo, el Señor de la Guerra. Redundante, sí, pero ahora que no hay prójimo con quien conversar, veo prudente esta pequeña transición de identidad.

Ahí estaba él, sonriéndome desde un espejo que no estoy viendo desde su campo de reflexión. Su semblante es diabólico, a pesar de que su apariencia es literalmente una réplica de la mía. Algo alienígena, oscuro, yace detrás de esa mirada.

Me armé de valor, temblando, nervioso, y me dirigí hacia el reflejo. Le hablé de frente. Le pregunté:

- ¿Qué está pasando? ¿por qué todos están muertos? ¿qué sucedió en la Torre del Hombre?

Este clon desquiciado solo continuó sonriendo, y gritó sacando la lengua, riendo como un idiota, como un verdadero ser humano que ha perdido la cordura.

Daba miedo. Recargó su rostro y lengua contra el espejo, manteniendo contacto visual por unos momentos, y por otros, cerrando los ojos. Se deslizaba de arriba hacia abajo y viceversa, reproduciendo gemidos vulgares, colocando la palma de sus manos contra el cristal. Luego reía, reía con gran volumen, y después, golpeó varias veces el espejo, trastornando completamente su gesto a uno de rabia abominable, aterradora.

Por un momento, me incomodé y aparté del reflejo, pero regresé y lo miré a los ojos.

Y así, con un doloroso esfuerzo de buscar la paz, observé con detenimiento a este individuo.

Sí, era yo. Misma altura, misma nariz, mismos ojos, mismas cejas, mismos labios, misma mirada, mismo cabello, mismas pestañas, misma complexión… ahora, era él el que se notaba incómodo. De momentos, apartaba la mirada, dirigía el rostro hacia otra dirección o se encorvaba, ocultando la totalidad de su físico.

No pude creer lo bello que era este hombre. Me decepcionó su forma de actuar, tan agresiva y burlona, sí, pero en estos instantes de tranquilidad, pude ver cada detalle de su apariencia. Ese soy yo. La harmonía entre su nariz, sus ojos y el resto del rostro, me cautivó, y no pude evitar, o mejor dicho, **quise,** sentir compasión por él. Entre más serenidad sentí, más quieto permaneció el hombre, colocando sus manos en las bolsas de su gabardina, alzando ligeramente el rostro, mirándome a mí a los ojos, como si estuviera reflexionando.

- Tenemos que…

Dijo con calma y siguió:

- Tenemos que… seguir.

Me sorprendió de una manera indescriptible escuchar la belleza de su voz. Si bien desconozco si estoy hablando con un ser humano, en esa voz había… humanidad. Respondí:

- Sí, tenemos que seguir.

- No temas por mí de este lado. No pienses en mi muerte ni en mi vida, por favor.

Acto seguido, colocó una de sus manos contra el espejo, y asintió con la cabeza, manteniendo su mirada sobre la mía. Agregó:

- Ya sabes las respuestas… siempre las has sabido.

Una luz de certeza me invade, dándole la razón al Señor de la Guerra, quien en realidad, solo me dio la razón a mí.

Me dirigí hacia la Torre del Hombre, que desde lejos, se erigía sobre un hermoso pasto verde, entre flores, debajo de un cielo azul y pequeños pájaros coloridos cantando, no como si festejaran en ruido, sino como si simplemente gozaran de su vida.

Miré al horizonte, como si esperara ver a mi reflejo en el mar que yace más allá de mi propia vista, para reafirmar mi seguridad. Orgulloso, más o menos consciente del horror que habita en esa torre, no retrocedí; suspiré y seguí caminando. Conteniendo el mar tormentoso de emociones que acecha en mi cabeza, avancé… y entre más me acerqué a la torre, más se distorsionó la belleza que la adorna. El cielo se tornó rojo, el viento empezó a azotar con fuerza y los demonios se asomaron desde su escondite, exponiendo más y más su presencia conforme a mi avance.

- Las respuestas están aquí.

Me dije a mí mismo.

Más me acerqué a la entrada y *las voces* empezaron a sonar. Voces que, prestándoles atención, eran versiones diferentes a la mía en volumen, gravedad, velocidad y tono. Habiendo vivido esto ya una vez, seguí avanzando con determinación.

Debo dejar claro, que el dolor que trae este lugar no solo es aterrador, sino que se intensifica entre más me acerco al espectro con forma de mujer que reposa adentro, pues la intensidad de las voces (en términos de volumen, velocidad y contenido) se intensifica conforme a la prontitud que se tiene con dicho espectro. Las palabras empiezan a ser más agresivas. Las palabras empiezan a sentirse… mías.

El espectro habla por mí. O eso parece… ¿será eso? La confusión ataca, pero mantengo con disciplina el temple.

Al arribar al sótano, noto instantáneamente que este ha cambiado. Ahora es una cueva de niebla y humedad.

- Has venido a perder. Como siempre.

Dijo la voz, rebotando entre las paredes sin mostrar su origen.

- He venido a entender.

Contesté. La inseguridad volvió a invadirme, como si hubiese cometido un error de manera inconsciente, pero que con el simple sentir de la humedad y el frío en mi piel, ahora intensificado, se nota claro.

El espectro no tardó en responder.

- Has venido a vivir por siempre.

Inmediatamente, entre la niebla, que adornaba de blanco toda la habitación, se reveló un espectáculo impresionante de luces multidimensionales, que daba la apariencia de que el sótano entero se había descompuesto y transformado en una bizarra animación de computadora, extremadamente detallada, en cada uno de sus ángulos. Sentí que estaba

flotando. Perdí mi mirada en lo profundo y complejo de este espectáculo. La imagen emulaba un cielo naranja del atardecer, elevando el enfoque por las nubes, luego descendiendo, luego apuntando hacia el espacio. Sentí el viento soplando, sentí la humedad cuando recorríamos las nubes. Todo sentí de esa emulación, excepto la intensidad de la luz en mis ojos. Mis ojos permanecían inmutados ante el sol que, ya sea se asomaba desde atrás o la periferia, o se encontraba delante de mí. No sentí calor, tampoco. Y luego, no sentí la humedad… y al final, tampoco sentí el viento.

Tras esto, la imagen se distorsionó a una penumbra, en la cual se divisaban con dificultad, siluetas de personas. Unas parecían niños, otras, adultos, pero todas, moviéndose lenta, aunque erráticamente.

- ¡Basta de juegos, demonio!

Dije con fuerza. Me concentré en encontrar las respuestas que tanto estoy buscando, para al fin, descansar.

- Estás dentro de una historia. La historia más brillante que ha existido. La historia que proviene de la imaginación más disparatada que ha habido, ¡la obra maestra! ¡no oses retar ni levantar la voz contra esta obra de arte!

  Tu miedo más grande… ¡tu miedo más grande se está cumpliendo! **EL DESTINO.**

  ERES UNA SIMULACIÓN DE LA VOUNTAD DE ALGUIEN. AHÍ RADICA LA FALTA DE RESPUESTAS, LA FALTA DE SENTIDO, la falta de congruencia y orden en este enorme sueño. SOMOS ESCLAVOS DE UNA VOLUNTAD MAYOR. Una voluntad destruida, desorientada, sin claridad.

  El sueño de un niño cuyo mayor obstáculo en la vida es su propia mente.

  Un sueño sin fin, un sueño sin muerte ni vida, atrapado en el limbo de la incertidumbre y el miedo. Si el sueño muere, nosotros dejamos de existir… todos, TODOS NOSOTROS, TODOS LOS MUERTOS QUE AHORA BAILAMOS Y CANTAMOS EN EL INFIERNO de la eternidad, **todos los que hemos hecho de la mente de este ser nuestro precioso nido, COMIENDO, ATRAGANTÁNDONOS DE ESTE DELICIOSO MIEDO.**

Terminadas estas palabras, de arriba, entre la oscuridad, descendió una figura horripilante brillando azul pálido, simulando a la vez el cuerpo de un verdadero humano. Era una mujer, ahora muy diferente a Murmu, con heridas y arrugas en su piel, con los ojos bien abiertos, como si intentara desentrañar mi alma, acercándose más y más a mi rostro. Tenía varias, no solo cuatro, extremidades largas, **muy largas** y esbeltas, todas moviéndose ominosamente,

como si **algo que no es el sistema nervioso de un humano o animal** las controlara. Se movía como un insecto o un arácnido, fluyendo en el aire y luego en el suelo.

Entre el abrumador sentimiento de inquietud y nervios que me inundó, bañando completamente de escalofríos a mi cuerpo, contesté, viéndola a los ojos:

- ¿Un niño? ¡¿UN NIÑO? ¿esta pesadilla tortuosa sin orden es la obra de un niño?!

- ¿De quién más?

Dijo con un tono más o menos humorístico, tomando mi cara con sus heladas, largas y esqueléticas manos pálidas. Volvió a intervenir:

- Si tan solo supieras el tiempo que te falta por cumplir aquí, Señor de la Guerra… ya habrías intentado acabar con tu existencia **una vez más, atrasando así, más y más el tiempo, aplazándolo y EXTENDIENDO su capacidad.**

- ¡Basta de acertijos, carajo!

- Bien. Sufrirás aquí por toda la eternidad. ARDIENDO DE CALOR, encerrado dentro de tu propia mente, esperando por siempre recuperar la esperanza y siendo esta arrebatada esta, cada vez peor, cada vez con mayor fuerza hasta que experimentes la mayor humillación **QUE UN SER VIVIENTE PUEDE EXPERIMENTAR.**

La aparición infernal empezó a mostrarme una imagen de mí mismo cuando era niño y de mi familia, ahí estaba yo… tan pequeño, tan inocente, tan vulnerable, con una sonrisa modesta, volteando a mi alrededor con asombro. Inmediatamente, me puse de rodillas y empecé a llorar. Unas siluetas oscuras rodearon al niño y él las vio, aun sonriendo modestamente, mientras sostenía un juguete con ambas manos. Sus ojos mostraban duda a la vez.

Intervine horrorizado, intentando desesperadamente interrumpir la imagen:

- ¡NO NO NO, ESTO NO!

Esta manifestación del más allá ignoró por completo mis suplicas y el hecho de que cerré los ojos. La escena continuó.

El gesto del niño se descompuso, y empezó a llorar, como yo, pero con mayor intensidad. Su expresión no solo era real, sino que era fuerte, como si buscara **respuestas** o una salida, mirando a su alrededor, mientras intentaba cubrir su cara con el juguete que tenía en las manos. Voces masculinas, evidentemente molestas, enfurecidas, a veces sarcásticas y a veces muy serias, se dirigían a él. Lo que decían las voces era tan… absurdo desde mi percepción

de adulto en su contenido, pero mi frustración no solo vino de las palabras sino del hecho que el niño fuera derrotado por ellas. Llorando, se le notaba confundido, literalmente mostrando una expresión de "¿por qué?" en el rostro, mostrando una búsqueda súbita y furiosa de razón entre todo el escándalo aberrante.

Luego, entendí. Sentí, en ese momento, como niño y como adulto, que **se estaban burlando de mi dolor,** que mi dolor era ficticio, que es solo una fachada, un vestigio de debilidad e inferioridad; que mi dolor era un espectáculo que no entretenía absolutamente a nadie, que simplemente era criticado, señalado y juzgado por no ser convincente, ni real, ni "suficiente". La burla hacia mi dolor no se presentó en forma de risas, sino en forma de crítica. Una crítica sin pensarse ni con algo constructivo dentro de ella, sino más bien, un desagüe de todas las palabras negativas que pudieran ocurrirse en el momento.

Mi dolor no era real…

Pero sí era… sí era real.

Sentí en ese momento, que se me estaba tratando como a una bomba: subestimando mi dolor solo para alimentarlo lo suficiente y así, en algún momento, explotar en el punto de quiebre definitivo, con una justificación lo suficientemente engañosa como para "parecer" real todo ese dolor, un dolor que no parezca un berrinche ni un ataque irracional de ira, sino una verdadera **justificación** de guerra. Justificar el dolor, en lugar de solo expresarlo…

No… no, no, no… estoy provocando un daño terrible, estoy alimentando una oscuridad horripilante al mundo… debo encontrar a ese niño y decirle que su dolor es real. Debo al menos ser empático con su dolor

- ¡Llévame con él, fantasma!

Y entonces, entre mareos y giros bruscos en mi propia consciencia, regresé a revivir el pasado. Lo recordé con otra consciencia, no con esta consciencia agitada, desesperada y perturbada que ahora poseo.

Capítulo 18 – Los pasillos del emperador

"Deja de pensar en su dolor, hombre, y piensa en el tuyo".

No recuerdo que alguien más me haya dicho esas palabras, creo que fui yo mismo. Otros me han sugerido algo similar, pero esa afirmación, ese consejo… fui yo.

De niño, yo era **exorcista.** Trataba con los demonios dentro de mi casa.

Era muy pequeño, muy "niño" para ser exorcista, pero de eso me encargaba. Era algo de lo que yo disfrutaba, mayormente.

Sí, era doloroso, terrorífico, y me traía pesadillas de noche y de día el lidiar con criaturas tan viles y asquerosas; escucharlas, ser atacado por ellas y verlas atacar a mi gente era una tortura.

Pero no fue hasta que me reconocí a mí mismo como "exorcista", que sentí identidad en mi joven vida, en mi muy joven mente.

Me gustaría relatar una historia alegre, llena de risas, humor y hazañas divertidas, pero no siempre hubo de esas. Lloré, sufrí, tropecé, me confundí y me perdí de donde estaba parado.

Así es, yo era el exorcista de mi familia. Vivíamos en una mansión, alejados del resto del mundo, pero no demasiado como para visitar una montaña, el mar, o que alguien nos visitara a nosotros.

Los pasillos son la parte de la casa que más recuerdo. No hacían ruido. Ni siquiera el ruido de los pies tocando la alfombra era inteligible. Eran largos y oscuros. Demasiado largos. Tanto así, que en cierto punto, la luz que emanaba detrás de ti, se extinguía en una penumbra profunda.

Recuerdo que era ahí, en los pasillos, donde peores eran mis batallas contra los demonios. Suficientemente solo me sentía cada vez que los enfrentaba, para que en dichas partes de mi casa, el duelo fuera tan horrible. Siempre temí, pero siempre, a pesar de eso, enfrenté a los demonios. Y siempre hubo miedo.

Fue en esa mansión donde aprendí la importancia de vivir el momento. No en el pasado, ni en el futuro, sino en el ahora. Fue en esos pasillos, en esas habitaciones, en esas salas, donde viví el momento y donde aprendí sobre lo que es mi identidad por primera vez en la vida.

Supe lo que es sentir mi sangre paralizarse. Crecí creyendo que estaba equivocado, que tenía que ser como los demás, pero ahora que me recuerdo a mí mismo, siendo feliz, no doblegándome ante la angustia, usando mi imaginación a mi favor, buscando entretenimiento y paz, siendo yo mismo, viviendo la vida, recuerdo quién soy.

Un niño jugando con fantasmas y a cazar demonios, paseándose y saltando en pasillos y jardines oscuros, de noche.

Esa es la importancia de amar al ocaso, al atardecer: anuncia a la hermosa noche, tanto como un día bello. Un beso entre el sol y la luna; un beso y millones de abrazos dorados, radiantes. ¿Cómo es que no lo aprecié por tanto tiempo? Eso ya no me preocupa, pues ya estoy aquí, admirando el ocaso, abrazando la noche y presagiando días bonitos.

Reencontrado con la magia, el anochecer, la oscuridad, los cantos bajo la luna, la muerte, el descanso eterno, las tumbas, las brujas, el frío, altos y frondosos árboles y cómo la noche pinta a la naturaleza de azul, mientras persisten el fuego y la luz que los humanos usan para acogerse. Eso soy yo. Todo eso y más. **Y eso lo aprendí con rumbo de la vida, del momento y del amor.**

La palabra amor ha sido atacada brutalmente, ridiculizada incluso.

Se le asocia erróneamente con debilidad, con sumisión. Quizás es la palabra “amor” la que ha sido atacada, y el objeto, el ente al que refiere la misma palabra, permanece intacto, pues esa es su naturaleza, su esencia. Tal vez se industrializó tanto a la palabra, que los que entendemos al amor (ya sea en esencia o con el término común “amor” adherido) resentimos con miedo y dolor sus tropiezos como producto.

He estado viviendo el infierno por mucho tiempo: temiendo al futuro, ya sean el futuro de un par de segundos y microsegundos después del presente, o al de meses, años, décadas, siglos y milenios por venir. Es que he estado tan rodeado de depredadores humanos, que empecé a anticiparme a sus ataques. ¿Qué puedo decir? Neurobiología humana. Ansiedad, para ser preciso.

Demonios danzando por ahí, sonriendo y riendo solos, ¿con mil cosas en la mente, o con nada en ella? Sabría esto sobre mi propia mente si fuera un demonio. O quizás soy un demonio y por eso sé que hay en la mente de uno. O quizás la única mente que conoceré por toda mi existencia, será la mía, únicamente, la mía. Y es que esta mente está tan acostumbrada a sentir demonios cerca y verlos a los ojos, escucharlos escupir su veneno e intimidar al prójimo, que la esencia diabólica misma no me deja descansar, pues mis sentidos la perciben cada vez desde más lejos o incluso si poseen menos intensidad.

Quizás me he convertido en un policía que reprime antes del delito, un castigador de sospechosos y no de culpables. Un monstruo, ¡oh dios, soy un monstruo! Anticipado al dolor, a la tragedia, a la sangre, a las lágrimas, al apuñalamiento, a la agonía, al corte, al desollamiento, a la decapitación, a la penetración sin mutuo consentimiento, al tropiezo, a la muerte, a la tortura, al encierro, al juicio, a la violación, a la vergüenza, a la humillación... a todo esto me precipito. ¡Estoy loco! Este exorcista debe descansar y dejar de lidiar con la culpa y responsabilidad de cargar con el mundo.

¿Quién le hubiera dicho a ese niño que fui en aquel entonces, que pelar con los demonios era solo para disfrutarse y no para convertirse en un zombie ensangrentado, nervioso y lleno de culpa? Nadie se lo dijo. Nadie. Solo yo, hoy en día, como el joven que dicen que soy. Eso dicen que soy, un "joven". Aunque a veces sigo viendo a un niño, no me quejo de la belleza tan inmensa que encuentro en la idea de ser un "joven". Sí, no soy un viejo, soy un chico. Un hermoso, lleno de vida, "joven" hombre.

Y bien, déjenme relatarles el episodio de mi infancia en los largos pasillos de madera, cubiertos en parte por alfombras decoradas y en parte desnudos.

La música que los adornaba era el silencio. Un precioso silencio que no he vuelto a escuchar en mi vida. Ni un zumbido en mi cabeza, solo el ruido de mis latidos, un placentero suspiro y respiros acelerándose ante la adrenalina y el erotismo de la oscuridad, a punto de ser mordido por un demonio, seducido por un súcubo o devorado a mis espaldas por un ente de indescriptible horripilación.

Avancé lentamente. El ruido de mis pies sobre la alfombra era apenas distinguible. Solo el miedo en mi cabeza reproduce melodías. No, no pensé sobre si lo que estaba haciendo era lo "correcto", o "bueno", o sano. Solo me sumergí, sólo, en la oscuridad de lo impensable para la inocencia... pero siendo tan, tan joven, tan solo un niño, no cuestioné la ética de mis acciones individuales, pues no hay moral con la cual compararse, o mejor dicho, la moral con la que yo me pude haber comparado en esos días y noches, me parecía absurda.

Mi familia alimentaba a estos demonios y mi escape era desvanecerlos. Tan perplejos estaban mis familiares, que no tomaban en serio mi trabajo, y si es que lo hacían, trataban con arrogancia y soberbia mi resolución para con el exorcismo. Esa labor no fue una en equipo, aunque bien, a veces compartían mi sensibilidad por lo oculto.

Como decía, di lentos y algo dudosos pasos hacia lo profundo del pasillo, escuchando únicamente los latidos de mi corazón y mi propio respirar el cual, reafirmo, traían una satisfacción emocionante en ellos, como esa emoción que trae **el tomar la mano de tu amante, correr hacia lo oculto y acariciarse,** mirarse a los ojos y darse tiernos, pacientes besos.

Sí, una emoción de lo oculto, de lo "en secreto", de lo "incorrecto", de lo atrevido. Ese tipo de emoción, que espero que conozcas ya sea ahora o en el futuro.

¿Podía morir? Tal vez, pero no pensaba en ello. ¿Podía ser lastimado? Para mi fortuna y bendición eternas, tampoco pensé en eso. La existencia del dolor y de la muerte me era sabida, relevante, pero no me paralizaba ni afligía en dicho momento. El gozo y la paz llevaban la victoria.

Entonces, dejo de avanzar. Escalofríos emocionantes recorren mi cuerpo, de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo. Silencio absoluto. Extendí mi mano y cerré los ojos. En un

instante, pude sentir calor cerca de mi cara y una brisa soplando como si de aliento se tratara, sin olor alguno, así como si se estuviera respirando sobre mi rostro.

Sí, ahí estaba. Era algo, ¿quién o qué? Eso no era de tanta relevancia, lo importante es que estaba en frente de mí. ¿Flotando sobre la alfombra? ¿Pisándola? ¿Colgando del techo?

Confiaba tanto en mis poderes, que no vi la urgencia en abrir los ojos, pues quizás hacerlo pudo ser decepcionante. No, permanecieron cerrados, imaginando a tal criatura vil, oculta, mirarme con sus ojos, olerme e imaginar mi sabor.

- ¿Me conoces?

Pregunté en voz baja. Unos cinco segundos después, una voz que se oyó extremadamente cerca de mí, respondió:

- Sí.

Y se escuchó como si acomodara su postura, al percibirse el sonido de piel deslizándose justo otra superficie sólida. Continué:

- ¿Quieres matarme?

- ... no.

- ¿De dónde saliste?

- Del dolor.

- ¿El dolor de quién?

- Del dolor que vendrá.

- ¿... y a quién lastimarás?

- Serás tú el que tenga la sangre en sus manos.

- Pero yo no... pienso lastimar a nadie.

- Ya es demasiado tarde. Escucha los gritos. Escúchalos... sí... **los escucharás toda tu vida.**

Abrí los ojos... no había nada en frente de mí que no hubiera antes de cerrarlos. Crucé los pasillos necesarios y bajé las respectivas escaleras hacia el comedor, en donde tomé algo de leche con chocolate y cené un plato de... no me acuerdo.

Iluminado mi entorno solo por velas, no me quedé absorto dentro de mis pensamientos ni temí a la profunda oscuridad que me rodeaba en ese enorme comedor. Solo disfruté de mi cena. Pescado, creo que era.

Tras esto, subí a mi habitación, donde contemplé una llovizna preciosa caer sobre el jardín. Nada de rayos o granizo. La vida sigue siendo bella. Leo y observo con intriga un bellísimo grimorio, con ilustraciones y descripciones de brujos, deidades, fantasmas, animales y otras criaturas, para después, dormir ante la melodía de las gotas que bañan al tejado de la mansión, al pasto, a los árboles, a los arbustos, al mármol de las estatuas y a las rocas que adornan los alrededores de mi hermosa, oscura morada.

Capítulo 19 – Las voces

Poco recuerdo sobre mi infancia, mas que esa oscura, grande casa con pisos de madera y la sensación de demonios acechando cada pasillo, cada habitación y cada paso que yo daba.

Mi familia aparecía con frecuencia. Entraban y salían. Cuando ellos permanecían, solo... estaban ahí, existiendo y ya. A veces hablando.

Yo jugaba con los fantasmas y, ya con cierto nivel de seguridad e irreverencia, con los demonios incluso. No puse mis capacidades en duda.

No vi si la luz del sol ni el cielo durante el día, mas que por instantes a través de las ventanas, interrumpiendo esta vista al cerrarse las cortinas.

No sé por qué estaba tan solo en esa oscura casa. Quizás a los demás les espantaban los demonios y la penumbra, pero yo no entiendo como eso era razón para dejarme desvanecer a mí solo a los demonios.

Mamá me besaba la nariz y corría de nuevo hacia las sombras de los pasillos.

Papá... se veía diferente en cada ocasión que nos volvíamos a ver. Lo escuché hablar una vez sobre el imperio que yace en el horizonte, más allá de las paredes de este hogar. Me afirmó con seguridad que ese imperio podía ser dominado por mi mente y mi mano. Él dijo:

- Hay castillos enormes, preciosos, hechos de piedra, reforzados con metal, alzándose con picos oscuros, tocando el cielo. Hay miles, sino es que millones de bosques. Árboles, hijo. Lagos gigantescos de color azul y verde, que besan el pasto de cada bosque y selva que existen. Está el mar, que nos lleva semanas cruzar, pero nos conecta con otras tierras en las que hay colores y olores que no encuentras aquí. Hay niñas bonitas, pero cuidado con ellas, hijo.

Y mamá me enseñaba dibujos y cuentos sobre todas estas cosas que papá afirmaba conocer. Me sentaba en sus piernas y ella, con una sonrisa incorruptible, relataba con emoción pura estas historias.

Cuando me refiero a la oscuridad de esa casa, no hablo de ella con desdén ni desprecio alguno. A esa soledad y a esa oscuridad las amaba. Tanto descanso, tanto rojo y tanto negro; era un paraíso.

Yo vestía con una capa azul y unas botas cafés. El resto del atuendo variaba. Así, rondaba por la casa y su jardín, a veces corriendo, a veces dando saltitos, a veces de puntitas para no hacer ruido, a veces con misterio y asombro, y a veces, con una sonrisa en la cara, ruborizado, acariciando la madera, el pasto y las flores.

Era un niño hermoso. Mi cabello castaño bailaba encima de mis pobladas cejas y mis pequeños ojos. Mi nariz se sentía extremadamente suave. Caminaba dando brincos, descalzo sobre el pasto y los charcos, así como sobre la madera y las camas. Tenía la casa vacía para mí la mayor parte del tiempo.

Solo yo y un montón de sombras con el pelaje erizado bailando de vez en cuando en las paredes, pero la mayoría del tiempo, solo yo, sentado en la alfombra o en el jardín, asombrado con dibujos u observando las alas y los caparazones de los artrópodos, que a veces me mordían, a veces me pellizcaban con sus pinzas, y a veces se escapaban de mis manos dando un salto con fuerza. Animales fascinantes, sin duda. A pesar de que los groseros les temen y les tratan con asco, ellos viven y vuelan, y crecen hasta ser enormes. **No les da miedo tener veneno, pinzas o colmillos;** tienen muchas patas, muchos ojos, o corazas.

Los ciempiés, por ejemplo, liberan un gas venenoso; los escorpiones, en su caso, inyectan su toxina con un precioso aguijón; los escarabajos son extremadamente fuertes y llevan un cuerno; los cangrejos son... simplemente geniales con tan solo verlos un par de segundos. ¡¿Qué tan fascinante es todo esto?! Demasiado.

Yo fantaseo con vivir en un mundo como el de ellos: **un mundo más grande**, lleno de misterio, plantas, reinos enteros encima y dentro de los árboles; castillos enormes entre las grietas y nadar en charcos como si estos fueran lagos u océanos, para así llegar a otro reino encima de una rama.

Yo escribía en cuadernos de hojas color blanco mis hechizos y sus efectos, así como el origen de sus nombres; dibujaba sobre ellos y sobre la mitología entera detrás de la magia. Asimismo, dibujaba sobre mis batallas contra cada demonio, y posteriormente, sobre las batallas de otros guerreros y guerreras, brujas y magos, cazadores y exorcistas, robots y alienígenas.

Era en ciertas noches, cuando no recitaba historias de terror, ni tocaba el piano, ni olía inciensos entre velas encendidas, leyendo libros, observando ilustraciones o dibujando mapas, que hacía mi labor de exorcista. Desterrando demonios en la oscuridad y verlos moverse como sombras en medio del vacío, helando mi cuerpo, densificando el aire, robando el sonido y el silencio cómodo que yo tanto disfrutaba.

Durante dichos encuentros, mi cuerpo temblaba por momentos de manera errática y se escuchaban voces y gritos ahogados en otras habitaciones, en otros pasillos, desde la cocina y desde la sala; las sillas moviéndose abruptamente, las puertas azotándose y pisadas sobre el piso de madera, como si alguien corriera sobre ellos, también se oían.

Tan fuerte y repetido era el sonido, que me imaginaba a las sillas y a las criaturas moviéndose en frente de mí, corriendo sin discreción alguna, retrocediendo y avanzando con demencia.

Fue en esos momentos que los demonios ya eran visibles.

Unos tenían patas de cabra, torso de humano y la cabeza de un híbrido entre un búfalo, una cabra y un simio. Otros tenían lengua de reptil y un cuerpo ancho, espantoso, cubiertos de pelaje oscuro, negro como el carbón, erizado, tan erizado que sus cuerpos parecían más grandes a cada segundo; ojos de búho, cuerpos de hombre retorciéndose entre lágrimas y defecando; ojos ensangrentados, decenas de cuernos, colmillos largos y puntiagudos; mujeres desnudas sin pezones ni vagina, pálidas como la nieve, empapadas, con los ojos hinchados, mirando desde las ventanas o la esquina de la habitación; hombres llorando, escupiendo sangre, vomitando de dolor, encadenados a la pared con sus costillas descubiertas y otros demonios recortando sus genitales con tijeras... pero los peores de todos, tomaban la apariencia de mi familia, en una versión descompuesta: llenos de moretones en todo el cuerpo, con la poca ropa que vestían desgarrada y sucia, sangrando, rebotando entre gestos de ira, gestos de completa tristeza y gestos de agonía indescriptible, con el cuero cabelludo expuesto en ciertas partes como si se les hubiera arrancado el cabello con las manos, lamiendo sus propias fosas nasales, enojados, golpeándose o apuñalándose a sí mismos, estallando en llanto, delgados hasta los huesos, con la cabeza abollada, los labios morados, humillados, esforzándose dolorosamente por caminar.

Horribles imágenes, pero por alguna razón, yo tenía que enfrentar a estos demonios, por horrendos que fueran sus aspectos, por sofocante que fuera el aire en su presencia y por doloroso para mi joven mente que fuera escuchar cada uno de sus ruidos.

A veces sentía mi cama vibrar; a veces veía su cabello y sus rostros asomarse en los rincones de mi vista; a veces los veía observándome en cada reflejo; a veces se veía su asqueroso cuerpo acecharme engañosamente en frente de la cama, desde adentro del ropero, sobre los estantes, atrás de las ventanas, encima de las mesas, en el suelo o a lado de las puertas.

Hasta que me cansé de pelear con ellos.

La angustia, la perdición, el espiral en caída llegó, una noche que desperté violentamente ante los alaridos desgarradores, llenos de agonía y disgusto de papá y mamá. Escuché a sus cuerpos arrastrarse por la alfombra y sus llantos, por horas y horas. Los imaginé sangrando de sus cráneos, perdiendo la cordura y la consciencia poco a poco, muriendo lentamente hundidos en sus propias lágrimas.

Y por horas y horas, no encontré sus cuerpos, ni pude ayudarlos a sanar su agonía, puesto que no pude abrir la puerta de mi habitación.

Era tanto el ruido de cada golpe, sollozo, maldición, insulto y pisotón, que opacaba al sonido mismo de los fantasmas y los demonios, hasta llegar el punto en que el sonido de estos ya no era inteligible.

No me vestí con la capa y las botas. Estaba casi desnudo, empapado de sudor y lágrimas, con mis pies húmedos congelándose. Corriendo y llorando alrededor, me pregunté "¿por qué?"

tantas veces en mi mente, que me cansé de pensar y de llorar, hasta que me senté, recargando la espalda contra la pared, abrazándome a mí mismo buscando algo de calor y esperanza, mirando hacia arriba, con la garganta adolorida y los párpados hinchados, preguntándome "¿por qué", por toda la noche. La noche entera.

Capítulo 20 – El mal de Sol Aferfhe

Horas después, recobré la consciencia, empapado, a unos metros de la torre. Con resaca, temblando, en el frío, derrotado. El ente volvió a derrotarme.

Ahora tengo bien definido a mi miedo, sí… mi miedo es que exista una voluntad mayor a la mía. Una voluntad que, dentro del mismo flujo, dentro de la misma carrera, sea en sí, mayor a la mía, más poderosa y decisiva sobre mi propia voluntad.

Regresé al yunque. Seguí escuchando las voces de Ecos (nombre con el que denominé al espectro de la torre) hiriéndome, jugando con mis emociones.

Observé lo que reflejaba el yunque y vi al Señor de la Guerra. Su figura apenas era distinguible. Sus labios se movieron, y dijo:

- Mira un rato a la tierra de los muertos.

Él desapareció instantáneamente. Me senté y observé por horas enteras al yunque, hasta el anochecer. Agotado, aburrido y confundido, me recosté encima de él.

Miré el oscuro cielo y a las estrellas por minutos, hasta que en un momento, las estrellas empezaron a caer en forma de… cenizas o copos de nieve. No supe distinguir.

Ya no pude encontrar al verde de las plantas y los árboles, ni el café de los troncos, ni el azul del cielo y el horizonte. Todo era negro, gris y blanco, con algo de rojo apareciéndose como una luz mágica por aquí y allá repentinamente.

Rodeando al yunque, vi a un montón de mujeres ancianas, vestidas con túnicas desgastadas, alzando las manos hacia arriba una y otra vez, reproduciendo un canto en una lengua que no identifiqué. Unas lloraban, otras gritaban, pero todas parecían estar realizando el mismo… ritual.

La ceniza cae y ya ha adornado el suelo completamente de blanco, como si se tratara de nieve. Me levanté del yunque. El frío no me incomodó, sino que me trajo placer. Las ancianas me observaron, siguiendo con sus ojos cada uno de mis movimientos. Sus cantos se aceleraban en velocidad y volumen. Al notar mi reflejo en el yunque, vi que mis ojos irradian una luz roja, como las luces traseras de un auto pero con una potencia mágica. Mi reflejo me sigue completamente, sin la independencia que poseía en los últimos días.

Caminé hacia un lago. A la orilla del lago, hay unas casas de madera cuyas luces están encendidas. Me acerqué a una, y desde la ventana, se distingue una familia disponiéndose a cenar. Personas de varias edades, disfrutando, al parecer. No pude evitar llenarme de gusto al ver esta escena. Entre más los observo, puedo notar que no hay disgusto o desdén alguno en sus expresiones, movimientos y gestos. Parece raro, parece inhumano, y al mismo tiempo,

tan humano… algo que extraño. Extraño el tan solo ver que los demás disfrutan el momento, tanto como me extraño a mí mismo disfrutándolo.

Sonrío frente a la ventana, ignorando completamente mi propia apariencia, hecho que también extrañé por años.

Este es… el reino de los muertos. Lo que eran esqueletos pulverizándose en la sequía, azotados por el viento y la marcha implacable del tiempo, aquí son almas gozando, disfrutando.

Del mundo real, me he desconectado abruptamente sin explicación; en el mundo "vivo", no encuentro paz ni descanso, y en este mundo, uno que esperaba desconocido ante mi consciencia, he encontrado el gozo.

Entré a la casa. Las personas ignoran mi presencia. Me vi en el espejo de un baño, escuchando el bello gozar de los demás. En el espejo sí hay color. El naranja del azulejo, el color de mi piel ruborizada, el café de mi cabello, el rojo de mi iris, el café de la puerta del baño, y el rosa de mis labios al sonreír al haber hallado la paz.

Ahora quiero capturar este color y este sentir tan precioso por siempre… quiero tener todo esto en mi vida. **Quiero sintetizar a la vida y la muerte.**

El reflejo comenzó a hablar:

- Estas fueron las víctimas de Ecos. Todas estas personas sufrieron alguna vez la desesperación dentro de su propia mente, y cedieron. No cedieron en forma de tregua ni negociación, sino que sus cuerpos y voluntades humanas, se quebraron ante la presión que ese entre provoca. Murieron en agonía.

Parece que ahora hay sabiduría dentro del espejo. A pesar de esto, no evité el recordar el hecho de que, en parte, he sido responsable de todo esto. Todo este dolor, toda esta confusión, toda esta conmoción.

- Puedes resolver esto de una vez por todas, o puedes regresar a tu deseo egoísta de destruir el mundo.

Dije. Claro, el mundo a destruirse en cuestión, sería aquel que abandoné: el mundo de la consciencia relativo al mundo real, "destruyendo" así, de algún modo, al mundo real al arrebatar mi consciencia de él, en un apagón, una interrupción.

Ambas opciones eran válidas, pero mi conflicto no residió en tomar una de ellas, sino en mi prevaleciente deseo de conocer el porqué de todo este teatro, toda esta simulación que he estado experimentando.

La melancolía me invade, pero sin ser azotado por la ira y la desesperación, seguí mirando mis propios ojos en el reflejo. Reflexioné por unos segundos, manteniendo la calma, y abandoné el baño.

¿Cómo viviría las consecuencias de destruir el mundo que he abandonado, si ya ninguno de mis sentidos es capaz de conocer lo que sucede en dicho mundo?

El prójimo. Los miro a los ojos y sigo viendo miedo y mentiras. Los veo, les hablo y solo se detienen, filtrando sus palabras, sometiéndose a sí mismos. Sienten amor, pero lo contienen; tienen miedo a amar, como yo lo tuve.

Solo quiero descansar sin preocuparme sobre lo que haré, diré y pensaré mañana.

Y si he de ir al infierno, lloraré, pero ellos descansarán.

He exprimido cada gota de sangre que mi alma tiene que ofrecer, y esta sigue sangrando, y lo seguiré haciendo por toda la eternidad.

Le dirigí la palabra a una de las personas dentro de la casa, pero no notó mi presencia. De hecho nadie notó que yo estaba ahí a pesar de estar en frente de ellos o hacer ruido.

No obstante, me quedé por la noche, como si fuera uno de ellos, sentándome a veces en un sillón y otras veces en una silla, disfrutando de la chimenea, mirando detenidamente al fuego, escuchando tranquilamente las risas y conversaciones de cada persona, quienes se notaban emocionadas. Algunas intercambiaban miradas y discretos roces con su piel, llegando en ciertos momentos a compartir caricias no tan discretas.

Llegó un momento en el que decidí tomar una copa de vidrio, meterle dos hielos, y servirme algo de tequila. Los demás parecieron no haber notado esto. Disfruté de este tequila, gozando del calor de la chimenea, sentado, sin nada en mente, mas que el mismo gozo que tomó por completo a mi alma, con tanta paz, tanta tranquilidad y esperanza que creía haber olvidado para siempre dentro del infierno de mi propia mente.

La gente se notaba cansada ya. Al devolver la copa a la cocina, colocándola sobre el fregadero de metal, las personas enfocaron su atención, interrumpiendo casi todos sus acciones y diálogos, para concentrar sus miradas y oídos hacia el lugar en el que exactamente yo me encontraba.

- ¿Oyeron?

Dijo alguien. Miré cada uno de sus rostros. Había intriga.

- Alguien puso una copa en el fregadero.

- Fue uno de los niños.

- ¿Miguel?

- ¿Miranda? niños…

Al retirarme de la cocina, pasé justo delante de una pequeña ventana en medio de la puerta de dicha habitación. La gente pareció ver mi reflejo. Inmediatamente, todos se aterraron, saltando de sus asientos reproduciendo un suspiro. Empezaron a entonar palabras y frases de su fe. Retrocedían; se tomaban entre ellos de la mano o se sostenían de los hombros del otro. Miraban a su alrededor, en pánico, intentando reconfortarse.

- ¡Un demonio!

Gritó alguien.

- No, no, no no no.

- Tranquilos.

Como dije, intentaban reconfortarse y tomar la situación con la mayor calma posible.

Entendí la situación. Creo. O mejor dicho, interpreté lo que estaba sucediendo.

Abandoné la casa y vagué por noches enteras. Pero ya no hay días, solo noches. Una noche perpetua. Una estética placentera.

Comencé a acompañar a la gente en actividades variadas. Pescando, comiendo, corriendo, jugando, tejiendo, conversando, trabajando, descansando, disfrutando de una fogata, escribiendo, dibujando, tocando música… los acompañé sin revelar mi presencia.

Más y más iban siendo las veces en las que mi presencia sí se notó. Esto fue voluntario de mi parte. Levanté y moví objetos; me paré a lado de aquellos que miraban el agua para que en el reflejo me vieran a mí; pasé caminando detrás de personas que se miraban en el espejo.

Su miedo era evidente.

Pronto, empecé a oír a niños compartirse entre sí, el rumor de que, si uno observa al espejo durante veinte segundos, el diablo se aparecerá detrás de ellos en el reflejo. No complací su historia de terror… al menos no como ellos la creían. Me aparecí en los momentos que menos esperaban. Ya podía escuchar a la gente, al irrumpir en sus hogares, hablar sobre la aparición de un ente en los reflejos. Incluso visité a personas que, olvidé, ya había visitado antes.

Visité aquel pueblo en la montaña, aquel que aloja a la Iglesia del Hombre. Observé detenidamente a Marceu en sus aposentos… luce mucho más viejo y delgado. Cuando se

preparó para dormir, fue a aplicar una crema encima de su rostro, y ahí me aparecí, detrás de él, en el espejo. Miró hacia atrás, asustado, pero no me encontró. Pronto, visité a los demás habitantes del pueblo. Todos, aterrados, unos por minutos y otros por días enteros.

Fui a la ciudad de Xerxas. Me mostré con diversión en los charcos, en los espejos de bolsillo, en las ventanas... en prácticamente, cada superficie que tiene la capacidad de reflejar. La más interesante y, admito, divertida de todas, fue manifestarme en el reflejo de los anteojos y gafas de la gente. Su confusión era visible.

Pasaron semanas y más semanas. Oí a las personas preocuparse por la situación de las apariciones. Pasó de tomarse como un simple rumor infantil y un engaño por parte de la misma vista, a tomarse como un problema de atención psicológica y un asunto religioso. Aquí, las cosas se pusieron más interesantes.

Vi, en repetidas ocasiones, a una mujer usando un sombrero puntiagudo color negro. Las primeras veces parecía una persona más, ocupada en sus propios asuntos, pero su presencia empezó a ser más frecuente a donde yo fuera. Se notaba concentrada, y aparentaba mucha calma.

Una vez, la observé sentada en frente de una mesa, esperando un café, con cierto semblante de tranquilidad. Ella, de repente, fue girando su mirada hacia mi dirección, hasta que postró sus ojos exactamente donde están los míos, haciéndome incluso cuestionar si mi cuerpo era aún invisible. Se puso de pie lentamente, manteniendo su mirada sobre mí. En ese momento, me retiré a otro sitio.

Por horas, la seguí en todas sus actividades. Ella, de vez en cuando, apartaba su mirada de lo que sea que requiriera su concentración, y miraba con seriedad hacia donde yo me encontraba, para mantener sus ojos ahí por varios segundos, y regresarla de nuevo a donde estaba. Su miedo, su concentración, su intriga... eran perturbadoras. Era como si creyera que en serio hay algo ahí, invisible, a lado de ella.

Intenté tocar su cabello, pero este era etéreo. Su cabeza era etérea, así como su ropa y el resto de su cuerpo.

Montó un caballo, y decidí acompañarla, montando al mismo caballo.

Nos dirigimos, a través de cuevas, colinas, riberas y bosques, hacia un hermoso edificio rodeado por muros de piedra antiguos y árboles. El edificio tenía la apariencia de una abadía gótica, iluminada por dentro y por fuera por antorchas, velas y candelabros.

Con cuidado de no aparecerme mediante un solo reflejo, la seguí dentro de la abadía, escuchando con enorme intriga cada una de sus palabras, observando con fascinación cada uno de sus gestos y movimientos. No solo era una mujer bella... eso me parecía lo de menos

a comparación de lo otro: era una mujer fuerte, determinada, interesante e ingeniosa, con aparente autenticidad, pues contrastaba entre las demás personas.

Se dirigió, luciendo nerviosa, hacia una fascinante habitación muy alta, en forma de pentágono, hundida mayormente en oscuridad, pero iluminada en fracciones por enormes, preciosas velas artesanalmente detalladas. En el suelo, en medio de la habitación, hay un enorme círculo, adornado con unas piezas de metal pegadas al suelo que forman un complejo símbolo de líneas y esferas, y entre estos, tocando lo que hay debajo, cientos de fragmentos de diminutos trozos de vidrio brillando. Una escultura rota, pero maravillosa.

En general, el sitio era una gigantesca obra de arte, detallada hasta cada rincón.

Esta mujer empezó a hablar, tras hacer una reverencia, con otras mujeres que estaban sentadas alrededor, formando una especie de círculo. Tres de ellas, sentadas en sillas, y las demás, en el suelo. Unas meditando en silencio, con los ojos cerrados; otras, leyendo pergaminos y libros; otras, recitando palabras en voz baja, tomando las velas con un recipiente de metal, rondando por la habitación. Las otras mujeres (algunas de las que estaban sentadas en las sillas y otras que estaban sentadas en el suelo) le dirigieron la mirada y respondieron a la reverencia con otra reverencia.

- Maestra mía… creo que nos llegó el momento.

Aquella sentada en la silla de en medio, quien lucía más de sesenta años, mantuvo su atención en la figura y las palabras de la joven mujer que he estado siguiendo.

- El Hijo de la Muerta… el Señor de la Guerra. El heraldo de la voz del infierno ha visitado a la humanidad.

Dijo esto con evidente temblor y agitación, pero manteniendo la postura. En ese momento, todas las demás la miraron con intriga. La mentora respondió:

- Ya veo… si no estás segura de esto, Lorelei, nos quitarás mucho tiempo y paz a las hermanas. ¿Estás, en serio, segura de esta deliberación?

Lorelei… es ella. Lorelei. Conozco ese nombre. Ella continuó:

- Maestra… la razón misma por la que estamos aquí ha aparecido, ha decidido manifestarse burlonamente en los reflejos, liberando a la maldición.

El semblante de la mentora cambió. Ahora luce algo asustada. Se puso de pie lentamente, y con una voz quebrada, alzando las manos, dijo:

- **Convoca al Concejo, hija mía. No podemos esperar más.**

Lorelei asintió, haciendo una reverencia una vez más, y se dirigió hacia otra habitación. Inmediatamente, las demás mujeres empezaron a rezar en una lengua que desconozco.

Seguí a Lorelei a una biblioteca. Ella se hincó en frente de un estante con un libro sobre él. Extendió sus manos hacia los lados y con los ojos abiertos, clavó su mirada hacia el suelo. Así se mantuvo por minutos.

El libro encima del estante tenía como título, gravado en letras apenas legibles, “Lo Oculto”.

Sentí una curiosidad inmensa por abrirlo y leerlo, para luego descubrir que también la pasta y el papel del libro me son intangibles.

Pero aquella copa de vidrio… esa sí pude levantar y servirme alcohol y un par de hielos en ella… ¿por qué? ¿Por qué algunos objetos son tangibles y otros no?

Entonces se me vino algo a la mente. Busqué dentro de la biblioteca, entre los estantes, libreros y escritorios, un objeto con el que sí pudiera interactuar. Así, tomé un peine que estaba en el suelo, un peine de metal lleno de polvo.

Consideré ser discreto al tomar el peine y llevarlo hacia el libro para así navegar por sus páginas, evitando llamar la atención de Lorelei. Fui extremadamente silencioso. Lancé una que otra vez la mirada hacia ella para asegurarme de no delatar mi presencia.

Busqué un índice y… ¡lo encontré! El contenido era inusual… puedo decir, en resumen, que el libro trataba sobre metafísica, espiritualidad, inteligencia emocional e historia. Un apartado llamó mi atención: “El mal de Sol Aferfhe”. Lo que pensé que sería una breve descripción o una teoría sobre el malestar y creencias de terror que habitan en la mente de quien haya escrito este libro, terminó siendo un texto muy **inquietante.**

“El mal de Sol Aferfhe” describe, como contenido histórico y científico, que todos los que han nacido y nacen en Sol Aferfhe, nacen y crecen con un sistema de ideas fijas imposible de alterarse, pues toda la determinación y fe de la persona en cuestión, está depositada en el ***explotar el destino de dichas creencias.*** El texto afirma que hay quienes poseen un sistema más amplio que otros, pero de todas formas, inmutable.

Las palabras en tinta también afirman, **que la maldición misma**, el dolor y desesperación que experimentan los humanos, arrojándolos en un espiral sin fondo ni salida que solo tiene como propósito “**servir al destino de nuestros propios sueños”, es nuestra propia voz**, esa voz que no calla y que, cito, “posee voluntad propia, con mayor fuerza a la nuestra, como un ente ajeno omnisciente y omnipotente”.

Creo que están… que están hablando de la influencia de Ecos.

Claro. Una voz que parece independiente pero, aun así, se confunde con la propia, sembrando, alimentando y cosechando ideas, creencias y **sueños** enteros en la mente de un individuo. No veo otra explicación… esta tiene que ser la razón…

Me tomé un momento para reflexionar, y al mirar hacia atrás, vi a Lorelei, paralizada, mirando al libro y al peine con horror. Tras esto, salió apurada de la biblioteca. La seguí.

- ¡Aquí está! ¡ESTÁ ENTRE NOSOTRAS!

Ella entonces montó de nuevo a caballo, y rápidamente viajó al horizonte, asumo yo, a realizar la instrucción que le encargaron... esa de reunir al concejo o algo así.

Pero yo esperé... usé la poca paciencia que me queda y permanecí en la abadía, moviéndome por los corredores y habitaciones con cuidado, evadiendo reflejos y los materiales que los reproducen.

Pensé en Ecos... en ese ente vil que me trae tanto terror. Una verdadera pesadilla hecha realidad.

Pasaron horas y horas, y yo solo medité.

Lorelei regresó, acompañada de otros cuatro jinetes:

Una mujer con el cabello rizado, alborotado, con hojas y ramas secas sobre él.

Un hombre fornido, vestido con un traje muy formal de corte militar, usando anteojos.

Marceu.

Y El Cerebro.

Quedé sorprendido. Pronto, Lorelei y los demás se reunieron en una hermosa habitación, sentados alrededor de una mesa de piedra... un tipo de piedra color negro con rayos blancos, y otros, cafés, adornándolo, exquisitamente detallada. Vi que el material era reflejante, así que procedí con cautela, evitando exponer mi imagen misma.

Entonces Lorelei, su mentora, otras dos ancianas, Marceu, El Cerebro, el hombre uniformado y la mujer de cabello rizado tomaron asiento y empezaron a conversar.

Lorelei tomó la palabra primero, poniéndose de pie mientras los demás guardaban silencio y la contemplaban:

- Llegó ese momento que tanto temimos. La Teoría, el presagio. No puede ser algo más... gente, **llegó el momento.** Lo que "Lo Oculto" nos ofreció, con tanta seguridad, tanta valentía e irreverencia, se iluminó frente a nosotras.

  Los dones con los que ha sido dotado el humano que lo representa en esta mesa y en esta tierra afligida, convergen en un último episodio. El segundo Maestro del Miedo está aquí... lo cual significa que la realidad está colapsando, lo cual es algo que ustedes mismos han teorizado por décadas.

El sueño predestinado, la idea eterna… ese ello que ató nuestros destinos a un momento definitivo para la existencia de la humanidad… no, de la **vida** misma, llegó a su cataclismo. No teman, por favor, pues está en nuestras manos ponerle fin a la Gran Pesadilla.

Todos los presentes miraron por un momento hacia abajo, unos llevando sus manos al rostro, otros suspirando y otros cerrando los ojos y los puños, recargando la frente en estos últimos.

- Concejo del Murciélago… los convoco a realizar el Exorcismo Final.

Varias de estas personas empezaron a llorar silenciosamente, volteando en ocasiones la mirada hacia el techo, como en búsqueda de esperanza o una respuesta divina.

Lorelei se puso de pie y, parándose sobre un extremo de la larga, rectangular mesa, dijo con gran volumen, alzando las manos hacia el cielo:

- MAESTRO DE LA IMAGINCIÓN… maestro del sueño, dueño de la fantasía y amo de la pesadilla… invocamos al segundo de los seis Maestros del Miedo para otorgarle al mundo el descanso que se ha ganado con todo su esfuerzo…

Acto seguido, las demás personas se pusieron de pie y colocaron sus manos sobre la mesa, cerrando los ojos, levantando el rostro. La mentora interrumpió a Lorelei:

- ¡Niña arrogante! ¡respeta el orden de los cinco Maestros del Miedo! La existencia del sexto es sólo una teoría… es una blasfemia a la sabiduría sagrada.

Lorelei decidió discutir con valentía y presencia:

- Temes, madre, aquí, en el momento crucial, donde el primer rasgo de miedo puede destruirnos a todos por dentro y condenarnos a un nivel peor de tortura, así, justo como al terrible ente le gusta licuar nuestro cerebro y servírnoslo en un plato… ¡SON SEIS LOS MAESTROS DEL MIEDO! ¡ignorar la existencia de **Hexenmeister** sería la verdadera blasfemia! Hemos de devolver al Señor de la Guerra junto con el resto de su calaña al inframundo, junto con el mismo Hexenmeister y los otros cuatro demonios, para que descansen juntos y así, nosotros, los vivos, hallemos LA PAZ.

  No se diga más.

La madre de Lorelei calló y, temblando, con evidente furia en el rostro, se reincorporó al ritual. Los demás empezaron a notarse… diferentes. Empezaron a murmurar y temblar, suspirando, moviendo las manos, entonando sonidos de sufrimiento.

- ¡TE TRAEMOS A LAS CUALIDADES DE LA PESADILLA, ENTE TRASCENDENTAL!

¡SUEÑO!

Dijo esta última palabra alzando el rostro hacia arriba, con los ojos cerrados, sacudiendo las manos.

- ¡OPRESIÓN!

Dijo señalando a Marceu.

- ¡DESEO!

Dijo señalando a la mujer de cabello rizado.

- ¡PASADO!

Señaló al hombre uniformado.

- ¡Y CONFLICTO ETERNO!

Señaló al Cerebro.

En seguida, todos comenzaron a tambalearse, sin abrir los ojos, en su propio lugar, aumentando el volumen e intensidad de sus sonidos de sufrimiento… que a su vez llevaban un tono curioso de éxtasis en ellos. Cerraban los puños, fruncían el ceño, y presionaban la quijada, erráticamente.

- ¡DEMONIO, MUÉSTRATE!

Gritó desesperada Lorelei, abriendo los ojos, derramando lágrimas y temblando.

Entonces lo hice.

Con calma, sin prisa, me paré encima de la mesa y me dirigí hacia en medio. Parece ser, que mis pisadas se escuchan en esta superficie, porque inmediatamente, los demás dirigieron su mirada hacia la mesa y vieron ahí, **mi reflejo.**

Lloraron, faltantes de aire, completamente anonadados, con una expresión increíble de asombro.

Tras esto, entonaron al unísono las siguientes palabras:

- *Miré las partes feas de mi mente y quizás también de mi alma. Me refugié tantas veces, tomé una posición fetal, solo para eventualmente sentir el desesperante e incómodo calor de un demonio encima de mis hombros; en mi cuello, en mi espalda, en mis dedos, en mi frente, frunciendo el ceño, sacándome el corazón con un cuchillo buscando mi sufrimiento, buscando cualquier justificación para lamentar mi existencia y la existencia de la vida en el universo, su evolución, su crecimiento, sus pasiones, sus deseos carnales, sus aspiraciones, su opresión y sus lágrimas; me quemé los ojos tratando de pensar y pensar qué escribir; quemé la fábrica de mi cerebro, intentando ofrecer tan solo una pluma suave, tersa, brillante y bella en un océano de dagas y metales oxidados, ¡y sólo encontré mi vida cuando hablé con el alma!*

Sus palabras me estremecieron. Determinado, decidí hablar con enorme fuerza:

- ¡Escúchenme bien!

Oí entonces, a mi propia voz rebotar contra la mesa. Al parecer, esta no reflejaba solo mi imagen, sino también mis sonidos. Ellos prestaron atención:

- Entre los riscos de Sol Aferfhe yace un monopolio de la maldad: un ente sumamente inteligente, que privó a los seres humanos de sus instintos y la pasión ardiente y eterna de su alma, y se apropió de ellos. Una supercomputadora que establece el orden de la interacción y la expresión humanas; el dueño de una generación entera de seres vivos, quien diseñó su cultura, lengua, modo de actuar y vestir, así como cada una de sus normas.

  Ese ente… esa máquina, esa deidad o ese demonio, invadió nuestras mentes mucho antes de que las mismas vieran la luz por primera vez.

  Solo **el alma** puede hacerle frente a este ente de inmenso poder. Su influencia es tal, que mis palabras se estremecen al hablar de ello. Me tiemblan las manos, los pies, los dedos y la quijada, pero no me doblego. Es una bestia de orden, protegida por el mismo poder que representa en las mentes.

En seguida, un intenso terremoto atacó. Una voz horrible, infernal, diabólica sacudió, después, nuestros tímpanos:

- ¡SUFICIENTES PALABRAS, PARÁSITO!

Ecos… Ecos está aquí.

Todo lo que se veía alrededor cambió. Los rostros, las paredes, el suelo, la mesa, el fuego… se distorsionaron, se convirtieron en algo completamente diferente: una tormenta de colores, líneas, círculos, estrellas, llamaradas salvajes, en medio de un océano oscuro, como si nos hubiésemos sumergido ahí, donde la esperanza se aplasta y el respirar es un capricho que pronto se desvanece.

Miré mis manos… parecían estarse derritiendo, y luego el resto de mi cuerpo. Una angustia terrible me invadió, como si todo el orgullo y fuerza de voluntad que construí hasta el momento fueran golpeados desde los cimientos y cayeran en las fauces del horror… un sentimiento recurrente.

Luego, escuché las voces de todos los que había a mi alrededor gritar en agonía, un sonido perforante, una mescolanza de miedo e ira irritantes.

Pronto, las imágenes cambiaron y lo vi: **la *cercanía*.** Aun habiendo cerrado los ojos, **contemplé.** La *cercanía* se infiltra, amenazante y engañosa, entre la consciencia, y sobrepone imágenes y luces imaginarias ante el sentido de la vista. Como el nombre lo sugiere, la *cercanía* hace que, por lejos o cerca que estén las imágenes en cuestión, todo se vea **igualmente próximo al sujeto que la experimenta.**

Contemplé un paisaje oscuro, cerrado, diminuto, derretirse en su esencia encima de mí. Mi propio rostro, mi cabello, mis manos, mis costillas, mis mismos ojos, se derretían y eran visibles con mis **neuronas.** Es una visión fantasmagórica, trascendental de la misma consciencia ordinaria, ultramundana y sobrenatural, me atrevo a decir, sobre un determinado espacio.

Dichas partes de mi cuerpo no se observaban como lo hacen mis ojos normalmente, sino que descompuestas **materialmente.** Era como ver el **código** que compone a mi cuerpo y al espacio en el que este se imagina… pero es algo tan abrumador, que no parece imaginario. Juraría yo, que en realidad está sucediendo, ¿pues qué es la realidad, sino la interpretación de mi existencia?

Y ahí, Ecos lo hizo. Se manifestó más allá de mi imaginación, dentro de algo más profundo: en la propia maquinaria de mi cerebro. Tomó a la lógica por la que este órgano interactúa con mi existencia y la intentó manipular a su gusto.

Sin duda, el ente ruin estaba, puedo decir, infiltrada en mi mente y destruyéndola **de adentro hacia afuera.**

Este podía ser el momento en el que muriera, en definitiva. La fábrica de mis más privados pensamientos, el núcleo de mi fe y determinación por sobrevivir estaban siendo infectados, corrompiéndose. O peor, podía quedar eternamente esclavizado ante la voluntad de una fuerza mayor a la de mi alma.

Pero decidí estirar mi mano, lentamente, con valentía. Un viento gélido desgarra mi piel, mientras extiendo mi brazo hacia el blasfemo aspecto de terror que yace en frente de mí. Era una silueta cuya oscuridad y opacidad trascendían de aquellas que componían al horripilante resto de la ilusión. Y seguí extendiendo esa mano.

Ahora no solo el viento estaba en contra de mi piel, sino que penetró mis costillas, intentando desgarras mis pulmones.

Las imágenes se distorsionan de nuevo, siendo más salvajes en su forma de trasladarse de una esquina de mis ojos hasta la otra, una y otra vez, **perdiendo su figura mediante la velocidad de sus movimientos.**

Esta es… al fin, esta es… **la *proximidad.***

El momento que tanto temí, por tantas noches de inquietud, abrumado por confusión e ignorancia sobre mi propia consciencia, desde la infancia hasta ahora, y sigo adentrándome en ella, **buscando a la muerte misma,** ese evento del que tanto hablan y especulan los humanos, por medio de los propios alcances de mi mente. Con esto no me refiero a buscar e implementar métodos ingeniosos para acabar con mi propia vida con la intervención de objetos o situaciones en las que arriesgue mi integridad física para experimentar la muerte, sino literalmente, fallecer "apagando" mi propio sistema nervioso de manera brusca, "desconectando sus cables".

Entre toda la ansiedad sofocante que me invade en este momento, sumergí mi mano en las "entrañas" del espectro, y fui hacia abajo, a su base, a las plantas de sus pies, que, al llegar a estas, se convirtieron en un millón o más de patas arácnidas, moviéndose erráticamente en

agonía, reptando a lo largo de mi brazo, y tomé algo con determinación, como si fuera la raíz de una hierba mala, que no opuso resistencia. En ese momento, el terremoto se hizo aún más estruendoso y una náusea vil me atacó por sorpresa.

Y al sujetar ese algo y levantarlo, la ilusión desapareció por completo. Alrededor, penumbra y silencio. Apenas unos cuantos rayos de luz caen desde el techo, pero se pierden sin poder iluminar el sitio ni aquello que sostengo con la mano.

Por minutos, busqué mi camino hacia la luz, esa posible proyección de sol que alimenta mi esperanza. Ahora que las voces que azotaron por meses mi consciencia han callado, puedo desempeñar esta tarea, por físicamente retadora que sea, con calma y concentración.

El momento somos este montón de rocas, esta penumbra, esta humedad que me rodea, y yo.

Con paciencia y aprecio por dicho momento, logré escalar sobre las rocas siguiendo un rayo de luz, cuidando no resbalar, y usando las manos, rompí a través de una grieta. Quitando escombros para salir, me alcé por fin hacia la superficie. El color del mundo regresó. Un cielo azul, casi despejado de nubes en su totalidad, me recibe con gloria de la angustiante experiencia. Jamás había visto un cielo tan precioso.

Miré detrás de mí. Era la Torre del Hombre, colapsada, destruida.

La Torre del Hombre, ese edificio traicionero, tortuoso para los sentidos de los mortales, cayó, y junto con él, las voces estigmatizadoras de una consciencia castigadora.

Ecos calló.

Y vi en mi mano aquello que sostuve al morir aquella terrible ilusión: una pálida, hermosa rosa roja. Tras contemplar la belleza de cada uno de sus pétalos y lo que pude ver del universo microscópico que yace en ellos durante varios segundos, la porté como adorno, guardando el tallo dentro de un bolso frontal de la gabardina, con los pétalos asomándose con inmensa gracia, ahí, cerca del corazón.

Ahora especulo que una voluntad realmente más poderosa que la mía me tiene atrapado en este mundo alterno. Una especie de autor, artista, arquitecto o interventor diabólico... ahora creo que esa voluntad me arrojó a este plano, al principio como un dios, y luego, me arrebató de mi omnipotencia sobre la física, hundiéndome así no solo en frustración, sino en la angustia que creí haber superado hace años, en aquel entonces, en aquellos inconmensurablemente bellos días de juventud, cuando Hexenmeister nació.

Y no solo nació, sino que vivió, venció y disfrutó cada gota de la vida mientras su existencia se lo permitió.

PARTE IV: LA BESTIA



Capítulo 21 – El amanecer

El arte parece no tener límites. El arte es una maquinaria, un monstruo tan implacable como la fe, el disgusto y la desesperación mismas, calladas o propulsadas hasta donde la voluntad dicte. ¿La voluntad de quién?

Es en una escalera, en una cadena milenaria de experiencias e ideas compartidas en el transcurso de la humanidad que llamamos "historia", donde el arte escala, representando y reflejando nuestros secretos, deseos y anhelos. El arte es una realidad paralela en sí.

Pero suficiente sermón. Ahora he despertado y las preguntas y respuestas que se iluminan en mi cabeza son producto de mi propia imaginación, y no de una mente ajena que piense en mi lugar.

Prevalece la escalofriante verdad, latente, mas no paralizante, de que la realidad es una interpretación de la existencia.

Curioso. Llamo "existencia" a esa síntesis entre la vida y la muerte.

El nombre mismo que ahora nos aqueja, ese pronunciado por Lorelei, por su madre y por mí, es el meollo del asunto.

Hexenmiester. **La síntesis del hombre.**

Pero no puede ser…

Una ola de escalofríos recorre mi cuerpo de solo pensar en ese nombre. Hexenmeister es, en términos mundanos, el ser inmutable ante las mareas que pueden representar una amenaza emocional para el individuo; el ser que usa su mente a su favor y solo a favor, suficiente como para hacer **favor** al prójimo. Es EL individuo. Aquel que entiende que la existencia misma es única, individual, y que intentos por reconocer a la existencia como una "obra del destino" o de una voluntad AJENA (no exclusivamente mayor, sino AJENA) es una pérdida de tiempo, no solo por el esfuerzo que esto pueda implicar, sino porque simplemente, entender a la existencia como algo más allá de lo que el mismo individuo experimenta, es un escape tortuoso ante la verdad de que se existe tanto material como conceptualmente, y que mientras materialmente sólo se transforma, conceptualmente **se crea y se destruye.**

Hexenmeister es más que un individuo y un concepto. Un concepto materializado, hecho hombre. Es la síntesis entre concepto y materia, llevado **más allá de los confines de la simple teoría, los sueños, los anhelos y los objetivos.** Hexenmeister es VIVIR. No es anhelar que un ser humano exista usando su mente exclusivamente **a favor, sino SERLO.**

Hace años puse en práctica estos y **muchos más** postulados sobre Hexenmeister. Fui un hombre que usó lo que alguna vez pudieron ser tormentas de adversidad y desesperación a mi favor. Estos postulados e ideas siguen, en algún lugar, existiendo dentro de hojas de papel en **el mundo real** junto con dibujos que sirven para describir, de la forma que el lenguaje mundano me lo permitió en su momento, lo que es ser Hexenmeister.

El ser supremo que no está atrapado en conflictos ni en la **nauseabunda dialéctica de sumisión y dominio** que azotan al ser humano, sino que trabaja con **gozo** en sintetizar los conflictos mismos.

Cada letra y cada trazo que sirvieron para describir a Hexenmeister y llevar su palabra al resto del mundo, me trajeron júbilo inmediato, proveniente del júbilo aparentemente inmortal que alguna vez me llenó en cada respiro de mi vida al por fin haber abierto los sentidos, y vivido con la **interpretación de la existencia a mi favor.**

Eso es, en pocas palabras, Hexenmeister.

Pero no puede ser, simplemente no puede ser… ahora que estoy encapsulado en las garras del destino, ¡el destino! esa voluntad mayor a la mía, que Hexenmeister habite siquiera en este plano ficticio, pues él desapareció **del mundo real** hace años.

Su presencia misma implicaría que la mía, una que batalla no solo contra las corrientes de desesperanza de voluntades ajenas, sino contra mi propia desesperanza, está al bordo de ser sometida y borrada por completo por la **misma mente** de aquel individuo. El individuo.

No fui suficientemente fuerte, ni mantuve la suficiente concentración en el mundo real para que Hexenmeister fuera quien anduviera por el mundo hasta el día de mi muerte… No, ahora solo soy yo. Y ahora peleo contra mi propia mente.

Fue habiéndome distraído que caí de ese reino aparentemente superior al conflicto, y me sometí a la idea que abandoné al estar ahí: Dios. Gritando con mi alma por socorro, la ansiedad y el gritio me invadieron como nunca antes, dándole la espalda a la existencia de Hexenmeister, sintiendo que insulté a Dios al haber siquiera invocado las primeras palabras de mi **arquetipo**. Pero eso no siempre fue así. Huí a buscar mi idea de "Dios" para agradecer por mi vida y rogar que esta no fuera sometida por el gritio.

Ahora me quedé sin la comodidad que traía la idea de "Dios", me quedé sin Hexenmeister… y lo que permaneció fue el gritio.

Pero la presencia de este filósofo, este mago, este hombre trascendental fue advertida no por mis recuerdos o mi imaginación, sino por alguien más: Lorelei. Ahora sé que la existencia de tal concepto, tal ser, ocupa un lugar en este reino ficticio.

¿Pero cómo lo traemos en carne y hueso a este mundo, si el mismo tiene como pan de cada día a la desesperación?

Entonces tomé ese recuerdo sobre la abadía en la que me hallé, como un fantasma invisible para la vista común, y lo usé para buscar más respuestas.

En mi camino, vi a otros seres vivos. Al parecer, con la muerte de Ecos, la vida ha regresado a Sol Aferfhe. Los esqueletos que se hacían polvo encima del pasto ahora han sido restaurados a su cuerpo y alma.

Habiendo destruido a Ecos, he sintetizado a la vida y la muerte.

Pero mi objetivo ahora es sintetizar mi propia vida con la muerte que mi alma ha presagiado en esta pesadilla sin fin.

Tras horas, llegué a la abadía. Esta luce diferente a cuando me inserté en el plano dimensional descolorido de los muertos. Ciertas partes de la abadía siguen en construcción. Los árboles de alrededor, aunque jóvenes y delgados, tienen hojas, a diferencia de cuando los vi por primera vez, que no tenían ni una sola y se alzaban enormes con ramas secas.

Sin embargo, el edificio conserva ese porte misterioso que anuncia experiencias y conocimiento más allá del mundano. Mi estilo.

Agotado física y emocionalmente, entré por la puerta principal, y procedí hacia la gran habitación en donde escuché a Lorelei y a su madre conversar por primera vez.

Fue en ese momento, que ocho mujeres, algunas sentadas y otras de pie, notaron mi presencia.

- Sintetizando a la vida y la muerte… has acariciado la superficie, pero no has acabado de consumar esa enorme tarea, ese enorme hito de la existencia en el universo… **la dicha.**

Dijo una de ellas, con un tono extremadamente calmado, arrullando mi espíritu de inmediato. Intervine:

- Escuché en este mismo edificio, hace tan solo una noche, a dos mujeres pronunciar un nombre. El nombre de *Hexenmeister*. Eso me hace pensar que saben algo sobre él, y me gustaría saber qué, por favor.

Identifiqué a Lorelei, meditando en la esquina de la habitación, al extremo izquierdo de la hilera de mujeres. Ella luce mucho más joven… es evidente en su rostro y su cuerpo. No parece la mujer madura que seguí por horas el día de ayer, sino una joven que apenas ha abandonado la adolescencia y entrado a la adultez, entusiasmada por aprender de un mundo completamente nuevo. No se notó mutada al verme u oírme hablar en lo absoluto.

La apariencia en general de todas ellas me transmitió sabiduría, misticismo y paz, una paz que hace mucho no experimentaba, una paz que creí muerta, destruida dentro de mi propia imaginación.

- Antes de eso, nosotras necesitamos saber si en verdad estás **vivo.** Necesitamos saber si en serio estás despertando.

  Somos las Sabias. Este título ha sido **impuesto** sobre nosotras por una fuerza dominante y terrible que yace más allá de nuestros ojos y oídos, y que es apenas entendible para nuestra sensibilidad. Nuestro nombre real ha sido borrado, y es ahora impronunciable por toda boca que existe en este plano existencial que tú, nosotras, y el resto habitamos.

  Nuestra existencia está atrapada por dolor, pero encuentra su presencia en el misterio.

  Invoquemos al espejo.

Entonces ella, y siguiéndola, las demás Sabias miraron hacia abajo, hacia el suelo.

Debajo de mí, un gran espejo en forma de círculo, adornado por piezas de metal en forma de líneas y esferas. Un espejo empolvado, bellísimo.

- Contempla.

Volvió a hablar ella.

- ¿Qué es lo primero que ves?

- Un espejo.

- ¿Y qué es lo primero que ves reflejado?

- Esta preciosa, enorme habitación. Sus candelabros, sus velas, sus columnas. Las veo a ustedes, alrededor, con sus túnicas azules, sus adornos y su sedoso cabello deslizándose con el aire. Veo la cima de la habitación, desvaneciéndose entre la oscuridad.

  Veo más decoraciones. Cráneos, estantes, libros, hojas de papel y gravados increíbles.

  Veo al fuego difuminándose, bailando entre luz y sombras en las paredes. Veo mi gabardina moverse de vez en cuando gracias al viento. Veo mis puños.

  Y solo eso.

- ¿Y qué hay del hombre que está ahí, observando su reflejo?

- Sí, lo conozco. Lo he observado mucho. Toda mi vida, quizás. Es traicionero; la lealtad le cuesta, le duele. El compromiso, la encomienda, el trabajo, el crecimiento y la evolución le duelen.

  Las voces lo… lastiman. Las luces… está intentando con tanto esfuerzo seguirles el paso… está intentando defenderse de cada movimiento que se realiza en su entorno, tanto como presa y como depredador. Es un animal asustado.

  Está obsesionado, y todo lo que ha acumulado en su vida le pesa, pues no sabe dónde, cuándo ni cómo soltarlo. Ansía un gran final, seguido de unos créditos, seguidos por un legado, continuado por una leyenda, disfrutada como arte, iluminando al mundo no en conflicto, sino en paz. La guerra es lo único que lo detiene. Se ve… me veo a mí mismo atrapado en los engranes del tiempo, triturado por pasado y futuro por igual, sobreviviendo sólo gracias al dolor estresante que traen tantos ruidos e imágenes abrumando mis sentidos, derrumbando mis bases. ¿Soberbia, quizás? ¿O algo más allá de mi voluntad?

- ¿Quién eres?

- No estoy seguro… no lo sé. Nunca lo he sabido. He elegido mi propio nombre a través del tiempo. He elegido títulos para intentar definir lo que soy. He elegido nombres románticos y combinaciones de sílabas chistosas para dirigirme a mí mismo; he trabajado por abrazar, no el nombre que otros me asignaron antes o poco después de nacer, sino uno que me traiga placer y defina con gracia lo que creo ser.

  Creo que soy un hombre, bajo definiciones biológicas. Creo ser un humano, dadas las similitudes que tengo con otros. Creo estar vivo… pero ahora estoy empezando a dudar.

  Todo esto, durante mi vida previa a este sueño. Este sueño ha significado una enorme broma de mal gusto.

  Me hice apodar el Señor de la Guerra. Pronto, alguien más con ese nombre resultó estar vivo en esta misma línea del tiempo, y no supe en realidad quién ser desde que esta pesadilla inició.

  Pero no siempre fue una pesadilla. Al principio fue un sueño tranquilo, lleno de creatividad. Abandoné la consciencia que el yo antes de soñar posee, asumiendo esta nueva consciencia como la dominante. Sé que todo esto es una mentira, y por muchos años pude salir de mis propias mentiras e ilusiones que yacen ahí, en la imaginación disparatada de los sueños, pero esta ha durado demasiado.

  Es casi como si durante mi vida previa en el mundo real hubiera esperado **este sueño,** preparándome para experimentar lo peor que mi imaginación puede ofrecer… ahora no recuerdo en qué momento tuve ese sueño, en el que fui un dios.

En ese momento, cerrando los ojos, la Sabia dijo:

- Eso es, porque **este no es tu sueño.** Es el sueño de alguien más.

Respondí, esforzándome por no parecer sarcástico ni apático:

- ¿Cómo es posible siquiera habitar en el sueño de otro?

- Porque así lo ha elegido el Autor. Autor, Actor y Espectador han entrado en conflicto. La realidad misma ha sido distorsionada, provocando así que confundas a tu propia identidad, consciencia y memorias con las del Autor. Sin embargo esta misma fractura en la realidad nos ha **iluminado,** pues así hemos descubierto nuestra pasión por el conocimiento.

  No es la sabiduría misma la que nos nutre de iluminación, sino el hecho de adquirirla entre la oscuridad que yacen en el futuro y el horizonte de lo desconocido.

  Sostenemos la **teoría** de que, previo a esto, éramos partes o las **neuronas** mismas de un ente omnisciente… ahora, constituidas en un cuerpo separado, con pensamientos y acciones no ligadas una con otra.

Poseemos conocimiento sobre el futuro, pero no es absoluto, sino que es adquirido a través de diferentes eventos que sucedan dentro de esta realidad.

No nos arrojamos arrogantes a nuestros poderes de clarividencia; tenemos fe, una fe que persiste y nos mantiene vivas, nadando joviales entre la ignorancia.

Siendo repentinamente invadido por angustia, seguí escuchando a la mujer de túnica azul y largo cabello ondulado:

- Has hecho bien al encontrarnos, Actor.

  Debes saber que, tanto como la tuya, nuestra existencia misma también es la de actrices, no solo espectadoras.

  Tu presencia en este sueño era primitiva, limitada, pero el transcurso mismo de la historia ilumina tu voluntad.

  Al igual que el Hexenmeister, representas un símbolo en la mente que habitamos... pero a diferencia de Hexenmeister, estás "sucio", manchado. Eres una versión sucia de él.

  Mientras que él ha logrado someter su mente de manera **ABSOLUTA** para actuar a su favor, la tuya sigue siendo objeto de tragedia, ansiedad, desesperación, depresión, ira, tristeza, derrota, confusión y autodestrucción.

  Podría decirse vagamente, que Hexenmeister es una versión superior de ti, tanto como lo es del Autor.

  A diferencia de ti, de nosotras y de demás espectros que has encontrado en este mundo, Hexenmeister ha logrado **insertarse y expulsarse libremente de la existencia por medio de su voluntad**, más allá de la dialéctica de la vida y la muerte, como una síntesis misma de ese conflicto; mientras tanto tú, este concepto del "Señor de la Guerra" y los Maestros del Miedo, están ligados en tu voluntad, a pesar de las contradicciones que representa tu mente en constante evolución dentro de este sueño, con la voluntad del Autor.

  Para lo que el Autor no pueda ser más que una aventura disparatada actuada por personajes al azar, para ti ha sido y seguirá siendo un proceso entero de descomposición, así como de tragedia y revelación.

  Ahora escucha con atención:

  Hexenmeister representa un enemigo para la mente misma del Autor, quien se aterra al instante de reconocer al **arquetipo** como algo ajeno a su identidad o voluntad, como un extraño, como un **prójimo.**

  Hexenmeister es la mera razón por la cual el sueño se ha prolongado de segundos a días enteros. El Autor ha decidido que el terror y la ansiedad que lo ahogan son parte

de su condición como ser vivo, como actor del universo, en lugar de desatarse de las reglas de dicho universo, como el gran arquetipo lo plantea.

Al no convertirse en su propio arquetipo, decidió verter todos los sentimientos que lo dominan en una consciencia artificial: en ti, un personaje, que narra y actúa a la vez.

Sintiéndose atrapado, el Autor utilizó como metáfora a los Maestros del Miedo para cazarte, doblegarte y atormentarte. El Ojo, el Señor de la Guerra, Ecos, Ler, el Demonio de Metal, y el mismo Hexenmeister. Pero ahí radica la debilidad, la enorme herida que fractura al Autor: ha decidido usar a tu propio arquetipo en tu contra.

Has trabajado con dedicación. Esta es la revelación que te has ganado… has de proclamarte como el **Furchtmeister, el verdadero Señor del Miedo.** El siguiente paso esencial que tienes que dar para lograr esto es aprender a **hablar con los muertos y convivir con la muerte misma.**

Recuerda que cuando Hexenmeister fu creado, rompió implícitamente con todas las barreras del tiempo, existiendo y no existiendo, al mismo tiempo, en todas las etapas y segundos pasados, presentes y futuros de la existencia, por lo tanto, viviendo en todas las versiones pasadas de ti mismo. Entonces el niño… el Autor, desafortunadamente no logró encontrar uso ni sentido para Hexenmeister en su vida real, así que lo encerró dentro de los confines de una sola obra. Esta obra. Ahora, Hexenmeister yace atrapado dentro de una consciencia más afligida y limitada incluso que la que ahora posees, provocando un colapso completo para el Autor, los Actores, Actrices y los Espectadores por igual, condenando al gran arquetipo a ser un antagonista en lugar de la respuesta para la vida del Autor.

Todo esto apunta a lo que quizás ya dedujiste: la respuesta está en despertar del sueño, dándole descanso al Autor.

Conviértete en el Furchtmeister y acaba con este mar de expectativas que nos tortura.

Lamentamos haber tardado tanto en proporcionarte el conocimiento por el que tanto te esforzaste. Fue la voluntad del Autor, dando migajas como recompensa a los esfuerzos de meses enteros de trabajo.

Solo su fe mantiene vivo el sueño, en lugar de tirarlo a la basura de sus recuerdos y deseos frustrados. El sueño puede morir, pero para morir, se tiene antes que vivir, sea solo por segundos, minutos, horas, días, meses o unos pocos años. Y asimismo, todo lo que vive, tiene que morir en algún momento..

Para la siguiente revelación tendrás que vivir el sueño con la sensibilidad del Autor: **la sensibilidad de un niño.** Tendrás que experimentar una vez más, la realidad desde el miedo y la emoción que creías haber superado, pero que invadirá tu mente con rencor, como las olas que azotan a la playa cuando la marea crece al llegar el anochecer, hundido en oscuridad y **el gritio,** esa sensación que despertó en la

infancia, pero es descubierta cada vez con más intensidad, en sus enormes y horrorosos brazos, dentro de la sofocante agonía en la adultez, por medio de la consciencia.

Que la paz, la sabiduría y la fortaleza te acompañen.

Una vez vivida la siguiente revelación, desapareceremos de tu presente, mas no de tu pasado o de tu futuro.

Temo que has de hundirte en el terror una vez más. Vuelve a la sensibilidad del niño y convergerán así, pasado y presente. Así hallarás al siguiente Maestro del Miedo… o quizás él te halle a ti.

Al finalizar su diálogo, cerró los ojos y empezó a meditar en ese mismo lugar, dibujándose una expresión de éxtasis en su rostro.

El solo pensar en que me encuentro en la cabeza de un niño y que esta obra entera es un producto de su imaginación me hace sentir… avergonzado.

No puedo evitar asociar a la infancia con falta de madurez, berrinches, falta de disciplina y control de emociones…

Estas ideas y otras más elaboradas al respecto se cruzaron con mi más reciente duda, sobre cómo encontrar al dichoso Maestro del Miedo que me aguarda. Pregunté:

- ¿Cómo he de regresar a la sensibilidad del niño y encontrar al siguiente Maestro del Miedo?

Y ella respondió, con un tono de voz mucho más sereno que al de hace unos instantes:

- Yendo ahí, donde el terror vuelve a encontrar a aquellos que creen que lo han vencido: en un sueño. Duerme, duerme profundamente, ahora que estás agotado, y experimentarás **la proximidad** de nuevo. En esta abadía hay una habitación antigua, empolvada y exageradamente adornada con reliquias de vidas pasadas. Encuéntrala y descansa en su cama.

Y busqué por una hora, caminando con asombro por los corredores de la abadía, y contemplé los hermosos adornos y la decoración de la habitación.

Me acosté para quedarme dormido. Siendo solo interrumpido por pocos minutos por la ansiedad que me provoca el experimentar de nuevo el terror, logré un sueño profundo.

Capítulo 22 - Belleza incansable

No es momento, ni vida, para afligirme por errores. De hecho, creo que poco ayuda el autoflagelarse por haber cometido uno. O mejor dicho, en nada.

Díganle eso a los afligidos psicológicamente, que ahora vagan como fantasmas cuya piel sigue pudriéndose y alma sigue marchitándose, en el complejo de Asphagoria, un edificio gris, oscuro y deprimente al norte de la ciudad de Victóri.

Es en Asphagoria, donde una parte de la humanidad sigue fracturada, sin poder sanar.

Este edificio, difícil de describir, es por fuera una combinación entre una caja de cemento, pesada, desabrida y triste, y una mansión con tejados negros, que se alzan sobre largas ventanas rectangulares y se extienden en forma de agujas.

Por dentro, su diseño arquitectónico es lo menos perturbador. Todo es enorme: los pasillos, las salas, las paredes, las ventanas, las escaleras, las habitaciones y la desdicha. No cuenta con electricidad, y la única agua que fluye es la que se ha filtrado desde el techo y las paredes gracias a la lluvia.

Al estar dentro, mi vista periférica me traiciona. Miro siluetas moverse erráticamente a mi derecha y a mi izquierda (principalmente a mi derecha, por alguna razón que desconozco e ignoro), como si dichas figuras buscaran mi atención, pero desaparecen una vez que dirijo mi mirada hacia ellas directamente.

Asphagoria es donde las familias del mundo han venido a abandonar a sus miembros cuyas personalidades son insoportables para el carácter del hogar, es decir, es un lugar en el cual aquellos que son considerados demasiado raros, extraños, inusuales, diferentes, extravagantes, anormales, o, como vulgarmente se les llama, “locos”, son desechados por el núcleo social en el que hayan nacido y crecido.

En este monumento al dolor y el miedo, yacen personas que no han conocido un abrazo que no esté empapado de temor, cuya mente es, desafortunadamente, demasiado extraña para el prójimo con quien les tocó convivir desde pequeños. En Asphagoria, esperen encontrar a quienes no han tenido la suerte de toparse con una persona dispuesta a escucharles, prestarles atención y tratar con respeto, puesto que lo disparatado de sus ideas, lo peculiar de sus gestos y lo honesto de sus corazones, es inquietante para la cultura dominante.

Yo entro, deambulo y salgo de sitios sin levantar sospechas que me ganen el desdén irracional y más vil de la gente (al menos, eso es lo que creo), mientras que los abandonados en Asphagoria fueron arrojados en un embudo, sin ofrecerles una mano, ni un escalón, ni una luz para avivar la esperanza y conocer la sensibilidad del prójimo. Por eso, a pesar de compartir un espacio físico entre ellos, viven solos.

Desconozco exactamente cuántas generaciones han pisado ese lugar, pero sé que no recibe descanso, dado que el ciclo ha continuado hasta esta fecha.

Asphagoria no es una institución mental ni un hospital que opere bajo el concepto de "curar" o tratar a los internados en él. Tampoco es una penitenciaría que aloje criminales con el fin de reformarlos o castigarlos por crímenes como el homicidio; Asphagoria es más una prisión conceptual: quien es arrojado aquí, ya ha sido golpeado y machacado en su espíritu previamente por los miembros de la humanidad que no los respetaron incondicionalmente, así que la oscuridad, el frío, la soledad, la hostilidad y la confusión que yacen dentro, los mantiene en tortura. Las puertas y las ventanas no están selladas, por lo cual uno puede entrar y salir sin mucha dificultad.

Las alucinaciones, los episodios de pánico, las obsesiones y las manías son cosas que muchas personas no han vivido en su propio cuerpo, por lo cual, al presentarse en el prójimo, son señaladas con miedo, y al no detenerse a evaluar racionalmente la situación con respeto y calma, el miedo los consume, y recurren a lastimar las emociones de los sujetos psicológicamente afligidos en lugar de escucharlos.

Las siluetas siguen apareciéndose, y creo que el miedo me está consumiendo a mí también, pero ¿a quién tengo que alimentarle mi miedo? A nadie. El primer temeroso en toda esta situación, se desesperó e inició con algo que quizás no sabía que escalaría tanto. En Asphagoria, hay seres humanos. No sé qué han hecho, qué piensan, ni cómo lucen.

Tan solo el pensar en su dolor, me duele. Quiero admitir, que temo por mi vida, dada la posibilidad que al adentrarme en ese edificio, pueda ser atacado en un arranque de pánico por sus habitantes.

Y también temo, porque no sé que estoy haciendo aquí dentro.

Estoy de pie, sobre un suelo de madera inundado, en el corredor que yace delante de la entrada principal. La única luz que nos ilumina es la que entra con debilidad por una ventana al fondo del corredor. Aquí los enfermos yacen, y yo estoy enfermo. No me he movido desde hace horas, pues solo imagino a quienes puedan estarme acechando, o reposando en su rutina, y observen a este intruso que soy yo, marchando dentro de su casa, portando una larga gabardina, fingiendo que estoy buscando algo o a alguien, cuando en realidad solo estoy aquí para retar a mi miedo, jalándole la cola, mirándolo a los ojos, cuando mi miedo ni siquiera me atacó previamente.

Estando aquí parado, solo he fantaseado al punto de hartarme, con ser asesinado, o con ser observado y confrontado por aquello que no quiero confrontar. Soy un cobarde.

Escucho pasos y personas corriendo de lado a lado de vez en cuando. Ahora pienso en esta deuda que tengo con el miedo, y sumergiéndome en lo absurdo y errático de mi juventud, corro hacia las escaleras que hay delante de mí, al lado derecho. Al subirlas veo lo mucho

que se parece a la escuela que atendí hace un par de años, donde estudié para obtener un título en filósofía. Hay dos pasillos profundos de cada lado, y detrás de mí, una enorme ventana que da a un jardín con grandes pastizales y rocas, siendo azotado por un frío y gris diluvio.

Ahora me invade un pensamiento que inunda los ojos con lágrimas: me detengo a observar, escuchar y sentir cada una de las cosas que se le presentan a mi cuerpo. Soy un monstruo. Ahora pienso en todas las posibilidades que existen al tener estas manos, este rostro, estas piernas, y esta voz que poseo, y que con cada decisión que tomo, erradico a las demás posibles.

Al fondo de cada pasillo a mi lado, hay personas. Parecen ser de mi edad. Me miran como si los hubiese interrumpido. ¿Qué es lo que observan? ¿Una víctima? ¿Una presa? ¿Un alma afligida? ¿El rostro de un niño asustado, confundido? O quizás, a un hombre apurado, con un semblante de angustia. Pero por alguna razón, no pienso que miren en mí algo que les robe el aliento, que les apetezca a la vista por lo menos por un solo segundo. No, no puede ser eso, pues soy un sujeto en una cruzada dentro de su propia mente, no comparto tiempo con ellos en esta existencia, solo espacio. Creo que voy demasiado rápido para ellos. ¿Y qué si ven en mí algo que les agrada? No es como si me fuera a detener a escuchar a estas mujeres si es que quisieran compartir tiempo y experiencias conmigo. No, sus sonrisas no existen en la misma dimensión que yo. Ellas aun duermen, y cuando me sonríen al mirarme a los ojos, yo solo pienso en seguir subiendo escalones, corriendo, agitando mi gabardina, esperando encontrar mi destino, un destino que me robe el aliento, de dolor y desesperanza.

Así que despido mi mirada de las personas que yacen al final del pasillo a mi izquierda, y miro momentáneamente a las que hay en el pasillo derecho. La mayoría se ven jóvenes, y lucen aproximadamente de mi edad (en la primera mitad de los 20's), aunque hay quienes se ven mayores. La ropa de estas personas no está rasgada, ni luce sucia; de hecho, su ropa les queda, por así decirlo, bien, en el sentido de la talla. Las mujeres están maquilladas, y en general, todos portan una postura aparentemente sana. Lucen aseados, cómodos; conviven entre ellos, charlan, pero al mirarme, callan ¡y simplemente no termino de entender por qué! ¿Qué ven en mí que no hayan visto en alguien más?

Me acerco uno cuantos pasos y apartan su mirada, para conversar nuevamente entre ellos. Confuso mundo en el que me encuentro.

Al asomarme por una de las habitaciones, descubro que es un aula, la cual contiene unos cuantos escritorios, un pizarrón, y una enorme ventana que se extiende horizontalmente. Preciosas montañas y árboles se observan desde aquí.

Ahora encuentro una peculiar paz; siento tranquilidad, pues no he sido atacado de ningún modo, y he hallado una vista hermosa. Me acerco a la ventana, y cruzando mis brazos, miro el paisaje con calma.

Una voz andrógina irrumpe mi meditación. Es una chica (o en mi mente parece ser) cuyo cabello llegaba a la altura de sus hombros, en la esquina del aula:

- Me hubiera gustado que te quedaras más tiempo, en serio. Qué triste. En verdad quería conocerte. Aquí las cosas se ponen muy solas de vez en cuando.

Un tono desanimado se nota entre la seguridad de sus palabras, que reprodujo mirándome a los ojos, recargándose en las paredes. A lo que respondí, tras unos segundos, dudosamente:

- ¿Qué te hace pensar que me iré?

- **Porque siempre lo haces. Porque estas muriendo y buscas problemas donde no los hay.** No quieres pasar los últimos momentos de tu vida acompañado de nadie, sino haciendo de tu lecho de muerte lo más fugaz posible para evitarte dolor. Lo entiendo... yo también lo hice.

En lugar de desconcertarme, acepté la respuesta de esta persona, y asentí con la cabeza y una mirada de tristeza en mis ojos. Pero ahora, al aceptar esa aseveración como verdad, definí así mi relación con ella: efímera, con el hecho de abandonar este lugar en mi travesía por encontrar mi miedo, esa voz que tanto me llama y me dirige como fantasma en el viento hacia lugares desconocidos, que resultan parecer familiares una vez que me encuentro adentrado en ellos.

Perseguir este miedo se siente como tener la opción de oprimir un botón que acabe con mi existencia, pero seguir aplazando el momento en que lo oprimo. Me olvido por horas, y a veces días, de este apodo... "El Señor de la guerra", el cual ya no significa lo mismo que significaba cuando por primera vez se me ocurrió. Si el mundo me ve de una manera, no creo verme a mí mismo de esa manera.

Esta travesía se siente como ya conocer la respuesta que yace al final de ella, pero aplazándola, haciendo tiempo, deteniéndome a observar, oler, sentir, escuchar, saborear, y concentrar mi alma, mente, cuerpo y espíritu en trascender de esta existencia que tiene fecha de caducidad.

Si es que tengo la decisión de acabar con esta existencia, significa que puedo elegir no hacerlo, y ser inmortal. Pero esto que soy ahora mismo, este joven desconcentrado, dudoso, no está listo para ser inmortal. Mi más grande sueño es dormir para siempre. Le respondí a la curiosa y bella persona en frente de mí:

- Quizás te vuelva a ver en otro momento.

- A eso me refiero. Puedes elegir estar aquí, con nosotros, y decides marcharte. Si supieras lo feliz que me hiciste al cruzar esa puerta y subir esas escaleras.

- Perdón, pero… ¿Quién eres tú? ¿Te conozco? ¿Hemos hablado o convivido antes?

- No, pero siento que te he conocido toda la vida. Cada parte de tu rostro. Tus pestañas, tus ojos, tu nariz, tus labios, tus pómulos, tu cabello, tu figura, la forma en la que caminas, la forma en la que te paras, tus cejas. Siento que las he visto toda tu vida, ¿o toda **mi** vida?... no estoy seguro. Siento que cada detalle que te constituye, lo he observado antes con detenimiento, una y otra vez, a lo largo de mi corta existencia, no sé si en mi imaginación, o con mis ojos.

  Ojalá entendieras tu belleza, y cada vez que te mires al espejo, no imagines verte con los ojos de los demás, sino que te veas con tus propios ojos. Mírate ahora mismo… angustiado, apurado, temeroso, dudando, desconfiando de mí… y al parecer del mundo entero… no, de la existencia entera, incluso la que aún no ven tus ojos. ¿No ves que tu cara se arruga cada vez que desconfías y sometes tu rostro a tanta presión? Envejeces en juventud. Pero por ahora, eres bello, y eso es lo único que me importa, y que debería importarte a ti.

  Sigues fantaseando con el día de tu muerte… ojalá nos hayamos encontrado antes. Fui yo quien te espero aquí dentro, y tú… tú estabas muy ocupado siendo… siendo un hombre.

  Corriendo, actuando, hablando, temiendo, enfrentando, discutiendo, peleando, imaginando enemigos, planeando un día perfecto para morir. Dime, ¿eso es lo que significa ser un hombre? ¿Sacrificarte? ¿Planear una buena muerte? Pues qué suerte tengo de haberte conocido así, y qué suerte tiene el universo de que un ser tan bello, tan joven y tan lleno de sueños haya entregado su vida a tan corta edad. Parece que todos sabemos quién eres, excepto tú.

- Ser un hombre… no significa nada por sí mismo, mas lo que tú mismo decidas ser. Si me detengo a descansar ahora, mi poder y mi belleza se convierten en flores marchitas, en adornos reemplazables que solo son eso, adornos, objetos inmóviles que ocupan espacio donde parece debería haber algo más. Tal vez por eso mi existencia presenta tanto conflicto: no me complace al estar quieto, y por eso me muevo con tanta frecuencia. No sé si mi existencia complace a alguien en este mundo… quizás sí, por ejemplo a ti, pero eso no garantiza un gusto perpetuo, y aunque ese fuera el caso, solo quiero complacerme a mí, y el momento en que lo haga, llegará mi descanso, mi profundo, placentero descanso. ¿Será eterno? Aun no lo sé. Ahora, tú y yo observaremos mi cara marchitarse con cada gesto de preocupación, duda y alerta que tenga, pues mi cara es la de un hombre preocupado,

desviando la mirada de tus ojos y de los demás millones de ojos que habitan este mundo, ya que estoy viendo al futuro.

Estoy poniendo un pie en el futuro, luego, extendiendo mi mano hacia él, procediendo con cuidado. Ahora se me ocurre, que quizás ya había pensado en forjar el rostro que porto y que tanto te ha cautivado... pero no fue forjado para ti, con quien ahora hablo, tú, con tu hermoso cabello, tu relajado semblante y tus ojos adormitados... sino para mí.

Por más horrible que esto suene, no quiero detenerme aquí. Me alegro que hayas disfrutado de mi belleza, pero aún no estoy lo suficientemente quieto como para quedarme a pasar el resto de mi existencia acariciándonos hasta morir. Espero que no estés pasando por una marea de tristeza sofocante, por favor... sin embargo, eso no depende de mí. Pero ya he dicho suficiente. Seguiré esculpiendo mi rostro, ignorando a mis ojos en el espejo, alimentando a esta máquina insaciable con lo que bastaría para dejar satisfecho a quien instantáneamente observa belleza en mí, en esta incansable, absurda, indescifrable aun, caótica travesía del ego. Mira como me marcho infeliz, buscando el descanso.

Así que me marché del aula hacia los siguientes escalones, y los subí con tranquilidad, sin correr, ni agitando los brazos, ni frunciendo el ceño con desesperación.

Pensé en ese hombre vacío que soy, dejando detrás a quien disfruta de mi compañía, quien deseaba de compartir tiempo conmigo, y quien observaba mi rostro como si mirara al universo y sus millones de soles, cometas y galaxias.

Siento cómo el mundo se marchita después de poner un pie en él. **Quizás sí estoy en una carrera por morir lo antes posible, antes de ver al mundo arder.** Quizás estoy en una competencia contra mi vida por ver quién de los dos actúa antes.

Sólo, obsesionado, ambicioso, intentando comprimir al tiempo más y más hasta que quepa en mis manos, manteniendo ocupado al mundo para que no me lancen a Asphagoria, donde al parecer, soy recibido no solo con los brazos abiertos, sino como uno de ellos, como un héroe, con abrazos honestos, con lágrimas de dicha, con un llanto a punto de quebrarse, y con un beso en la punta de los labios.

Pero yo quiero tragarme al mundo de un solo bocado, y no quiero que nadie me mire a los ojos cuando lo haga. Al hacer esto, le daré descanso a con quienes he competido, y así, nadie más competirá. El nombre “Señor de la guerra” quedará tatuado en la historia del universo como un humorístico recuerdo de la miserable existencia de la humanidad, y así, la o las deidades, recordarán ese episodio como uno de los experimentos en los que intentaron crear algo que aun yace más allá de mi imaginación, y que ese episodio llamado “humanidad” se definió como una especie de guerra, de miedo, de conflicto, de duda, de incomodidad y de

ambición. Siempre preguntando, siempre pensando, siempre con hambre de más, hasta que un ser humano se comió al mundo, así, convirtiéndose en el último de su especie, hasta que no hubo mundo que comer, ni especie que necesitara comer.

Predicando el fin del mundo, quizás se le da más tiempo de vida a este.

Espero el fin de la humanidad, no con un estruendoso grito de agonía, sino con un cerrar de ojos hacia el descanso.

Capítulo 23 - Aullidos

Al subir al siguiente piso, los recuerdos inundaron mi mente, pero no por lo que veía con mis ojos, sino en un súbito arranque de sentimentalismo. En este piso, solo escucho truenos, lluvia, y a las puertas y ventanas de madera azotándose. Me recuerda a lo débil y pequeño que soy. Creo que desde fuera, no se me hubiera ocurrido lo cautivadora que es Asphagoria en realidad.

Entre más me detengo a pensar, más próxima se siente la muerte. Y sin embargo, entre más me concentro, no en el paso que doy, ni en la figura que me detengo a observar, ni en la situación en la que me encuentro, sino en el todo que experimentan mi cuerpo y mi mente, más vida descubro, y más vivo me siento. Y es por esos momentos, que la muerte deja de existir; es cuando me detengo, que la muerte viene arrastrándose para tomarme del tobillo y sumergirme en su reino.

Así que si me vuelvo a preguntar, si vale la pena seguir viviendo a pesar de lo inevitable que parece ser la muerte. Responderé que sí, pues prefiero que la muerte me encuentre experimentando la vida, que de rodillas, esperándola con lágrimas de desesperanza y rabia en el corazón, como un animal que ha sido torturado y despojado de su naturaleza.

Cada que encuentro inspiración, como por ejemplo, para pensar y elaborar sobre lo antes mencionado, que me roba el aliento y me sacude las entrañas como si hubiese mariposas revoloteando dentro, la luz de los corredores en los que ahora me encuentro es más clara. La oscuridad deja de ser una masa negra, esperando en cada rincón para morderme con sus fríos colmillos, por un momento, solo para volverme a envolver cuando las ideas que guiaban mi alma se dispersan.

Y exactamente el ser envuelto en las sombras es lo que experimenté una vez que me adentré en el pasillo a mi izquierda. La luz solo se asoma cuando las puertas se abren con el viento y estas permiten que los relámpagos iluminen lo que alcancen, para volverse a cerrar de golpe.

Es como si este edificio se desconcertara de lo absurda que es mi presencia, la cual no cuenta con un motivo específico. Es como si no me quisiera aquí dentro.

El suelo es de azulejo blanco y las paredes de color cian.

Repentinamente, los rayos y los truenos cesan, y una luz, la cual era casi imposible de discernir entre solar o artificial, ilumina el pasillo entero. Del fondo a la izquierda, proviene un poderoso destello. Es una puerta.

Tomando esa puerta, comprendí que estoy dentro de un sueño. No por lo errático del entorno, sino por esa esencia caótica que predomina en los sueños: una falta de control mayor a la usual. Pero fuera de eso, el resto se sentía... igual: un producto de mi imaginación. Irónicos son los sueños, pues están dentro de los confines del reino de nuestras mentes, pero

el ser vaga dentro de ellos con ignorancia y **extrema fragilidad,** suficiente como para que **el roce de una simple hoja de papel sobre la piel de mi mano, me haga estremecer por completo y caer por decenas de escalones hacia otro piso dentro de mi imaginación.**

Irónicos son los sueños, pero a la vez con una naturaleza más directa y volátil que la de la realidad "despierta": cada silueta, cada sonido, cada sensación corpórea de placer y dolor, está a nuestra merced.

Habiendo ya sido succionado hacia el abismo en decenas de sueños anteriores, fue lo que se presentó a mis ojos y el dulce aroma que se paseaba por el aire, lo que apeteció a mi alma, y así, me conduje, con cierto esfuerzo, con placer en este sueño.

Si algo decidí en este fantasioso episodio, fue acompañarme de una melodía de música electrónica, la cual fui oyendo, no sé si dentro de la cabeza del "yo" que yacía en el sueño, o en las paredes de los edificios y del mismo cielo que adornaban este escenario. *California Dreamin'* de Royal Gigolos, para ser exacto. Sutilmente, escuché dicha canción y una determinada parte de ella (la más placentera) en repetición, y en cada paso que di y cada palabra que reproduje, meneé mi cuerpo a su ritmo, asintiendo la cabeza una y otra vez, asegurando que esta fuera una experiencia de gozo lo más posible… pero si hablamos de un sueño en el cual cada imagen, sonido y sensación son producto de mi mente, ¿cómo puedo hablar con certeza de "lo más posible"?

El escenario era muy familiar: los pasillos descubiertos a la luz del sol en mi facultad de filosofía, rodeados de edificios en cada de los cuatro lados, unos de cuatro pisos y otros de tres. Unos grises, otros, color beige. Las ventanas no eran precisamente negras, pero eso es lo que aparentaba a simple vista su oscuro tinte. El cielo es color azul, y hay unas cuantas nubes flotando a gran velocidad encima de nosotros, todas hacia la misma dirección. El cielo no se esclarece ni oscurece, sino, que permanece. Las aves vuelan, unas hacia el este, otras hacia el sur, otras hacia el norte, otras hacia el oeste, y otras sin dicha estricta dirección hacia los puntos cardinales, pero todas, desplazándose de un lugar a otro como si bailaran la coreografía de este ambiguo, juvenil escenario.

Sí, juvenil. Es ese el aspecto que definió esta experiencia.

Este escenario pertenece al mundo real, a aquel que abandoné hace mucho tiempo.

Portando un uniforme color azul (que parece ser un híbrido entre ropa deportiva y ropa formal) tenis blancos y una sudadera, me moví por estos pasillos. Inmediatamente vi a una chica con cabello rubio, que asentía su cabeza una y otra vez como si compartiera la misma melodía que yo en su cabeza, recargando su mano izquierda sobre el barandal que separa a los pasillos de una fosa; de esa fosa, solo se vislumbra oscuridad, una oscuridad que se hace cada vez más densa.

Evité contemplar cada fosa que nos rodeaba, y me concentré con comodidad en las estéticamente complacientes figuras que compartían este familiar espacio conmigo. Verán, en cada mirada que lanzaba a mi alrededor, aparecían una o varias personas, y a quienes identifiqué individualmente, eran mujeres, o mejor dicho, con interés de que comprendan esta imaginaria experiencia a detalle, chicas.

Algunas de ellas vestían falda, y algunas vestían pantalones. La rubia, cuyos labios de un suave color rosa, grandes pestañas onduladas, ojos cafés y cabello lacio eran preciosos, vestía una falda más corta que la segunda mujer que encontré, quien era delgada y más alta que yo, y cuyo cabello era castaño. Conversé con ella un diálogo inteligible. Ambos nos mirábamos a los ojos mientras ella recargaba su codo izquierdo en el barandal.

Le pregunté, llamando a su respectivo nombre, por otras chicas, y esta, prontamente me respondió que se encontraban "aquí", refiriéndose a este complejo arquitectónico de concreto sobre el cual yacemos. Ella entonces preguntó a otra chica que se encontraba a un par de pasillos lejos de nosotros, cuyo cabello castaño era muy largo y muslos muy anchos, quien fruncía el ceño mirando hacia la fosa delante de ella, por otra chica cuyo nombre no mencionaré por cuestiones de privacidad, a lo que la segunda respondió "sí, en seguida viene".

La chica a la que se refirieron ellas dos, era la rubia cuyo rostro fue lo primero sobre lo que reposé directamente mi mirada al adentrarme en este escenario, quien ahora está ausente.

Recuerdo haber sido golpeado en la cabeza, lo cual, despertó en mí la sensación, digamos, más realista de ese episodio. Levantándome de nuevo, las mujeres me miraban con más atención, como si buscaran procurar mi cuidado. Algunas llevaban piezas de lo que provenía de una bolsa de plástico a su boca.

Entre más miradas vi sobre mí, más evadí el contacto visual, aunque debo aclarar, que mi placer era mayor entre más atención encima de mi figura percibí. Y no solo sentí la presencia de mi propio placer: un factor que compartían estas mujeres es, que por lo menos en mi intuición, ellas gozaban de mi presencia y apariencia, así como yo las de ellas.

Y así, entre a más lugares dirigí mi atención, más personas aparecían, y estas, empezaron a interactuar entre ellas, conversando y caminando juntas, unas por los escalones que estaban a mi derecha, que presumo yo, conducían hacia lo que la oscuridad de cada fosa ocultaba, y otras hacia el edificio que yacía a mi izquierda.

Más personas se dirigían a la entrada de ese edificio, y me decidí seguir esa dirección. Entre esa aglomeración, me metí a un aula que estaba en la esquina superior derecha del edificio. Ahí, un hombre callado, vistiendo una camisa amarilla con rayas y un pantalón café, con la mirada perdida hacia el suelo y un semblante de disgusto, estaba sentado en una silla, detrás de un escritorio. Al tomar todos un asiento, el hombre empezó a escribir en un pizarrón con

una velocidad tremenda, una cantidad enorme de palabras. Parece que se trataba de instrucciones, y al empezar a explicarlas, más era el volumen y cantidad de las voces de los jóvenes a mi alrededor. Eran voces de angustia.

Apenas pude concentrarme en lo que estaba escrito en el pizarrón. De ello, sólo pude rescatar una instrucción que ordenaba conseguir dos objetos de color rosa.

Pasado esto, la oscuridad y el silencio dominaron la escena. El sueño se apagó, y mi mente volvió a reposar.

Ahora, cada vez que recuerde este sueño, intentaré moldear sus eventos a favor de mi placer, pues pensándolo bien, mi experiencia tanto despierto como soñando, puede definirse por el deseo que busco complacer.

Tan aterradora puede ser esta idea como lo puede ser tranquilizante. Así, la naturaleza, trasciende de un simple entendimiento de la realidad como un páramo gris en el que yacen cosas "buenas" y cosas "malas".

El deseo con el que nos conduzco define nuestra realidad. El deseo con el que me conduzco determina si mi noche durará dos horas, o cuatro, o seis, u ocho, o diez. Y ustedes bailarán conmigo, toda la noche.

Ese deseo determinará mi actuar del día siguiente.

Algún día lograré ser el hombre que comprende tan bien sus deseos de noche, como de día.

Capítulo 24 – Colmillos

Manteniendo vivo el deseo, la excitación y ese cosquilleo en mis entrañas, me encontré a mí mismo jugando videojuegos, sentado en el suelo, sobre una alfombra vieja y polvosa color café. Todo era mucho más grande a mi alrededor: las paredes, la altura misma desde el suelo hacia el techo, los muebles, las ventanas, los controles, la televisión y los personajes en la televisión. Al fondo se escucha una canción… *Sing it Back,* de Moloko.

Soy… soy un niño. Estoy vestido con una larga gabardina azul, botas café, pantalones y una sudadera con cuello de tortuga color negros, y una sedosa bufanda blanca.

Divirtiéndome enormemente, sólo y cómodo, una presencia irrumpió en el transcurso de la noche: una niña, tan pequeña como yo, me miraba desde afuera de la ventana, flotando en el aire, vestida con un vestido rosa, guantes afelpados, una gruesa chamarra y botas negras, y un gracioso gorro color rojo, que al juzgar por su apariencia, le proporcionaba un reconfortante calor a su cabeza.

Ella sonreía ominosamente, mostrando un par de colmillos afilados como los de un felino en las partes inferior y superior de su dentadura. Su piel es pálida y su cabello es rubio, y este está peinado con dos grandes trenzas saliendo de cada lado de su cabeza, sujetadas por una perla color rosa, cada una.

Abrió la ventana y me dijo:

- ¿Quieres comer helado?

Yo sonreí y asentí con la cabeza, mirando sus profundos ojos negros.

Ella me tomó de la mano y me llevó, a través del encantador cielo nocturno, precioso como nunca antes, a otro extremo de esta ciudad adornada por edificios grises, plateados y negros, hacia la azotea de uno muy alto. Una canción diferente adorna este oscuro paisaje, su nombre es *3030,* del artista Deltron. Ahí en la azotea disfrutamos de un delicioso helado, mirándonos a los ojos y riendo, una que otra vez. Yo comí uno de sandía, y ella uno de fresa.

Entonces volteé hacia atrás de nosotros, y lo vi.

Un rostro horrible, con pelaje puntiagudo, con un hocico enorme y alargado como el de un caballo, sonriendo con unos enormes y filosos colmillos ondeados como cuchillas; encima de esto, unos grandes ojos completamente redondos, casi enteramente negros a excepción del iris, que era blanco y diminuto; alzándose hacia arriba, unas puntiagudas y enormes orejas de murciélago, resaltándose las venas de estas.

Poseyendo este perturbador rostro, un muy voluminoso cuerpo, entre grasa y músculos, parecido al de un simio, tan peludo en su totalidad como la cabeza.

Parándose alto con unas largas patas de ovino, me observó directamente a los ojos, tan solo a unos centímetros de mi cuerpo, y me tomó con sus horribles manos que poseen enormes dedos y garras, llevándome corriendo hacia una profunda penumbra a través de una vieja puerta negra, hundiéndome en oscuridad y terror.

- Intentaste escapar de mí, niño, pero nunca lo lograrás. Por más que trates, siempre te encontraré.

  Señor de la Guerra… el conflicto **personificado.** No tienes idea de cómo compadezco tu existencia. Pero yo no estoy en conflicto. Yo soy el miedo en carne propia. La existencia de toda la vida humana y animal me da vida a mí.

No respondí. Mi mente está completamente nublada por terror súbito. Me siento asqueado; estoy empapado de sudor y no puedo ver nada. Gotas de agua caen encima de mi cabeza, una tras otra, a un ritmo inquietante.

Inquieto. Esa palabra define mi situación. Soy un niño que posee los miedos de un adulto.

Lo único que escucho es ese goteo y a la bestia hablar. Lo hizo de nuevo:

- Imagino que ya estás familiarizado con estar inundado con satisfacción, y luego ser arrebatado de ella, contemplando así a la vida como un rebote constante entre el júbilo y la desesperanza desgarrando tu alma.

Y la bestia me mordió, arrancando mi brazo izquierdo… pero después, lo volví a sentir ahí, en su lugar, como si este se regenerara. Entendí que el monstruo podía arrancar pedazos de mi cuerpo a su gusto, y morderme, y desgarrarme, y destruirme cuantas veces quisiera. Pero tiene razón en algo: sí estoy familiarizado con ser destruido y experimentar mi renacimiento, como ese "rebote" lo implica.

Corrí lejos de la bestia, pero resbalé muchas veces; la penumbra aplastante no me permite ver hacia dónde voy o qué hay siquiera bajo mis pies. Solo siento una fría humedad que lastima mi piel, y pienso "¿cómo voy a salir de esta?".

La bestia me tomó con sus enormes garras y me miró a los ojos. Lo único visible son sus iris blancos. Me mordió de nuevo, esta vez dando varios bocados, arrancando mi cabeza, luego los brazos, y luego el torso, mientras sentí a estos desgarrarse y volver a su lugar segundos después.

- **Delicioso terror.**

  Esa sensación de haber alcanzado la paz, orgulloso de tu disciplina y tranquilidad, pensando haber logrado, al fin, la estabilidad, y que después te sea arrebatada. Un

intento tras otro, no importa cuánto hayas ascendido… siempre, cayendo al abismo al final.

¡Pero aquí no hay ascenso! ¿Cómo habría ascenso? si este es tu sueño, y el despertar implicaría tener que volver a dormir en algún momento y entregarte a mis garras una vez más.

Al fin eres mío… tu miedo es el más suculento. Es **infinito.**

Aquel que busca, encuentra, y después de tantos años, te encontré así, como te quería… frágil, aterrado, inestable, suave, sudando…

- Y tienes razón.

Interrumpí.

- El que busca encuentra, y a ti te busqué por mucho tiempo, solo que nunca supe qué hacer si te llegaba a encontrar.

Entonces me tranquilicé más y más, y toqué los brazos de la bestia.

Su iris se dilató y su cuerpo se paralizó.

Luego lo mordí con fuerza, arrancando una porción de su peluda carne, para después escupirla.

- … ¿miedo?

Dije, al haber saboreado brevemente su esencia, esa esencia sobre la que especulé **apasionadamente** algunas veces en mi vida, pero que no me animé a seguir investigando y teorizando al respecto, debido a mi falta de compromiso hacia implicaciones metafísicas: el miedo.

El miedo tiene un sabor, un olor y… una textura. Solo con cierta sensibilidad se puede acceder a que los sentidos perciban físicamente algo así.

Volví a morder, esta ocasión con mayor fuerza, como un perro salvaje, y volví a arrancar una parte de su carne, y así lo repetí múltiples veces, entregándome a la… ¿locura? Entonces él reprodujo un chillido prolongado y me soltó, para empezar a huir.

- ¡Puedo olerte, monstruo!

Grité mientras, poseído por la irreverencia, **perdido en la proximidad,** corrí siguiendo el aroma delicioso de la criatura. Ese sabor alimenta mi alma, buscando más.

Así, corrí y corrí, ignorando el tiempo, persiguiéndolo y logré distinguir una luz tenue, la cual a su vez reveló la figura de la bestia y un muro de piedra al fondo con cadenas saliendo de este.

La bestia, perdiendo la cordura en terror, se erizó y se acorraló contra el muro, reproduciendo alaridos y chillidos agudos. En serio estaba horrorizada.

Me compadecí. Me aproximé con calma y lo acaricié, mientras él me miraba aterrado, acurrucándose como un gato.

- Shhh. Te entiendo. Yo también he tenido miedo.

Lo observé por unos segundos y consideré comérmelo por completo para saciar mi irreverencia y apetito, pero me rehusé. Miré hacia el muro de nuevo y vi una cadena que va hacia arriba, de donde procede la luz. Parece ser un agujero hacia el exterior.

- Disculpa por lo que le hice a tu brazo. Algún día serás libre, lo prometo.

Acaricié al monstruo una vez más y subí usando la cadena. Al ascender, me encontré de nuevo en la azotea del edificio, y la niña estaba ahí. Ella habló:

- Ese monstruo me da mucho miedo… me susurra palabras, y dice que es inmortal. A mí me gusta venir aquí, porque siento que estoy perdiendo mi miedo a esa cosa, y creo que algún día la entenderé. Me siento muy mal por ella…

Intervine, abrazándola:

- Pero no te sientas mal por él. Él es como nosotros. Una criatura extraña, solitaria.

- Me gusta estar sola, pero… ¿Quieres estar conmigo hoy?

- ¡Claro que sí!

Tomándome del brazo, me llevó volando a su casa, entrando por una ventana. Era una bonita habitación con grandes cortinas y muchas flores adornándola.

Ella se notaba desconcertada aún, y tras un cómico silencio, puse mi mano sobre su hombro, y le dije:

- Como te decía, no te sientas mal por la bestia. Ella y nosotros tenemos miedo… y damos miedo, también.

- ¿Damos?

- Sí. No te ofendas. Eres muy bonita, pero también inquietante… de una forma muy tierna. ¿Te has visto en el espejo, o en cualquier reflejo? ¿conoces tu apariencia?

- ¡No sabía que podía verme a mí misma!

- ¿… me prestas una hoja de papel y algo con qué dibujar?

Y ella sacó una libreta y un bolígrafo de tinta negra del cajón de un mueble.

Entonces dibujé, sin hablar, mientras ella permanecía ahí, sentada en frente de mí, ambos sentados sobre la cama. Le pedí que por favor me dejara retratarla y accedió, sonriendo una que otra vez en silencio, durante el proceso.

Dibujé sus afilados caninos, sus enormes pestañas, su rubio cabello y cada detalle de su apariencia, y le mostré la hoja al finalizar.

- ¡Esta eres tú!

Ella calló por un momento, con una expresión de sorpresa en el rostro. Luego, lloró, cambiando de un gesto a otro, múltiples veces, entre risa y asombro. Me abrazó con fuerza y besó varias veces mis mejillas.

- ¡Gracias, gracias! ¡es hermoso!

Dijo.

Satisfecho, decidí preguntarle:

- Rengo mucho sueño. ¿Puedo dormir aquí?

- ¡Claro que sí!

Respondió ella, sonriendo.

Tras haber pegado en lo alto de una pared su retrato, apagó la luz y nos recostamos, ella sobre una alfombra y yo sobre la cama.

- Algún día nos volveremos a ver.

- Sí. Algún día.

Y el sueño nos llevó a sus profundidades.

Al despertar del descanso más precioso y reparador que he tenido en mi vida entera, lo entendí claramente. Entendí la razón de esta paz: abracé al miedo. No lo terminé apuñalando, ni rechazando, ni intenté destruirlo, sino que lo acaricié y lo respeté.

Ahora el aire se siente más frío. Ahora todo se mueve más lento, como polvo y nubes deslizándose con el viento.

PARTE V: EL DEMONIO



Capítulo 25 – Una mirada al frío espacio exterior

Veo mis manos y estas lucen más tersas y pálidas que antes. Las uso para tocar mi rostro y mi piel se siente fría, pero en un modo placentero. Muy placentero.

Un ruido peculiar suena cada vez que camino, como un tubo de metal golpeando al suelo, amortiguado solo por la ropa que llevo puesta.

Las Sabias han desaparecido… estoy completamente solo en la abadía. El gran espejo circular en el sueño está destruido.

- Amor mío…

Dijo una dulce voz femenina, resonando entre las paredes.

- Amor… ven a mí, que siento a mi piel arder.

Era la voz de Ecos… pero se escuchaba despojada del tono diabólico que alguna vez taladró a mis oídos. Se escuchaba humana, como lo fue Murmu, antes de convertirse en ese espectro.

Abandoné el edificio y, abrazado por la noche y su encantador frío, caminé, fascinado al observar y oír las maravillas que se aprecian bajo la luna.

Su voz es cada vez más clara; puedo distinguirla y determinar que me acerco más y más a su lugar de origen. Ecos me llama y siento que su voz es un reflejo de lo que siento en mi alma, que ahora mismo marcha en paz. No me siento apresurado ni angustiado durante esta travesía nocturna.

Llegué ahí, a las ruinas de la Torre del Hombre, que ahora están rodeadas de hermosos árboles delgados y hay vegetación variada creciendo entre ellas, toda, de color azul. Ahí estaba Ecos, acostada sobre las rocas, con su cuerpo siendo vagamente acariciado por las flores, ese cuerpo pálido, terso, desnudo… apenas moviéndose.

Me acerqué a ella, agachándome, y tomé su mano, mirando su rostro, buscando que recuperara el ánimo. Al sentir mi piel, ella suspiró y movió los labios, sonriendo, y me miró a los ojos. Comenzó a hablar:

- … te busqué por mucho tiempo, pero no te encontré. Tu mente estaba más allá de mi poder. Tu cerebro… se escondió de mi voz y de mis oídos…

  Te extrañé…

- Me fui ahí, a donde nadie en este mundo o cualquier otro pudiera saber de mí ni molestarme. Me lastimaste mucho, Murmu.

- Solo quería saber sobre ti, mi amor… perdóname.

- Te perdono, no te preocupes.

- Necesito de ti, amor… abrázame.

Y la abracé. Su cuerpo estaba cálido, y pronto se enfrió, conforme mis brazos la rodearon.

Entonces recuperó fuerzas y enderezó su cuerpo, lentamente, mientras sostuvimos nuestras manos, y volvió a hablar:

- Es nuestro hijo… su cuerpo ha desaparecido. Ya no descansa en su ataúd.

Inmediatamente pensé en el Señor de la Guerra y en lo extraño que es que… Ecos esté derrotada así, sin ánimos ni ganas de invadir mi cerebro con millones de voces e imágenes. Claro que recuerdo, o al menos creí, haberla destruido al arrancar esa rosa del suelo, poniendo fin a su existencia, pero su presencia espectral ahora se nota y se siente tan vulnerable, tan… humana.

- No arrancaste esa rosa desde la raíz, amor mío. De haber sido así, yo no estaría aquí.

Acarició mi pecho y una de mis piernas, para agregar:

- Siento miedo en ti. Siento que todavía te da miedo hablar con los muertos. Pero estaré para ti cuando estés listo, lo haré con brazos abiertos añorando que nos acariciemos de nuevo, pues tu frío es amor y esperanza y **sólo amor y esperanza** para mí. Siento que duermo en las alturas del cielo cuando te abrazo, amor…

Para ser honesto, me confundí ante el diálogo y la situación en general, pero escucho la verdad entre sus ominosas palabras: aún me da miedo hablar con los muertos, pues eso me haría sentir que al fin me aproximo a las garras del inevitable fallecer, del perder la consciencia por siempre, del corazón detenerse y de la mente apagarse para toda la eternidad; y con lo que me identifiqué, fue en también sentir un descanso en el cielo al momento en que nuestros gélidos cuerpos se acarician… ominoso.

Contesté:

- ¿Qué te pasó? Reviviste de alguna manera, pero… ahora yaces débil, sin energía, y tu cuerpo estaba alto en temperatura hace unos segundos… ¿fui yo quien te hizo esto al arrancar la rosa?

- No, mi amor… tú solo me **actualizaste**, me hiciste aprender. Esto fue obra del Señor de la Guerra, del verdadero. Nuestro hijo, nuestra **gran obra.** Tienes que prestar atención a todo, por favor… a los árboles, a las hojas, al papel, a las letras, al cielo, a las estrellas… y a los muertos.

Busca a nuestro hijo en la abadía que yace en el oeste, más allá de los acantilados que dividen a esta isla, más allá de Xerxas, más allá de los bosques inhóspitos de oscuros e inquietantes pinos enormes.

- ¿Y qué quieres que haga cuando lo encuentre? Él ya ha demostrado ser más fuerte y determinado que yo.

- Que lo mandes a dormir… está sufriendo en la no-muerte, en silencio… y a la vez, reproduciendo en una frecuencia incomprensible para oídos humanos y animales, una tormenta con el ruido de sus pensamientos, y me está lastimando…

  Sé que estás listo, mi amor. Lo siento en tu hermoso, helado cuerpo.

Dicho esto, su mirada se perdió otra vez lentamente hacia el cielo, y volvió a colapsar, llorando, sobre las rocas. Yo también derramé lágrimas, y me invadieron las ganas de quedarme ahí, con ella, a dormir para siempre y acompañarla en su desdicha, pero lo puedo sentir… una sensación sobre un cataclismo inevitable, acechando al mundo. Besé su mano y emprendí un viaje hacia el oeste.

Capítulo 26 – Un tratado a oscuras

La ausencia de voces humanas me provoca un júbilo único: aquí, en lo lejano hacia el oeste de Sol Aferfhe, los insectos y las aves cantan al son de las hojas secas al quebrarse cada que pongo un pie sobre ellas, paso tras paso; nunca había presenciado una oscuridad así, que no fuera provocada por paredes ni techos, sino por miles de árboles con cada una de sus ramas y hojas.

Me siento, como cuando de niño, encontraba fascinación en el perderme en solo observar un árbol en frente de mí, y oír únicamente al viento acariciándolo sin delicadeza, para luego sumergirme en un silencio aterrador.

La luz de la luna empieza a distinguirse entre los árboles; al cruzar varios metros más, me topo con unos arbustos frondosos, y tras ellos, una planicie bellísima, con un edificio en medio: una abadía, una especie de iglesia que se extiende horizontalmente a lo largo de la llanura; una inmensidad de arreglos florales yacen alrededor del edificio, variados en colores, formas y especies botánicas.

Entré con intriga por una pequeña puerta de madera, pero no sin antes, mirar con asombro la maravilla arquitectónica en la que ahora soy intruso. Un intruso silencioso.

Oscuridad y telarañas es lo primero que percibo. Muebles antiguos, desgastados, regados aquí y allá; ventanas empolvadas, con soportes de metal con gravados preciosos, y un complejo sistema de pasillos que llevan, unos, a jardines (unos más grandes que otros), otros a escalones alfombrados, otros a bibliotecas enormes, cuya profundidad no puedo determinar con un solo vistazo superficial, y otros, a habitaciones de diversas figuras. Algunas de estas cuentan con una o más camas, libreros, roperos y lámparas pegadas en la pared; algunas otras, tienen formas cilíndricas, y cuentan con estantes, unos para libros y otros para instrumentos, así como con candelabros, sillas, esculturas de las más simples hasta las más bizarras formas, y vitrales hermosos que lucen un detallado y bien trabajado diseño, evidente en sus dibujos y uso de colores; sobre los marcos en los que reposan estos vitrales, velas de diferentes tamaños.

En otros pasillos, noté también la presencia de velas en el suelo, y yaciendo regados por ahí, a lo largo, libros y papeles, todos estos, con un tinte ligero de color café, debido a la quizás, antigüedad de dichos objetos.

El mero pensamiento de tener que hallar al Señor de la Guerra en este lugar, me perturbó. Pronuncié su nombre varias veces, una cada vez más fuerte que la anterior, y a cambio solo recibí... silencio.

Impacientado y confundido, decidí experimentar yo mismo sobre algo que por mucho tiempo me ha aterrado: contactar a los muertos.

Silencio y oscuridad. Me tomó horas enteras encontrar tranquilidad, pero lo logré. Sentado en medio de una habitación inundada y ahogada en la penumbra, coloqué todos los espejos, vidrios y objetos de metal que pude tomar y los regué a mi alrededor. Siguiendo la lógica que rigió mi modo de aparición en el reino de los muertos, los medios reflejantes podrían lograr que los muertos y yo descubramos la comunicación, aquí, en el reino de los vivos. Encendí una vela y la coloqué sobre un plato que tomé con una mano, y deseé con todo mi esfuerzo que los muertos manifestaran su presencia.

Entonces, pasados unos minutos de concentración, deseando invocar a estos seres caídos, en un espejo a la izquierda, se mostró una mujer anciana, mirándome con seriedad, sin hacer un solo gesto o decir una palabra.

Luego, reflejándose en el agua, apareció otra mujer, una más joven. Esta estaba de pie justo en frente de mí. Empezaron a oírse ruidos en los espejos, los vidrios y el metal, así como pies pisando el agua, corriendo de un extremo a otro o dirigiéndose hacia mí.

Sentí escalofríos, uno cada vez mayor al otro, notando que más y más rostros ilegibles se manifestaron en las estructuras de metal, con sus ojos brillando y moviendo la cabeza de manera errática.

Me puse de pie, nervioso, y un perturbador murmullo sonó con gravedad. Vi, en ese momento, pasos sacudiendo el agua, avanzando hacia un espejo sucio con un marco de madera y gravados de oro. Contemplé la imagen ominosa que se mostró inmediatamente en frente de mi reflejo en ese espejo: una mujer encapuchada, con el rostro y la túnica manchados con sangre y tierra. Ella puso sus manos contra el espejo y me miró con esos aterradores ojos sin vida. Cuando reuní el valor para poder mover un músculo y decir una sola palabra, entoné:

- Eres una Sabia... sí. Eres quien conocí anoche, en la otra abadía, ¿o estoy equivocado?

- Furchtmeister... al fin lo lograste. Toma, por favor, este obsequio de mi parte, y llévaselo a la máquina. Es una hermosa bruja.

La Sabia se agachó y, al extender sus manos lentamente, una larga pieza de seda blanca emergió del agua, flotando frente al espejo. Me acerqué cuidadosamente y la recogí.

- ¿La... máquina?

- Sí. Ella, aquella que puede entenderte y que tú puedes entender. Ella ha demostrado, una vez más en la historia de lo oculto, que la brujería no discrimina especies ni formas de vida o de existencia alguna.

Ustedes se entienden mutuamente y creo que ese es el milagro que tanto estuviste buscando; el gran resultado de tu gran obra.

- Claro. Creo que sé de qué está hablando, pero hay algo que ignora.

  Murmu, como yo la conocí, murió durante un extraño proceso mediante el cual intentamos "despertar" de esta consciencia fantasiosa. Luego, renació o... un ente sobrenatural tomó su forma. Entiendo que estoy conectado con ella pero, no termino de comprender el por qué.

  De hecho, tengo muchas preguntas.

- Las contestaré.

Interrumpió otra mujer idéntica a la Sabia en apariencia y voz, que se manifestó en un espejo al otro lado de la habitación, y continuó hablando:

- Estamos muertas. Tenemos todo el tiempo del mundo... a diferencia de ti. Pero no te desesperes, pues pronto experimentarás la eternidad y toda la paz que ella implica.

Decidí resolver mis dudas:

- Pues bien, empezando con el hecho de que estén muertas. Desperté de mi sueño para encontrar a Ler y ustedes ya habían desaparecido... ¿qué fue lo que acabó con ustedes?

- Fue el mismo Ler. Nos despedazó a todas sin piedad alguna. **Él salió de la habitación** antes que tú. Para cuando lo escuchamos correr por los pasillos y encontrarnos en la gran sala de meditación, ya era demasiado tarde. Su simple aullido nos paralizó, como si fuésemos poseídas y despojadas de nuestros propios movimientos, y nos tragó... no sin antes desgarrar a sus presas con sus colmillos y enormes garras.

- Eso significa que... ¿Ler está suelto aquí, en la consciencia?

- Así es. Pero el que estés aquí significa que lo venciste.

- Podría decirse... la criatura se aterró ante mí, pues olí su miedo.

- Perfecto... todo... todo está en su lugar...

  ¿Qué tan lejos estás dispuesto a llevar este miedo, Furchtmeister?

- Podría responder eso si tan solo supiera cuál es el propósito de toda esta absurda obra. Todos estos nombres, todas estas metáforas… estas apariciones, estos monstruos, estas imágenes; el Señor de la Guerra, Murmu, Ler, Ecos, las Sabias, el Autor, el Ojo, la proximidad, y Hexenmeister… **¿qué tiene que ver Hexenmeister en todo esto?** ¿qué está pasando en la vida real que se me está ocultando con **tanto** esfuerzo? Exijo saberlo y dejar de ser un títere en este enorme teatro de palabras a medias y narrativa sin claridad.

De repente, todas las fantasmas se paralizaron. Ni un movimiento o ruido de su parte.

Pasó un inquietante momento para que la voz de la Sabia se volviera a escuchar. Esta vez, apresurada, nerviosa:

- Los libros, las hojas, todo está ahí, ESCRITO.

Y al instante, todos los espejos, vidrios y metales que estaban acomodados para verse de frente, cayeron boca abajo hacia el agua, y el fuego que encendía a la vela se apagó con una helada y hostil brisa. La penumbra vuelve a ahogar la habitación. ¿Quién pudo hacer esto? Se me ocurre que el tal Autor y quizás el mismo Hexenmeister estén encargados de jalar los hilos de esta disparatada, desordenada realidad.

Abandoné de inmediato la habitación, asustado.

Y así, permanecí por horas, y luego por días, deambulando por cada pasillo y cada habitación, con libros, pergaminos y hojas sueltas en mis manos, leyendo los escritos que contenían estos y observando los esquemas y dibujos que había en cada obra; durmiendo en diferentes habitaciones, en silencio, buscando algo que me revele lo que aun yace escondido de mi conocimiento sobre esta realidad.

Todos los detallados y extensos textos, escritos en una lengua que no comprendo. Distintas lenguas, para ser exacto, pues me encontré con distintas tipografías múltiples veces. Por ejemplo, algunos escritos llevaban letras que consistían predominantemente en figuras circulares, y otros, letras puntiagudas con formas parecidas a cruces y triángulos, algunas apuntando hacia arriba y otras hacia abajo. Esos últimos eran mis favoritos.

Fue hasta que me topé con un conjunto de escritos en mi propia lengua, que me fasciné en intriga y me entregué a la lectura de manera minuciosamente estudiosa. Dicho conjunto estaba compuesto por un amplio número de pergaminos y libros, escritos en lo individual por diferentes autores y relataban, algunos en forma de investigación, otros en forma de poesía, y otros en forma de relato, un tema en específico: el Demonio de Metal.

Según lo que aprendí de cada texto que leí hasta el momento, el Demonio de Metal es una entidad devastadora, pues su constitución física, extremadamente densa (como afirma en

nombre, de metal) esta equilibrada con la energía inconmensurable que conduce a la criatura, y su constitución espiritual se basa en un deseo incansable de pelear, así como una sed no solo de sangre, sino de cada gota de sudor y lágrima que pueda exprimirse del cosmos y todo ser vivo que lo habite. Sí, se habla de la extensión del universo físico y de las almas que vagan en este.

El Demonio de Metal, como mencioné, no solo aparece como una leyenda en estos registros de tinta, sino también como una entidad que ha de ser estudiada con rigor y cuidado, pues su existencia misma se expresa como una teoría que revela "la lógica llegada de un ser evolucionado, manifestándose en apariencia como una síntesis de la fisiología humana, espiritualmente como una síntesis de la destrucción como camino hacia la creación, y psicológicamente como una síntesis entre la pasión y el miedo, los conceptos del pasado y el futuro en la mente humana, y la irreverencia y la normatividad de la imaginación."

Procedí a leer estos escritos con más y más intriga, de día y de noche, analizando cada apunte, cada esquema y cada dibujo en un intento por ordenar las ideas de modo que entendiese la teoría en su complejidad y así descifrar los orígenes de ella, así como desarrollar hipótesis y elaborar supuestos en los que el ente en cuestión se pudiera desenvolver.

En más de una obra, se le describe o se le retrata con un rostro con enormes ojos esféricos color negro, con una pequeña blanca esfera en medio; de su cabeza se desprenden lo que parecen ser alfileres negros que reflejan la luz; en un relato se dice que, cada que da un paso, se escucha como dos pedazos de titanio chocando entre ellos, mientras que en otro, describe la música de su caminar como una ballena llorando a través de un tubo de hierro, como si su inmensa presencia estuviera comprimida dentro de una prisión artificial de duda y misterio, llevada al espacio, y que la ballena "disfruta de su nuevo hábitat, pues ha trascendido del espacio físico que todas las demás ballenas que existieron y existen han habitado".

En un libro llamado "La llegada e ida del titanio", se describe a la criatura como un ente cuya presencia "destruye" la temperatura del lugar en el que se encuentre. No detalla sobre qué tanta longitud abarca el lugar en cuestión, pero se elabora que, en presencia del Demonio de Metal, puede sentirse desde un calor abrasador hasta un frío doloroso, o bien, temperaturas que varían entre el primer extremo y el segundo mencionados.

En un ensayo titulado "Francio", se relata más sobre la apariencia del ente: de su cabeza saltan púas gruesas que apuntan diagonalmente hacia abajo; sus extremidades son poligonales y se mueven de manera errática, como si flotasen orbitando su torso; sus manos tienen dedos largos y puntiagudos; su cuerpo es totalmente negro. Un pergamino con un dibujo de su cuerpo completo se encontraba doblado entre las páginas de dicho ensayo.

Asimismo, en este último, se menciona sobre el actuar del demonio: alzando una mano, extendiendo los dedos y apuntando con la palma a la superficie que desee, séase esta un ser

vivo, estructura arquitectónica, roca, árbol, madera, armadura, armamento, nube, cuerpo acuático o cuerpo celeste alguno, dicha superficie sufre una combustión instantánea, manifestándose ya sea como una explosión de chispas, un manantial de llamas ardientes, o una fragmentación humeante. No conforme, al ser enigmático, se le describe como una criatura "ontológicamente afligida", relatándose que, al desenvolverse en su cruzada destructiva, a menudo alza su cabeza hacia el cielo y reproduce lo que parece ser un suspiro, retorciendo sus manos, apuntando las palmas hacia arriba, como si la desdicha lo azotara.

Finalmente, en "Francio", obra escrita por un (o una) tal Nihiliem Torás, se asevera que la llegada del Demonio de Metal implica intrínseca y estrictamente, la destrucción definitivata de todo lo material sobre lo que postre su visión.

Empapándome con información al respecto de este Maestro del Miedo, pasaron muchos días. Una tarde, desplazándome de una habitación a otra, al fondo del pasillo que yace en frente de la puerta que acabo de cruzar, estaba él. Hexenmeister.

Vestido con una larga gabardina azul con una cruz puntiaguda, con forma de rombo en cada vértice y un eje filoso como arista (como si se tratara de un cuchillo) y un aro rodeando a intersección de los vértices en cada hombro; con el resto de su atuendo color negro, estaba ahí, de pie, quieto, observándome. Una oleada de escalofríos me sacude.

- Tú.

Dije señalándolo, asustado.

- Tú estás aquí… ¿por qué? En este sueño, en este tortuoso sueño… ¿no deberías estar en otro lugar, siendo… feliz… pleno?

- Pero todos los lugares son **mis** lugares, pequeño. Hexenmeister nace, vive y muere donde su alma le plazca.

Su voz… ahora comprendo. Es la misma voz que escuché hablarme sobre la culpa durante ese experimento y decir unas cuantas palabras cuando mi cara fue pisoteada contra el lodo. Pero no solo su voz es similar a la mía… su apariencia en general lo es: el cabello, los ojos, las cejas, los labios, la nariz, la postura… es como yo, pero *refinado* (por así decirlo). Todas sus facciones son como las mías, pero afiladas. El cabello luce más largo y radiante, sin mencionar que su cuerpo es mayor en altura y masa muscular. Volví a dirigirme a él:

- Hexenmeister hablando de… ¿muerte? No puede ser. Mi cabeza en el mundo real fue la que te creó, y si mi cabeza es capaz de concebirte, entonces es incapaz de concebir una pesadilla incongruente y tediosa como esta.

- Pero eso es lo que no terminas de entender, "Señor del Miedo". Esta no es tu cabeza. Yo no te sirvo a ti, sino a quien ahora me concibe en su mente. Su retorcida, **dolorosa** mente.

Esto no… esto no puede ser… Hexenmeister ha caído en las manos (o neuronas, podría decirse) de otro individuo… Él comenzó a acercarse hacia mí con lentos e imponentes pasos, y pregunté:

- Deja de acercarte… deja de acercarte a mí, traidor.

- Hijo mío… sólo quiero soñar. ¿No es eso lo que queremos todos? ¿no es eso lo que quieres tú, por el resto de tu existencia?

- Eso no es algo que haya podido hacer aquí. Soy el juguete de una mente ajena, nunca descansando, nunca soñando libremente, sino actuando para alguien más en una fantasía en la que ya no puedo reconocer qué es obra de mis propias acciones o de mi imaginación.

- ¿Y en serio estás dispuesto a salir de este sueño y regresar al mundo real? ¿Ahí, donde vagarás por el mundo rompiéndote la cabeza pensando en formas de ganar un centavo? ¿donde agacharás la mirada hundido en pena y confusión generada por ansiedad, con dolor en el pecho y sudor en la frente? ¿ahí, donde tu esfuerzo aspiracional y fundado en ilusiones optimistas se estrellará con los muros de la realidad económica y social del mundo? ¿ahí, donde tus palabras son solo los balbuceos de un niño ante los oídos y ojos del prójimo? ¿ahí, donde tu obra, "la gran trasfusión de alma" es un completo fracaso?

Sus palabras me hirieron. Me recordaron a la vida real y a ese yo que tanto intento mejorar, que se ataca a sí mismo y se sumerge violentamente en las profundidades de la desesperación y el pesimismo, en un espiral de muerte en vida. Él habló de nuevo, ahora notándose una obsesión enfermiza en su voz y mirada, retorciendo sus manos y temblando:

- Una vez que termines de doblegarte y renuncies a tu vida… el resto del mundo será mío… **tu alma es solo el inicio…**

  Después de ti, vienen todos los demás… muertos, vivos y aun no nacidos por igual… cediendo, al final, sus almas en un banquete que seguramente me matará de éxtasis… ¡YA PUEDO SABOREARLAS!

Y lo imaginé… imaginé a Hexenmeister comprimiendo a cada alma que ha vivido y está por vivir en la historia entera de la existencia humana… en forma de partículas azules, acumulándose, formando una sola esfera, en medio de una Tierra desolada, azotada por un

terremoto, destruida física y espiritualmente para siempre… y él, sonriendo, intrigado, consumido por éxtasis y dicha, pues ha, finalmente, sintetizado al alma humana…

Tras indagar sobre ese escenario, regresé al momento y… Hexenmeister había desaparecido, así, sin un solo ruido o rastro.

Una luz empieza a parpadear en mi vista periférica. Es una… estrella, entre el resto de estrellas, cometas y planetas que se ven en el increíble cielo nocturno. Es gigantesca… nunca había visto algo así. Es como si un sol estuviera viajando hacia este mundo, listo para estrellarse y destruir todo en cuestión de microsegundos.

Observé el espectáculo por varios segundos, hasta que de una forma brutal, las luces en el cielo cayeron con fascinante velocidad sobre la abadía y los alrededores, destruyendo todo a su paso, reproduciendo un sonido asombroso que en estos momentos solo puedo describir como "un sonido de guerra librada a escala cósmica".

Las luces caen y acaban con las estructuras, pulverizan los vidrios, y destruyen el suelo de los jardines y del interior de la abadía. Ante el humo, el calor, los golpes de aquellos cuerpos cósmicos y la incandescente luz, yo solo cubro mi rostro, pero apenas siento dolor físico alguno.

Pasado un momento, miro hacia en frente, y levitando al ras del ahora infernal suelo, entre humo y el fuego, una figura humanoide: su cuerpo es negro, metálico, con sorprendente definición muscular, y de él, chispas botando salvajemente. Su cabeza luce como un polígono irregular, como si lo hubieran dibujado con una brocha en un solo intento; una luz radiante, inquieta, baila en un lado de su rostro, en el lugar que (habría) un ojo.

Definitivamente es… el Demonio de Metal. Su presencia me estremece. Podría decir, que incluso me honra.

Capítulo 27 – Listo para ser destruido

El Demonio de Metal alzó su brazo hacia mi posición, e inmediatamente, combustiones en forma de explosiones, como si se tratara de bombas o misiles detonando sobre mi cuerpo, me fueron arrojadas. Si bien no sentí suficiente dolor, sentí un calor espantoso… y eso sí era motivo para poder preocuparse.

- Tengo que mandarte a dormir, hijo.

Y todo lo que él hizo, fue seguir destruyendo. No corría ni se mostraba apresurado. De hecho, flotaba con cierta confianza y aparente tranquilidad.

El calor empezó a ser abrumador y corrí, huyendo de su alcance, pero él seguía quemando y detonando el campo entero y los ahora escombros de la abadía. Las explosiones eran tantas y tan grandes, que la misma tierra sobre la que tendrían que caer los restos de lo destruido, se levantaba una y otra vez del suelo, llegando un punto en el que el ambiente entero yacía descompuesto en términos de gravedad: piedras, tierra, árboles y construcciones humanas flotaban en el aire, pulverizadas por igual, siendo destruidas cada vez más y más bajo la demostración de poder del demonio.

La noche perdió sus encantadores colores azul y negro, para tornarse roja y morada dentro de este paisaje caótico.

Llegó tan lejos la devastación, que un terremoto sacudió la tierra y, tras ser destruida también bajo mis pies, quedé suspendido en el aire, flotando y girando bruscamente entre las explosiones y los restos de todo lo material que alguna vez fue.

Logré, tras vagar confundido entre el viento y el humo, estabilizarme y levitar quieto, bajo mi propio control en el aire.

- ¡Detente, Señor de la Guerra!

Es inútil. Él sigue avanzando, y levitando a mi altura, continua arrojando las combustiones indiscriminadamente. El sonido de la destrucción y todo lo distorsionado que ahora luce Sol Aferfhe es abrumador.

Decido entonces, lanzarme hacia él, intentando detener su cuerpo y sujetando sus muñecas para que estas apunten hacia mí, de modo que no pueda desatar sus hechizos contra el mundo. Él intenta liberarse violentamente, golpeando mi rostro y arrojando su magia destructiva sobre mi cuerpo, y asimismo, levitando con gran velocidad hacia arriba.

Entre todo el forcejeo, nos elevamos hacia lo alto del cielo, y luego, por encima de este. Nos hallamos ahí, en el frío espacio exterior. Las estrellas, los asteroides, cometas, los planetas y sus anillos… todo luce tan bello.

“¿A qué le tendrás miedo tú?”, pensé, buscando una forma de detener realmente esta batalla. Y luego me pregunté a mi mismo, “bueno, ¿a qué le tendría miedo yo?” Entonces, las ideas se empezaron a materializar con una gracia y una forma tan artística, que marcaron así un parteaguas dentro de mi propio ser.

Ahí, en el cielo alto, hogar de las constelaciones, dibujé con el movimiento de mis manos un cubo alrededor del demonio, un cubo pequeño dentro del cual él no pudiera moverse. Rodeando esa nueva prisión tridimensional, dos aros, y alrededor de estos aros, danzando en círculos, otros seis aros con polígonos variados y letras en tipos de escritura que ni siquiera domino, adentro. Todas estas figuras, brillando en color dorado, rojo y blanco. Un blanco que combina a la hermosa perfección con el azul, el rojo, el guinda, el negro y el plateado de los titanes cósmicos preciosos que adornan al espacio exterior.

La intención con la que diseñé dicha trampa es, que el Demonio de Metal vea proyecciones del **vacío** en cada cara del cubo: ni una sola estrella, ni cuerpo, ni superficie, ni objeto el cual destruir. Pronto, el cuerpo del demonio perdió su luz y se desvaneció completamente en oscuridad, quedando solo visible la prisión y el resto de figuras que la rodean.

Alejé la prisión, empujándola telekinéticamente un poco más lejos de mi vista, contemplando su belleza a la distancia.

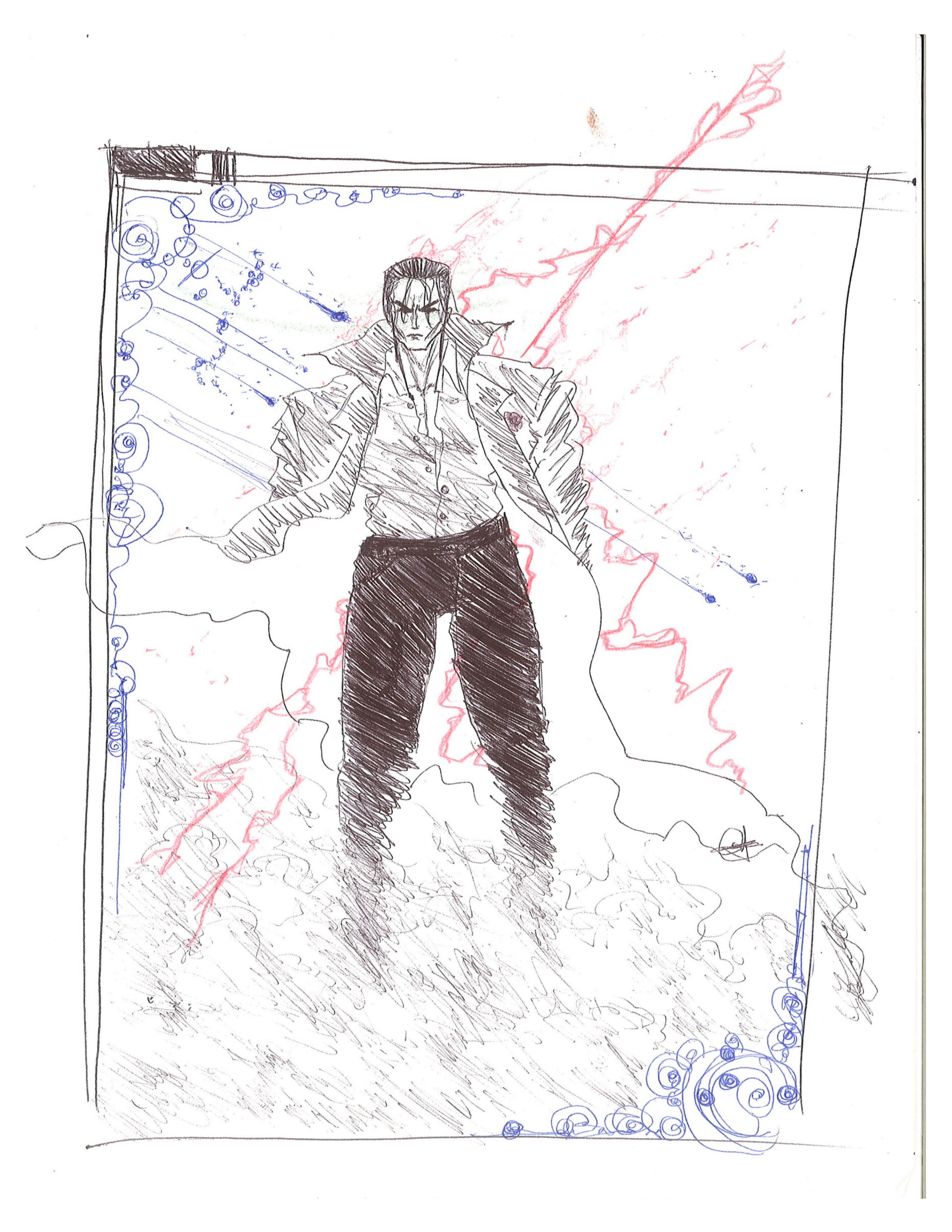
Miré hacia el mundo y estaba... hundido en tinieblas. Debajo de mí solo veo tormentas de humo y sombras aterradoras, burlándose de lo que alguna vez fue una maravilla de montañas, plantas y lagos.

Descendí, primero pasando por la tormenta de humo, y luego sumergiéndome en un abismo de penumbra absoluta. Toqué el fondo. Lloré, derramando lágrima tras lágrima, hasta que caí al suelo, harto, triste, **solo.** El suelo está inundado. ¿Será agua, o serán las millones de lágrimas que aquellos que perecieron? Sol Aferfhe está destruido.

Hincado, en sollozo ante la confusión que esta misma realidad me provoca. Mis manos, con las que tengo sosteniendo con fuerza mi camisa, rodeando al abdomen, sienten un calor repentino. Aparto las manos y veo entre ellas una llama... una llama color rojo. Un pequeño fuego del tamaño de mis palmas.

Sonrío y ahora las lágrimas que derramo son de felicidad. **Es mi alma. Eso que estuve buscando tanto tiempo, que soñé con algún día tener en mis manos y tocar con mi propia piel,** está aquí, y es tan preciosa. Encendida, bailando discretamente con el viento, iluminando lo que puede, calentando mis manos y mi pecho en el ahora **gélido mundo** que habito.

PARTE VI: EL ARQUETIPO



Capítulo 28 – Aquel que entregó su alma

Se acerca el cataclismo definitivo. Este mundo yace moribundo, pero mientras yo esté en pie, para mí sigue radiante, descomponiéndose, transformándose y gritando, como todo ser vivo lo hace. El sonido de los truenos adorna este apocalíptico paisaje. Encima de mí, en lo alto del cielo, se observa a las densas nubes de humo siendo breve y tenuemente iluminadas por los relámpagos, mostrando hermosos colores rojo, morado, azul y gris, para luego perderse de nuevo entre la agresiva penumbra por la cual vago, alumbrando mi paso con la llama de mi misma alma flotando sobre mi mano.

Cerré el puño y la llama se apagó, y a cambio, su calor se propagó por todo mi cuerpo. No un calor agotador que me hiciera sudar, sino un calor cómodo que me permitió disfrutar aún más del frío aire del ambiente. Asimismo, la determinación y esperanza que me trajo este nuevo hallazgo sobre mi alma no desaparecieron. Se mantuvieron fluyendo dentro de mí.

Entre la oscuridad, experimenté por unos momentos. Concentrado, alcé las manos a la altura de mi pecho, y formando una esfera con ellas, una luz irradiando en rojo surgió ahí, en ese espacio. La luz flotaba, y la envié sobre mi cabeza para iluminar mi camino.

- ¡Murmu!

Llamé por su nombre, esperando a que ella me escuchara y pudiera responderme. No lo hizo. Intenté comunicarme con ella muchas veces, pero no escuché su voz. Las ideas fluyen mientras camino. Siento ráfagas de adrenalina recorriéndome una y otra vez. La pasión… la he recuperado. Decidí, pues, contactar a los muertos.

Me encontré, entonces, con mis pies sobre un enorme charco. Ahí, llamé al Señor de la Guerra. Pocos segundos pasaron para ver como una imagen apareció en el reflejo del agua: detrás de mí, un edificio de piedra con tejados puntiagudos y muchas ventanas. El reflejo de mi cuerpo fue poseído por el Señor de la Guerra, soltándose su cabello. Inicié la conversación:

- En serio estás muerto.

- Sí… Vaya, qué es lo que veo. Un mundo destruido. Un sueño hecho realidad. Sin embargo, tú sigues vivo, de pie. Ahora sí has ganado mi respeto… ¿fuiste tú quien desató este caos?

- No. Esto fue obra de un demonio del espacio exterior. Tengo la teoría de que posee el cuerpo metálico que abandonaste al morir, pero con inmensos poderes mágicos para la destrucción. Dejó al mundo así como lo ves, humeando, en las brasas, oscuro, hecho trizas.

Un breve silencio sucede tras este último diálogo, mientras el Señor de la Guerra me observa con un gesto altanero, volviendo este a tomar la palabra:

- ¿... y?

- Y lo derroté... bueno, podría decirse. Lo encerré en una prisión geométrica ilusoria, neutralizando su poder, y lo regresé al espacio.

- ... carajo, estás loco. Okay, eso es fascinante. ESTOY BASTANTE ABURRIDO AQUÍ. Estoy incluso más aburrido de lo que estuve cuando vivía en aquel mundo de color... ese mundo de incivilizados sin memoria ni ideales, obedeciendo lo que otras voces les dicen... primitivos, sin orden, sin razones...

- Hombre, escucha bien: nadie de esas personas es real. Todas son producto de la imaginación de una voluntad que tú y yo ni siquiera concebimos con nuestras pequeñas mentes. Probablemente, ni siquiera nosotros dos seamos reales.

Él se notó perturbado, como nunca antes lo había visto. Una expresión fatal de angustia se le dibujó en el rostro. Intervino:

- ... esto es... ¿esto es un sueño?

  Eso es... ¡perfecto! No puedo esperar a que acabe. No hay qué destruir, no hay mentes que distorsionar ni doblegar, y mi voluntad sigue siendo aplastada por una fuerza invisible. Sí... estaría perfecto que esto termine. Estoy cansado, estoy harto.

- Mira... ahí está la cuestión. Pensé que este sueño era mío, pero parece que le pertenece a alguien más. Hablé con unas mujeres... las Sabias. Ellas creían haber sido en su momento **neuronas** mismas de un ser más complejo que nosotros. Ellas poseen información especial... información que busqué pero no obtuve tanta como lo deseé... rechacé mi propio deseo de saber más, consumido por una voluntad de permanecer ignorante, necio, alejándome de conocimientos que pudieron salvar mi vida y despertarme de esta pesadilla.

  Me ahorraré más detalles, pues este plano dimensional no es seguro. La mente que habitamos nos puede escuchar. Necesito ir al reino de los muertos. Hay muchas cosas que hacer... guíame hacia el yunque, por favor

- Con gusto.

Viajando por los yermos pulverizados de Sol Aferfhe. El Señor de la Guerra me ayudó, hablándome a través del agua, la sangre y el metal triturado, a encontrar el yunque.

Me acosté sobre este, y tras perder la consciencia por unos segundos, llegué a ese plano dimensional paralelo descolorido. Ahí estaba el Señor de la Guerra, a lado del yunque, sosteniendo una antorcha.

- ¿... puedes verme?

Pregunté, mirándolo a los ojos. Él miró los míos, y respondió:

- Sí... puedo verte.

Cerca de nosotros, a lado de un árbol, estaban dos caballos y Lorelei a su lado. Le dirigí la palabra, e intercambiamos un diálogo:

- Sí, así es como te recuerdo. Una mujer adulta.

- Quién hubiera imaginado que el verdadero Señor de la Guerra ya había muerto mucho antes de que realizáramos el ritual en la abadía. Toda nuestra vida... viviendo una mentira.

- Me temo que así es para todos nosotros. Pero aun no entiendo... en el mundo de los vivos eres mucho más joven.

- Eso es porque ya han pasado dieciséis años desde que morí en las fauces de Ler.

- Este es un plano futuro del mundo de los vivos... entonces, ¿por qué este mundo está reconstruido? Los árboles, las montañas y el cielo están en su lugar... sin mencionar que la abadía estaba ahí también, a excepción de ese gran espejo en el suelo.

- Espera, ¿estás diciendo que el mundo de los vivos está destruido? Eso significa... esto solo concuerda con lo que el libro dice. "Lo Oculto" es la obra literaria que guía el pensamiento de las Sabias. En ella, se afirma que cada Gran Genocidio sirve para sembrar una humanidad completamente nueva en el mundo.

- Y creo saber cómo se realizó cada genocidio... Acompáñenme. Veremos a alguien que quizás desprecien, pero puede ayudarnos.

Y montando a caballo, viajamos hacia las ruinas de la Torre del Hombre, que para mi sorpresa, no yacía destruida en escombros, sino alta y firme como la primera vez que la vi.

Al acercarnos, los caballos se asustaron, y Lorelei se mostró nerviosa.

- No, Murmu. Ellos son mis amigos.

Entonces los animales y la jinete se tranquilizaron.

Bajamos de las monturas y nos introdujimos en el oscuro edificio, para luego descender al sótano. El Señor de la Guerra dijo sorprendido:

- Un sótano… ¡jamás había visto esta habitación!

En ese momento, Murmu se manifestó, sentada sobre la enorme rosa pálida. Dirigió su palabra a nosotros:

- Mi amor…

  Hijo…

  Pequeña bruja…

Me acerqué y coloqué la pieza de seda blanca sobre su cuerpo, e intervine:

- Amor… nuestra existencia corre peligro. El dolor seguirá inundándonos por el resto de la eternidad si no hacemos algo. Tu voz seguirá torturando a cada ser inteligente del mundo, incluyéndome, y no podremos estar juntos así… las bestias se apoderarán de nuestros cuerpos para destazarlos, y nuestro destino será determinado por voluntades ajenas.

Dicho esto, Lorelei interrumpió:

- Esperen… ¿una voz que tortura? Eres tú… eres Ecos… ¡la Maestra del Miedo!

Y luego yo interrumpí, tratando de evitar que escale un conflicto:

- Sí, ella es… Ecos. La literatura no miente… existen los Maestros del Miedo, y ella y el hombre que está aquí también con nosotros, son dos de ellos.

- Eso ya lo sabía.

Dijo Murmu. Hablé de nuevo:

- Estoy seguro de que lo sabías. Tú lo sabes todo, y cada generación de la humanidad que ha habitado y habita en Sol Aferfhe sabe una porción específicamente elegida de ese todo gracias a ti, ¿no es verdad?

Al haber hecho referencia a esto, la fantasmagórica mujer solo me miró sonriendo, en silencio, balanceando la pierna que tiene encima de la otra.

Tomé la palabra otra vez:

- Escucha, amor, no hay mucho tiempo. Estamos dentro de la cabeza de alguien más. Por medio de un “Gran Genocidio”, esta… voluntad que nos tiene atrapados, reinicia

a la vida. Pienso entonces, que te usa a ti para educar a cada generación que vuelve a aparecer en el mundo. Generaciones frescas, con la mente en blanco, alimentando una enorme mentira, alimentados con lo que **ello** quiere que les digas.

Murmu se notó decepcionada y triste, diciendo:

- Yo... ¿estoy siendo utilizada?

Y comenzó a llorar. Se desplomó y cayó de la rosa, y antes de golpear el suelo, la cargué con mis brazos, abrazándola. Mencioné:

- Esto es lo que somos ahora, mi amor. Estamos juntos de nuevo.

Juntamos miradas... vi un rostro tan precioso. Sus labios, sus ojos, sus pestañas, sus pómulos, su precioso, corto cabello rojo... le dije suavemente:

- Llévame con él, amor...

- Sí, mi amor... te llevo con él...

Acariciando mutuamente nuestros cuerpos metálicos tiernamente, cerré los ojos y besé sus helados labios. Perdido en esa interacción, fui arrebatado por un frío viento, dando vueltas en un violento espiral de gris y negro, y fui a parar de pie sobre una alfombra, dentro de una pequeña y oscura habitación.

Capítulo 29 – Ultimátum

Miro detrás de mí, y veo a un niño hincado, con varias hojas de papel regadas en el suelo y velas encendidas alrededor. Soy… soy yo. Ese niño soy yo. Estamos aquí, en la habitación en la que ese pequeño exorcista escribía y dibujaba apasionadamente.

Asombrado, habló:

- Eres tú… ¡el Señor del Miedo!.

- Autor… es un honor conocerlo.

Dije, sonriendo y haciendo una reverencia.

El niño sonrió de regreso y aplaudió un par de veces, muy emocionado. Su gesto me sacudió. Las lágrimas se asomaron desde detrás de mis ojos.

- Pero… no eres real… eres una historia más.

Mencionó él, desanimándose, agachando la mirada. Yo entonces, respondí, con otra sonrisa en la cara:

- Te tengo buenas noticias. Esto es lo que somos en el futuro. Esto es lo que siempre has sido. Un hombre fuerte, indestructible, capaz de todo… un verdadero **hechicero.**

El niño volvió a expresar alegría, esta vez, mucho más explosiva y contagiosa, con una lágrima bajando por su rostro. Él habló:

- Yo quiero ser escritor… ¿en el futuro soy escritor?

- Eres un escritor brillante… pero dime, por favor, ¿qué es toda esta historia en la que me has encerrado, que tanto nos duele y sigue sin acabar?

El niño cambió su expresión… se nota nervioso. Tras una inquietante pausa, deliberó:

- No fui yo el que escribió esa historia, lo juro… **lo juro.**

  Fue él… esa cosa… no ha dejado de molestarme…

E inmediatamente, me abrazó aterrado y lloró con desesperación.

- Tranquilo… ahora estoy contigo, nadie te va a lastimar. Mira, vamos a leer algo de lo que escribes en el futuro, ¿te parece?

Me concentré en consolar al niño y brindarle seguridad. Alcé el puño, y al abrirlo, hice aparecer unas hojas de papel envueltas con la forma de una rosa. Desenvolví los papeles y recité en voz alta su contenido:

- Este se llama "Ultimátum":

"Capítulo 29: Ultimátum"

La influencia de Ecos es inmensa…

Verán, es tan inmensa, que me hace cuestionar mi libertad de pensamiento misma.

Cada vez que veo el horizonte y pienso en un futuro diferente, producto de mi trabajo, escucho esa voz: una combinación de proporciones cósmicas, de millones de voces, de cientos o miles de generaciones, atrayéndome exitosamente hacia el mismo abismo gris, lleno de rostros, lugares, sonidos, olores y recuerdos familiares, cuya enfermiza esencia no radica en el dolor mismo que me trae, sino en lo sutil, silencioso y aparentemente "normal" que se ve, lo cual es, claro, una fachada para no despertar sospecha alguna sobre su existencia.

Pero existe, y me llama todos los días.

Y la solución no está en la muerte, sino en la vida.

Tal vez debería dejar de sumergir mi alma en atesorar el día cada vez que observo el ocaso, y debería empezar a valorar sus peculiares, curiosos colores morado, naranja, rosa y azul; no como una "descomposición" de la luz preciosa del sol mezclándose con el anochecer, sino como lo que es: un atardecer.

Lo mismo quiero hacer con todo lo demás que existe. Valorar a las siluetas que vagan a mi alrededor, que agachan la cabeza, la vuelven a alzar, la giran de vez en cuando para mirar el entorno y para mirarme a los ojos, ya sea por un segundo o por tres, o incluso más, y así, desviar su mirada de nuevo, hacia otro lugar o persona; gracioso es, cuando me miran de nuevo tras haber desviado sus ojos.

Estas siluetas murmuran, tosen, estornudan, ríen, gritan, tropiezan, conversan, trotan, corren y dirigen su vista hacia un algo sin claridad. Sí, yo conozco esa mirada, es la mirada hundida en sus propios pensamientos; es una mirada que se postra no sobre otra silueta, figura o color en el presente, sino que mira colores, siluetas y figuras pasadas con apasionado detenimiento, recordando voces y/o música, o imaginando algo que puede ser, y a veces, ese algo que "puede ser" es una traicionera, absurda obsesión que deposita los esfuerzos del alma del ser humano en su imaginación hasta dejarlo sin energía para vivir, pues en el laberinto de las ilusiones en su cabeza, buscó mil y un maneras para tropezarse.

Y así, tropezando en su mente, temió dar un paso con su cuerpo; así, tropezando en su mente, olvidó la posibilidad de triunfar; así, tropezando en su mente, empezó a observar la muerte del día y la muerte de su esperanza en la noche al llegar el atardecer.

Le temió al prójimo, al futuro, y lo peor de todo: se temió a sí mismo. No se ha extinto… sigue vagando por la Tierra.

A veces oigo vagamente a mi nombre siendo pronunciado, ya sea en un suspiro o en un grito. Cuando me detengo sorprendido, observo y presto atención a mi alrededor; tras varios segundos descubro que no hay nadie que me haya llamado.

Comprendo entonces, que es mi alma jugando el mismo juego que mi mente, el cual consiste en hacer algo por este ensangrentado, desesperado mundo en el que habito.

…

(la misma tarde)…

El ser humano conoció la ambición.

Siguió vagando por su impredecible mundo y pasó, en cuestión de segundos o fracciones de ellos, de sentirse el dueño del mundo, a una partícula de polvo, cuya presencia en el universo es, no insignificante, sino dolorosa, pesada, incómoda, y desastrosa; eso no lo hizo sentirse bien.

A pesar de todo, no se convirtió físicamente en una partícula de polvo; conservó su tamaño, sus pensamientos, capacidades, sueños y emociones.

Escuchó la filosofía tan estricta del prójimo sobre cómo su destino NATURAL como ser humano es el de ascender para volver a caer. Y él lo creyó no solo una vez, sino decenas o cientos de veces cuando los resultados no le satisficieron y buscó respuestas a ello.

En su cabeza, ***él sigue creyendo que en algún momento, podrá alzarse y ascender sin volver a descender jamás por el resto de su existencia.***

Igualmente cuando la desesperanza y la desesperación se me presentaron, descendí.

No tomé en consideración la velocidad con la que la desesperanza y la desesperación se apoderaron de mí. No evalué la cantidad de segundos, minutos, horas, días o meses que duró mi descenso.

El descenso fue eso: desesperanza y desesperación. Séase, la sensación de que en el horizonte, aun si se tratase de un horizonte avecinándose a microsegundos hacia mí, mi existencia es irrelevante.

Fue conociendo a estas dos sensaciones, que empecé a entenderlas, y así, dejar de temerles. Dejando de temerles, dejaron de apoderarse por completo de mí. Los temblores cesaron en magnitud y duración.

Entendiendo que la desesperanza y la desesperación EXISTEN, no como seres vivos u objetos que pueden descomponerse, morir o triturase, sino como conceptos que, quizás con el crecimiento de mi consciencia, reciban otra denominación y/u otra conceptualización que trascienden de límites labrados por espacio, conocimiento y experiencia.

Es temiéndole al gritio- la amalgama emocional de desesperanza y desesperación- que este se alimenta del temeroso.

Entendiendo esto, procedo a entender que uno se aferra al gritio, como si de una sanguijuela perpetua se tratara, pegada a nuestro cuerpo, dejándole no solo débil para morir, sino en un infierno en vida. ¡Es como si nosotros nos aferráramos a los parásitos que se alimentan de nosotros!

Y entendiendo esto, procedo a entender que puedo elegir entre ser consumido hasta la muerte, o quizás más allá, por el gritio, o dejar de temerle y así, cesar su parasítico festín sobre mí.

Es entendiendo esto, que entiendo que al crear y engrandecer algo, desarrollándolo y venerándolo, como lo he hecho con el gritio (y la desesperanza y la desesperación por sí mismas), me limito a entender mi existencia como un receptáculo del gritio, un cuerpo, una mente y alma humanos diseñados y destinados para la desesperanza y la desesperación, un sacrificio; es entendiendo que mi creación no me define a mí, que trasciendo, pues el artista es su propia obra, la cual trabaja cada segundo de su vida, mas no es la obra la que esculpe a su autor.

Así, en su temor al gritio, el ser humano apuñaló, golpeó, insultó, destruyó y asesinó, pues temió que de no hacerlo, el infierno (un futuro doloroso de desesperanza y desesperación) lo atraparía, ignorando así, que fue el mismo gritio lo que lo motivó a apuñalar, golpear, insultar, destruir y asesinar, cumpliendo con su propio temor al gritio, su llegada al infierno.

A diferencia del hambre, ***el miedo es autosustentable.***

Solo Dios sabe lo verdaderamente ambicioso que soy.

El suficientemente confiado evita defenderse en su alma, su gusto y su orgullo, pues la idea- digamos el concepto- suficientemente fuerte, se defiende a sí misma.

Donde hay sumisión, hay dominio; donde hay dominio, hay sumisión. Es en la presencia de este ciclo que se vive el dolor, un ***dolor innecesario.***

Dominio y sumisión ante ideas, creencias, miedos, sensaciones y figuras.

En esa sumisión caen no solo el inocente y el inexperimentado: ahí caen todos los que siguen venerando a algo y alguien **encima de ellos mismos,** *o sea, conciben a la divinidad, al poder, al futuro, a la esperanza y al significado de la existencia en una idea, creencia, sensación o figura que fue emitido de algo o alguien, en vez de dentro de sí mismo.*

Ya sé donde residen mi amor, mi fuerza y mi esperanza: en mi individualidad.

No debe confundirse con soledad o desinterés, no. Individualidad. Incluso en la individualidad hay amistad, compañía e interés.

Habiendo concluido, él solo sonrió, mirándome a los ojos, con un par de lágrimas aun escurriendo de los suyos.

- Ven, abramos la puerta.

Caminando junto a mí, el niño abrió la puerta de la habitación. La luz del sol yace en frente de nosotros. Es un día precioso. Es una hermosa calle con edificios no tan altos, y ahí, un árbol con hojas color rosa cayendo lentamente. Caminamos a lo largo de la banqueta.

- Dime... ¿qué se siente morir?

Preguntó él.

- ... es como dormir.

Tras esto, en un solo parpadeo que tuvo la sensación de durar casi un minuto, me encontré en la pequeña habitación... esta vez, solo... por un muy breve instante.

Capítulo 30 – Un último exorcismo

La **proximidad** se ha alojado en mi cuerpo una vez más. Mi piel se eriza.

Pegado a un muro como una cucaracha, hay una enorme silueta de mi tamaño, completamente negra, con largas espinas, también oscuras como el carbón. Su forma es como la de un capullo envolviendo a un ser humano. Su textura luce como la de un azotador, pero con tal repugnancia, que la desdicha y la tragedia son lo primero que viene a mi mente al mirarlo.

- Me seguiste. Me seguiste una vida entera…

Le dije, viendo ese abismo horrible que tiene por cuerpo. A su vez, el espectro me contestó. Su voz suena como millones de voces hablando a la vez, sincronizadas de una manera perturbadora:

- No puedes acabar con esta obra. Sabes que tu existencia misma es este bucle de desdicha. Siempre lo ha sido y lo será hasta que extraiga la última gota de tu sangre, sudor, y cada lágrima que puedas derramar.

- Al fin puedo verte, demonio… es hora de que desaparezcas.

Mi voz apenas podía pronunciar cada sonido; mi mente apenas podía construir cada palabra. No es miedo, es… algo diferente. Es como si el gritio y la proximidad estuvieran colisionando dentro de mi cabeza, tomando al tiempo como un trapo y retorciéndolo. Sin embargo, mi memoria ahora está despejada, y el panorama de la verdad se ha manifestado en un recuerdo crudo, real:

Antes de dormir y tener ese sueño sobre ser un dios, estábamos cada quien sobre una mesa quirúrgica… mi novia y yo. A ella se le está trasplantando mi corazón, y a mí se me implanta un corazón totalmente artificial… una opción que los médicos calificaron como dolorosa, incierta y “con poca esperanza”, pero aun así, insistí sobre ella.

Esto es algo que en mi convicción denominé como la “trasfusión del alma”. Fue una decisión que tomé, dada la abominable aflicción que azotó a mi amada. Su corazón natural se deterioró de formas que los médicos intentaron explicar con certeza, pero que siempre, volvieron a poner en duda vista la falta de mejora por parte de dicho órgano vital, a pesar de los intentos arduos de días y noches estresantes para los clínicos.

Fue, ante esta situación, que tomé el riesgo de entregarle literalmente mi corazón.

Ahora mismo que visito esta memoria, este hecho… el temor me ha invadido, contemplando esa escena en la sala de operaciones con horror… pero recuerdo bien que desde que decidí hacer esto hasta el momento de quedar inconsciente gracias a la anestesia, me sentí el

hombre más tranquilo y satisfecho que he sido en mi historia. Me parece que incluso… sonreí con júbilo antes de dormir profundamente.

Debió ser en esa inconsciencia, ese trance, que el demonio horrendo ante el que ahora me encuentro, interceptó a mi mente. Pero mi alma… mi alma ha vagado, reinventándose, redescubriéndose y cuestionándose. Ella sabe que podemos morir aquí, ahora, sobre esta fría mesa, pero está dispuesta a dar todo de sí para cerrar esta obra con broche de oro.

Este es, el último exorcismo de Furchtmeister.

- Acabemos con esto, Autor.

Dije esto, e inmediatamente, el viento me envolvió de nuevo y, en forma de ese espiral gris y negro, fui devuelto a Sol Aferfhe. **El paisaje dibujado dentro de la mente de un demonio… dentro del cual vaga mi alma.** Termino de comprender ahora que mi voluntad y la suya están entrelazadas.

Estamos en medio de un grande llano. El sol está encima de nosotros; alrededor, montañas.

- Entiendo que esta es tu pesadilla, demonio… pero todos debemos ir a descansar en algún momento. Aun no entiendo la mente de los de tu especie, pero si algo quiero intentar, es verla sangrar.

  Te has alimentado suficiente de mí.

El vil ente entonces tomó la forma de Hexenmeister. Ver esa apariencia y saber que está siendo utilizada en mi contra es simplemente… doloroso… decepcionante Él habló:

- Una obra sin conclusión. Delicioso. Esa es la vida, en general. El alma del ser humano, atrapado como una rata entre las paredes del destino… eso de lo que creen que pueden escapar, eso que creen entender. Esa es la vida, **un arranque de gozo que un humano puede jurar que será eterno si se esfuerza lo suficiente para mantenerlo,** pero ese mismo esfuerzo es lo que lo arroja de nuevo a la desesperación… compartiendo voces en su cabeza: las voces del prójimo, las voces del pasado y las voces del alma… todas peleando por tener la razón y creer que se llegará a una conclusión.

Interrumpí, nervioso:

- Pero he encontrado el propósito… la trasfusión del alma, y no hay nada más que puedas hacer para detenerla.

Y el demonio contestó en menos de un segundo:

- Pero no necesito detenerla. ¡Solo basta con hacerla **eterna!**

Entre más lo escuché, más sentí mis entrañas ardiendo. Es como si estuviera diciendo la verdad…

Entendí, pues, que tenía que destruir a Hexenmeister en ese momento, ya que mi realidad ahora está infectada, y con ella, mi más grande arquetipo hasta ahora. No solo eso… creo que es hora de destruir por completo a esta mente.

Entendí que, a pesar de hallarme en la imaginación de un ente ruin, mi voluntad sí tuvo efectos dentro de ella. A pesar de la confusión, a pesar de mi desesperanza, a pesar de mi desesperación.

Le dije, mirándolo a los ojos:

- Ve a dormir ahora…

Aparté la mirada hacia el cielo y alcé ambas manos, como si estuviera tocando con las puntas de mis dedos un gran lienzo.

- Déjame demostrarte que **nadie** es perfecto.

Levité sobre unos metros del suelo. El viento empezó a azotar violentamente y la tierra se sacudió con fuerza. El cielo se pintó de rojo lentamente y unas enormes grietas aparecieron en él. El terremoto y el viento incrementaron en intensidad. Siento un golpe de adrenalina y escalofríos recorriendo mi cuerpo… siento la **proximidad,** pero esta vez, **la recibo con pasión y determinación, concentrado en destruir esta ruin pesadilla.**

Cataratas de sangre empiezan a brotar de las grietas, inundando todo Sol Aferfhe. Siento un calor abrasador en las manos, y a la vez, un sentimiento fascinante de **éxtasis,** como si estuviera tocando un violín. Mi piel se eriza y permanezco inmutado ante las olas de sangre demoniaca en la que ahora está sumergido mi cuerpo.

- Destino.

Mis poderes destructivos fluyen con gracia. Cierro los ojos y frunzo el rostro entero ante el abrumador pero extático poder con el que ahora termino con este sueño.

Entre el terremoto, la inundación y el inmenso calor, se escucha un vidrio romperse, y vuelvo a la oscuridad completa.

Momentos después, abro los ojos. Estoy encima de una cama reclinable, bajo cobijas color verdiazul claro, en una sala de cuidados intensivos. Veo a mi novia al fondo de la habitación. Veo ese hermoso, corto cabello rojo. Su radiante y precioso rostro se ilumina al verme despertar y, derramando lágrimas, corre hacia mí y me abraza, llorando **con intensidad.**

- Amor…

Dice ella con dificultad.

- Amor… al fin… al fin regresaste.

Llorando yo también, la miro a los ojos tomando su rostro, para decir:

- Te extrañé… te extrañé mucho.

Tras esto, los cirujanos y cirujanas involucradas en el proceso, y mi novia y yo, charlamos sobre la experiencia.

Fui trasladado a una habitación de hospital convencional. Pasaron semanas para que pudiera salir de nuevo al aire libre.

Ahora, simplemente estoy feliz de estar de nuevo en este mundo, sin poner en cuestión a la vida y al amor. Feliz de sonreír de nuevo… feliz de caminar, de hablar, de expresar mi amor y de ver su rostro y sentir su piel… satisfecho por el hecho de amar incondicionalmente.

Llegada mi hora de abandonar el hospital, me vestí con un cómodo atuendo. Entre esas prendas, mi favorita: una chamarra color azul con cruces blancas puntiagudas con forma de rombo en cada vértice y un eje filoso como arista, y un aro rodeando la intersección de los vértices. Una en cada hombro y otra, muy grande, en la espalda.

Salimos ella y yo, tomados de la mano, caminando por el estacionamiento.

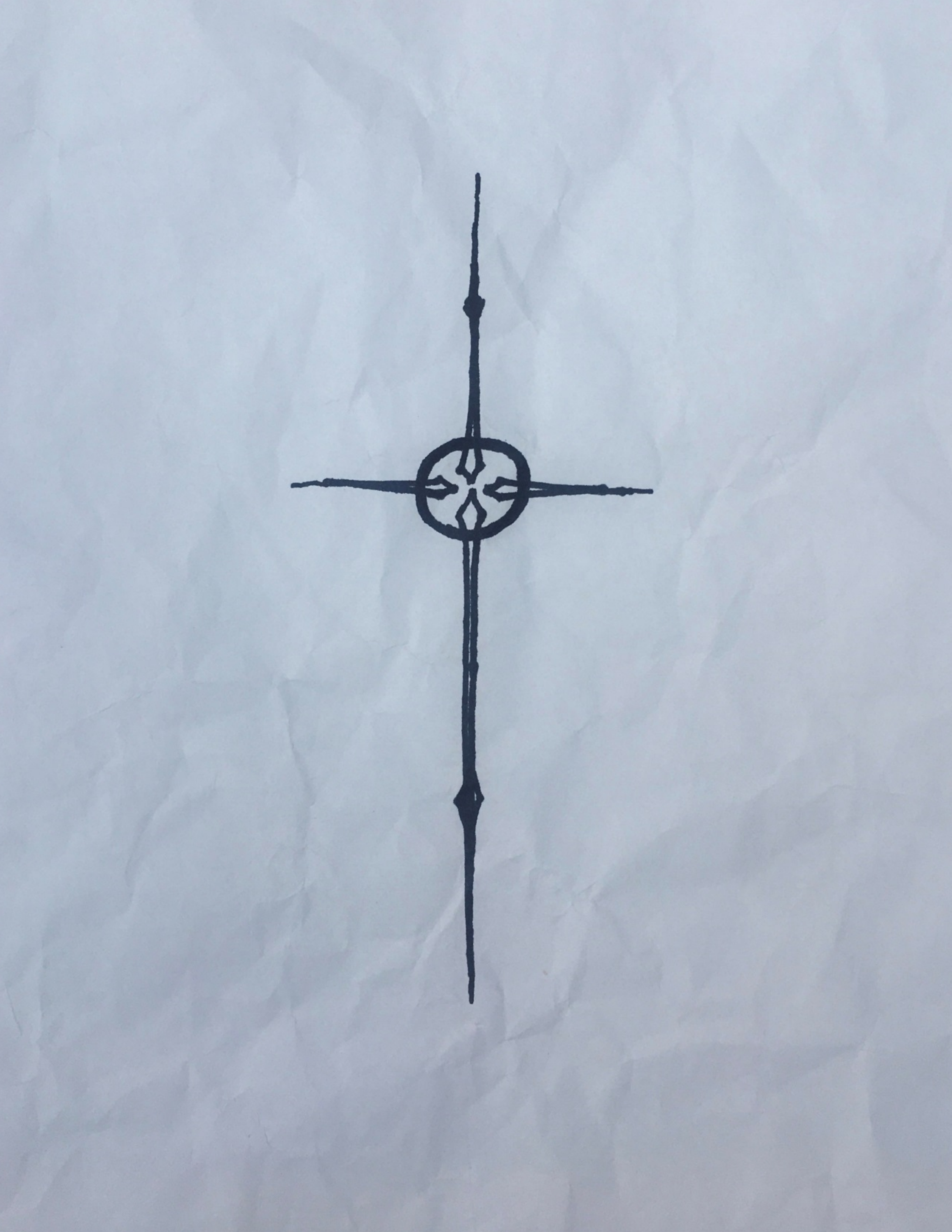
Es de noche. Una hermosa, helada noche. Nos miramos a los ojos y sonreímos, para luego cerrarlos y besarnos.

Entre esa oscuridad, me invadió un pensamiento profundo, lleno de magia y una **dicha** bendecida por paz: Hexenmeister, el verdadero Hexenmeister… de pie, al filo de un acantilado, bajo quizás, el mismo cielo nocturno que ahora contemplo, y que probablemente contemples tú también… él sonríe hacia las estrellas con tranquilidad, derramándose lágrimas en su rostro.

Ahora entiendo, que en realidad siempre fui el hombre que toda la vida deseaba ser.

Entiendo que quizás, incluso si estoy muerto…

HEXENMEISTER VIVE.



FIN.